

Jill Shalvis

*Don fin...
el amor*

eLit

Por fin... el amor

Jill Shalvis

2º Pacto de solteras

Sinopsis

Era fácil seguir soltera... hasta que apareció aquel tipo encantador.

La doctora Nicole Mann no tenía tiempo para el amor. Su trabajo de cirujano acaparaba todo su tiempo y le gustaba que así fuera. Bueno, hasta que conoció al encantador Ty O'Grady. Aquel sexy arquitecto consiguió que pensara en algo que no fuera la medicina. Así que la doctora decidió recetarse unas intensas sesiones de seducción...

Ella había planeado un tratamiento temporal, pero cuando un roce desencadenó otro y otro más, Ty se dio cuenta de que aquello iba a ser mucho más. Ahora solo tenía que convencerla de que era inútil resistirse a la tentación.

Capítulo 1

Un hombre desnudo lo habría cambiado todo, pero no se veía a ninguno. Por eso, como siempre, Nicole Mann se levantó al oír el despertador y, también como siempre, se duchó, se vistió y desayunó en menos de ocho minutos.

Por último, también como siempre, salió de su apartamento a toda velocidad para llegar pronto al hospital.

Sí, efectivamente, la vida de Nicole estaba completamente regida por su trabajo. ¿Y qué? Ser médico era un sueño hecho realidad para ella y, si tenía que trabajar para ese sueño casi todos y cada uno de los momentos del día, dejando a un lado todo lo demás, incluidos los hombres desnudos, lo haría. Ser médico era lo que había querido desde que se había graduado en el instituto, hacía quince años, a la extraordinaria edad de doce años.

—Psst.

Para ser una mujer que se enorgullecía de tener nervios de acero, Nicole estuvo a punto de dar un salto al oír el inesperado susurro que provenía del oscuro vestíbulo de su edificio de apartamentos. Sin embargo, no había nada por lo que preocuparse. Solo era la dueña del edificio y también amiga, Taylor Wellington, que se estaba asomando por la puerta de su apartamento. Taylor era una mujer agradable y hermosa, razones suficientes para odiarla, pero también parecía estar en posesión de una increíble habilidad que era capaz de derrumbar las defensas de Nicole. A esta la asombraba que, a pesar de ser polos opuestos, se hubieran hecho tan buenas amigas.

—¡Psst!

—Ya te veo —dijo Nicole—. ¿Te he despertado? —añadió,

sabiendo que casi no había amanecido.

—Oh, no. A mí no me podrían despertar ni los muertos vivientes —le aseguró Taylor, tan perfecta como siempre—. Había puesto el despertador para poder hablar contigo —explicó, mirando a Nicole de arriba abajo—. Cielo, creía que habíamos hablado ya sobre la ropa de camuflaje.

Nicole se miró. Llevaba unos pantalones de camuflaje y una camiseta de tirantes de color verde, que se ceñía a su esbelto cuerpo. Su guardarropa se había formado en los días en los que asistía a la facultad de Medicina, cuando los cuantiosos gastos de su educación la habían obligado a comprarse la ropa en tiendas muy económicas. No obstante, le gustaban aquellas prendas tan cómodas. Le sorprendía mucho que Taylor se preocupara por lo que llevaba puesto.

Nicole solo llevaba unas pocas semanas viviendo en aquel edificio del South Village, tras haberse mudado de otro edificio en el que nadie se preocupaba ni de mirarle la cara a los demás. Solo se había mudado porque aquel otro edificio había sido vendido y los dueños tenían nuevos planes para el mismo. Además, el nuevo apartamento estaba en un edificio mucho más pequeño, lo que suponía menos personas con las que tratarse. No le importaba nada que el inmueble estuviera a punto de derrumbarse ni el aspecto que tuviera mientras su cama estuviera en él.

—¿Por qué querías hablar conmigo?

—Sabía que, si no lo hacía, te olvidarías. Esta noche vamos a planear la fiesta del compromiso de Suzanne.

Suzanne Carter vivía en el apartamento que había al lado del de Taylor. Las tres eran las únicas habitantes del edificio y habían compartido muchos momentos de diversión y muchos helados, pero a Nicole no le apetecía planear una fiesta para la que tendría que vestirse elegantemente, sonreír y ser agradable. Odiaba ser agradable.

—Te habías olvidado —dijo Taylor.

—No, yo...

Efectivamente se había olvidado. No podía evitar ser algo olvidadiza porque siempre lo había sido. Solo aquel año, se había olvidado de la fiesta de graduación de su hermana, de la que su madre solía celebrar todos los años en abril y hasta de su propio cumpleaños. Sin embargo, su familia comprendía algo que Taylor no parecía entender. Nicole era una solitaria.

—Lo siento... tal vez llegue tarde.

—No me lo digas. Tienes que... hacerte un nuevo *piercing*.

Nicole hizo un gesto de desesperación con los ojos. Taylor no hacía más que gastarle bromas sobre los aros de plata que le alineaban una de las orejas, pero ella no sabía que cada uno de ellos era como un trofeo, un emblema de honor que Nicole llevaba con orgullo.

—No, no se trata de otro *piercing*.

Mostrando la paciencia de un santo, Taylor se limitó a levantar una ceja mientras que Nicole se devanaba los sesos para encontrar una excusa.

—Bueno, es que andamos algo escasos de personal en el hospital y...

—Ahórratelo, cerebritito. Dejémonos de excusas, ¿te parece? Las bodas, y todo lo que conllevan nos dan alergia, pero esta es por Suzanne.

Suzanne había sido la única persona, aparte de Taylor, que la había aceptado genuina e instantáneamente, a pesar de lo seca y distante que era. Las tres se habían conocido poco después de que Taylor heredara aquel edificio, sin dinero alguno para efectuar las reparaciones que tanto necesitaba. Primero, había alquilado un apartamento a Suzanne y a continuación había llegado Nicole. En realidad, las tres mujeres tenían muy poco en común. Suzanne era chef y solía alimentar a sus dos amigas con comida, aparte de su

postre favorito, el helado. Taylor, con su ingenio, las divertía a todas y, aunque mataría a Nicole si la oía decirlo, les servía de madre. Nicole no tenía ni idea de lo que ella añadía a la mezcla, por lo que le sorprendía mucho que las otras dos se preocuparan tanto por ella.

No obstante, todas ellas tenían un rasgo en común: su voto de soltería. Todas habían hablado al respecto e incluso habían brindado por ello... hasta que Suzanne había hecho lo impensable y se había enamorado.

—Trataré de asistir —dijo Nicole con un suspiro.

—No te preocupes, dicen que no se puede caer presa de la fiebre marital de esta manera.

—¡Eh, no te preocupes por mí! Mi trabajo es mi vida. Estoy demasiado metida en ello y soy demasiado egoísta para unir mi vida a alguien.

—Muy bien. Nuestro voto de soltería sigue intacto.

—Y firme.

Sin embargo, las dos se miraron fijamente, algo nerviosas. El hecho de que Suzanne, que tanto había presumido de su soltería, fuera a casarse lanzaba sombras sobre su voto de soltería, aunque estaban seguras de que ninguna de las dos cometería la torpeza de enamorarse. Sería imposible, cuando tenían los ojos bien abiertos y los corazones firmemente cerrados.

Así era. De ese modo, estarían a salvo. Total y completamente a salvo.

Veinticuatro agotadoras horas más tarde, de nuevo justo antes del alba, Nicole arrastraba su dolorido y lamentable cuerpo por los tres tramos de escalera que llevaban a su apartamento.

Había trabajado sin descanso. Una inesperada niebla había provocado un choque en cadena en una de las autopistas del sur. Como resultado de la colisión de cuarenta y dos coches, Nicole había estado en urgencias casi todo el día, sin poder tomarse un respiro ni siquiera para estornudar. Se le había pedido que se quedara otro

turno, por lo que, tras una rápida siesta durante la que había soñado que la perseguían un vestido de novia y un pastel de bodas, había aceptado con ganas lo que le deparó el resto del día, que había sido mucho.

En aquellos momentos, mientras subía la escalera, lo único que quería era comer algo, darse una ducha y meterse en la cama, aunque no necesariamente en aquel orden. Llevaba una bolsa de comida en la mano y la boca se le estaba haciendo agua al pensar en los cuatro tacos medianos y en el refresco que contenía. No era un desayuno muy corriente, pero era comida. Además, llevaba soñando con algo picante desde la segunda vez que había entrado en el quirófano.

Después, en cuanto comiera... la inconsciencia, al menos hasta que tuviera que regresar al hospital, lo que sería aquella misma tarde para una reunión de personal. Después, tendría que sustituir a un compañero en el turno de noche. Ya tenía cuatro operaciones preparadas.

Esperaba haberse acordado de la salsa picante. No tenía nada de comida en la cocina, a excepción de algo que se había puesto verde hacía una semana y que...

—¡Maldita seas, trozo de mier...! —exclamó una voz, mientras se escuchaba el ruido de metal que golpeaba otro metal. Aquellas palabras habían sido pronunciadas con un profundo acento irlandés —. Voy a... Maldita seas otra vez... La última vez lo hiciste bien, así que maldita seas si no funcionas ahora...

Aquellas palabras sonaron tan tranquilas, tan seguras, que Nicole tardó un momento en descifrar que aquel hombre estaba haciendo algún tipo de amenaza.

Bien. A Nicole no le importaba darle una buena patada a alguien mientras que sus tacos no sufrieran daño alguno. Tener un coeficiente intelectual más alto que su propio peso tenía algunos beneficios. Durante la facultad de Medicina había decidido empezar a hacer kárate, para desahogarse un poco. Como en todo lo que

empezaba, había sobresalido.

Dispuesta a todo, tomó una postura de defensa, aunque la dejó momentáneamente para dejar la comida sobre un escalón. No había necesidad alguna de poner en peligro el desayuno. Fue avanzando poco a poco. En aquel piso no había nada más que su apartamento. Nada más que el estrecho pasillo en el que, en aquellos momentos, había un hombre tumbado. Tenía los brazos extendidos y, entre las manos, tenía lo que parecía una herramienta de medir, que movía sobre las maderas del suelo mientras lanzaba juramentos por la boca.

Nicole se habría echado a reír si hubiera podido apartar la vista de aquel largo, firme y masculino cuerpo, que estaba completamente estirado sobre la tarima de madera. Tenía unas piernas larguísimas, enfundadas en unos vaqueros que acentuaban los músculos de muslos y pantorrillas.

Además, estaba el trasero, cubierto también por la gastada tela vaquera. La camiseta se le había subido un poco, mostrando una generosa visión de piel bronceada y húmeda, tensa sobre los músculos de la espalda.

A pesar del susto que aquel hombre le había dado, Nicole sonrió.

—Hmm... Perdone.

Con los brazos estirados por encima de la cabeza, el hombre no dejó caer el extraño utensilio que tenía entre las manos y que estaba emitiendo una luz roja. De hecho, no hizo nada más que suspirar.

—¿Sería tan amable de entregarme mis notas? —dijo, con voz profunda y sensual, aunque completamente privada del acento irlandés.

Nicole, que seguía en su postura de defensa, bajó la mirada y vio un pequeño bloc de notas en el suelo. Aparentemente, dudó más de lo esperado, porque él se incorporó y giró la cabeza. Tenía el cabello negro muy corto, tanto que quedaba de punta y los ojos azules más cristalinos que Nicole hubiera visto jamás.

Al ver que ella todavía tenía los puños levantados y las piernas ligeramente dobladas, él lanzó un suspiro y se frotó la mandíbula.

—¿Es que nos vamos a pelear por un cuaderno?

Nicole bajó inmediatamente los puños. Entonces, sin dejar de mirar al hombre más guapo que había visto nunca, se inclinó para recoger la bolsa de tacos que había dejado en el suelo.

—¿Quién es usted y por qué está blasfemando en mi pasillo?

—Me ha oído, ¿eh? —comentó él con una sonrisa—. ¿Me haría el favor de no decírselo a la dueña? Ella me dijo específicamente que no lanzara maldiciones en su edificio.

Hmm. A Nicole le sorprendía que Taylor no se hubiera metido a aquel hombre en su dormitorio bajo siete llaves, dado lo mucho que le gustaba la gimnasia horizontal y el hecho de que aquel desconocido rezumara sexualidad por todos los poros.

Con un suave movimiento, se puso de pie. Nicole era bastante menuda, pero aquel hombre debía sobrepasar en varios centímetros el metro ochenta, lo que significaba que, por mucho que ella se estirara, no le llegaría más allá del hombro. De repente, por la diferencia de altura que había entre ellos y la inmediata y sorprendente atracción que sintió por él, se puso a la defensiva. Dio un paso atrás y se preparó de nuevo para lo que pudiera surgir.

—No habría utilizado ese lenguaje si la hubiera oído venir —dijo él, rascándose suavemente la mandíbula, oscurecida por la barba de varios días—. La he sobresaltado.

Nicole entornó los ojos. Una vez más, el acento había desaparecido por completo, pero había algo artificial sobre el modo en que le hablaba en aquellos momentos, como si estuviera ocultando algo. Ella sabía muy bien lo que era guardar secretos, pero no le gustaba que los demás hicieran lo mismo.

—Responda a mi pregunta, por favor —replicó Nicole mientras levantaba un dedo.

—No hace falta disparar —comentó él, levantando las manos a

modo de rendición—. Soy solo el arquitecto. Ty Patrick O'Grady a su servicio.

—¿Qué usted es el arquitecto?

—Para este edificio. Va a ser renovado —afirmó. Entonces, se apoyó contra la pared con un hombro y le dedicó una devastadora sonrisa—. Antes de nada, se necesita un arquitecto, ¿sabe? Resulta que este edificio es un monumento histórico y que necesita desesperadamente unas importantes reparaciones en su estructura.

Nicole decidió que aquello podría ser cierto, especialmente dado que aquel edificio era la vergüenza de la manzana. Taylor llevaba semanas consultado a los expertos para realizar la renovación.

—¿Está usted realizando un presupuesto para Suzanne? —preguntó, observándolo cuidadosamente para ver si caía en la trampa del nombre.

El hombre lanzó una nueva sonrisa, lenta y segura.

—No, no. No se llama Suzanne sino Taylor, pero ha sido un buen intento. Haría falta mucho más que eso para ponerme a mí a prueba —replicó—. ¿Quiere ver mi identificación o se va a limitar a golpearme con esa bolsa, que huele tan bien?

—¿Qué le ha pasado a su acento?

—¿Qué acento?

—Tenía acento irlandés. ¿Es usted un emigrante?

—Sí, acabo de bajarme de un barco procedente de Australia, amiga —comentó aquella vez con acento australiano—. O tal vez... ¡Huy! Creo que me he equivocado de continente —añadió con acento austriaco.

Aquel hombre era un listo.

—Es muy tarde para estar trabajando en un presupuesto, ¿no le parece?

—Querrá decir muy temprano.

—Lo que sea. ¿Por qué ha venido a estas horas?

—Soy lo que se llamaría un hombre muy ocupado. Bueno, cielo,

no sé con quién estoy hablando.

—Le aseguro que no me llamo «cielo».

—Entonces, ¿tengo que adivinarlo? —preguntó él, con otra sonrisa en los labios.

—Soy la doctora Mann —respondió Nicole de mala gana—. Ahora, si no le importa, tengo que comerme estos tacos.

También tenía una cita con la cama. Sola.

No sabía de dónde había venido aquel pensamiento. Ella siempre dormía sola. Siempre.

Observó que él seguía mirándola con una ligera sonrisa en los labios, una sonrisa que le hacía rechinar los dientes.

—¿Qué? ¿Va a soltarme ahora lo de que soy demasiado joven para ser médico? Oigo muchos comentarios al respecto. Adelante, dígame lo que se le está pasando por la cabeza.

Él la miró de arriba abajo. Entonces, muy lentamente, volvió a levantar la mirada, deteniéndose en todos los puntos que parecían estar conectados con la entrepierna de Nicole, dado que todos parecieron cobrar vida con un cosquilleo que la enojó aún más.

—A mí me parece toda una mujer...

Nicole estaba demasiado cansada para todo aquello. Pasó a su lado, rozándole, y se detuvo frente a su puerta. Entonces, comenzó a golpear el montón de bolsillos buscando las llaves.

—¿Algún problema?

Ella decidió ignorarlo completamente y se cambió la bolsa de los tacos de mano para poder comprobar si las tenía en el bolsillo trasero. Aquel era el problema de los pantalones militares. Efectivamente eran muy cómodos, pero con tantos bolsillos era muy fácil perder las cosas.

—Doctora Mann...

—Por favor... Márchese... —susurró, cerrando los ojos.

Si no se tomaba la comida y se metía en la cama, se quedaría dormida allí mismo, de pie. Ya le había ocurrido antes, cuando estaba

en la facultad, durante las largas noches de prácticas...

Un sonido metálico le hizo abrir los ojos rápidamente y, con asombro, vio que la puerta de su apartamento estaba abierta. Ty Patrick O'Grady, arquitecto, algunas veces con un sensual acento irlandés, hombre de las mil maldiciones y de una increíble sonrisa, tenía una tarjeta de crédito en la mano.

—Estas cosas son muy útiles, ¿verdad?

—¿Ha forzado la cerradura?

—Muy fácilmente.

—¿Es usted un delincuente?

—Digamos que soy un hombre de mundo —respondió él, riendo

—. Necesita una cerradura mejor.

—No puede...

—¿Ha encontrado las llaves?

—No, pero...

—En ese caso entre, cielo —dijo, mientras le daba un suave empujón y le quitaba la bolsa de los dedos antes justo antes de que se le cayera—, antes de que se caiga.

Nicole atravesó el umbral y, sin darse la vuelta, trató de cerrar de un portazo. Desgraciadamente, él ya estaba dentro. El apartamento parecía mucho menor con su enorme presencia.

—Y yo no soy su cielo.

—No eres la doctora Mann.

—De acuerdo. Sé que me pongo de muy mal humor cuando estoy cansada. Demándame.

—Preferiría llamarte por tu nombre de pila.

—Es Nicole —le espetó ella. Entonces, agarró la bolsa que él tenía agarrada y se dirigió a la cocina, que era minúscula.

—Puedes marcharte cuando quieras —replicó. Sin embargo, Ty la siguió—. ¿Qué estás haciendo?

—Asegurarme de que no te quedas dormida de pie.

—Creo que ya habíamos establecido que soy una mujer adulta.

—En eso tienes razón —afirmó mientras observaba cómo Nicole echaba a un lado un montón de revistas médicas y abría la bolsa—. ¿No preferirías desayunar algo de verdad?

—Esto es de verdad. Adiós, señor Arquitecto.

—Bueno, de nada —dijo Ty mientras Nicole sacaba uno de los tacos, se apoyaba contra la encimera y le daba un buen mordisco—. Me alegro de haber podido ayudarte.

—Sí, gracias por haber forzado mi puerta y haber entrado en mi cada —replicó ella mientras se terminaba el taco y metía la mano en la bolsa para sacar el otro. Entonces, se detuvo para mirar a Ty—. ¿Se te ha olvidado dónde está la puerta?

—Deberías prepararte algo de comida más saludable...

—Esto es carne, queso, lechuga y marisco. Tengo los cuatro grupos de alimentos básicos representados.

—Sí, pero... —observó él mientras observaba cómo se lamía una gota de salsa del pulgar—. Acabas de terminar un turno agotador en el hospital, ¿verdad?

—Sí, mira, no te tomes esto como algo personal —contestó ella, tras dar un trago de refresco—, pero, ¿te importaría marcharte? Tengo una cita con mi cama, y eso no incluye a nadie más que a mi almohada y a mí.

—Vaya, es una pena —murmuró él con una lenta sonrisa que aceleró un poco más el pulso de Nicole.

—No te hagas ilusiones. No juego a los médicos con desconocidos.

—¿Y quién querría jugar con esa actitud? —replicó él—. Además, no te estaba haciendo proposiciones, doctora Nicole Mann. Solo creo que deberías comer algo que tenga más nutrientes que... una bolsa de papel. ¿Por qué no me dejas prepararte...?

Ty se interrumpió cuando ella se echó a reír. Entonces, vio cómo ella dejaba el taco en la encimera y se dirigía a la puerta principal. Estaba segura de que él sabría «cocinar» algo muy bien, pero no le

interesaba. Le gustaba mirar a un espécimen de hombre tan impresionante como él, pero no le apetecía hacer nada aparte de mirarlo.

—Buenas noches —dijo, abriendo la puerta de par en par.

—Déjame adivinarlo —comentó Ty mientras se dirigía hacia ella con paso lento. Aquellos ojos, de un sorprendente color azul, parecían atravesarla por completo—. ¿Tienes algo en contra de la comida de verdad?

—No, pero sí tengo algo en contra de los desconocidos que se ofrecen a hacerme la comida. Seamos sinceros, señor Arquitecto. Tú no estabas ofreciéndote a hacerme comida.

—¿No? ¿Y qué crees tú que me había ofrecido a hacerte?

—Digamos que, fuera lo que fuera, no me interesa.

Tras hacer un ligero movimiento de cabeza, Ty esbozó una sonrisa. No parecía que se sintiera insultado o enfadado, sino que parecía estar divirtiéndose mucho a expensas de Nicole.

—Digamos...

—Buenas noches —repitió ella, preguntándose qué tendría él que le hacía sentirse enojada y... excitada al mismo tiempo.

—Buenas noches, aunque sea por la mañana.

Levantó un dedo y le acarició suavemente la mandíbula antes de darse la vuelta y salir por la puerta. Cuando se hubo marchado, Nicole se tocó suavemente la mandíbula, que parecía palparle. Hasta un momento después no se dio cuenta de que había pronunciado sus últimas palabras, «aunque sea por la mañana», con el acento irlandés que afirmaba no tener.

Aquel día, Ty tuvo un largo día de trabajo. Tenía tres trabajos en curso en el centro de Los Ángeles, dos en Burbank, cuatro en Glendale y esperaba que uno más allí mismo, en el South Village.

Resultaba extraño lo mucho que le gustaba aquel lugar, tal vez porque eran una serie de calles realmente históricas, recuerdo de los fantásticos días del Oeste. Gracias a los esfuerzos del ayuntamiento,

los edificios habían sido rescatados y restaurados, y las calles siempre estaban animadas gracias a los restaurantes, los teatros, las boutiques y los muchos famosos a los que espiar.

A Ty le encantaba aquel ambiente y especialmente le gustaba trabajar allí, dado que había muchos edificios que necesitaban arquitectos.

Ser un profesional relativamente nuevo en la ciudad, sin los habituales socios ni empleados, significaba mucho más trabajo para él. Necesitaba mucho tiempo para ir corriendo de acá para allá y también para estar frente a la mesa de dibujo.

No le importaban las horas extraordinarias ni trabajar duro. De hecho, eso era precisamente lo que le gustaba. Si algo le resultaba muy fácil o se le ponía en bandeja, despertaba en él sospechas. Este hecho le venía de sus primeros años, cuando no se le había facilitado nada y había tenido que luchar mucho para prosperar.

«Viejos tiempos», pensó, mientras arrojaba el lápiz y se recostaba en la silla. Colocó los pies sobre la mesa de dibujo y miró por la ventana para observar las montañas de San Gabriel. Sin ninguna duda, California era un lugar muy hermoso. No tanto como, por ejemplo, Río o Tokio ni muchos otros de los lugares que había visitado en su lucha por alejarse todo lo que pudiera del lugar en el que había comenzado, sino hermoso en el sentido de que se sentía a gusto.

Sabía que aquel sentimiento no duraría mucho. Nunca le pasaba eso. Tarde o temprano, sentía la necesidad de marcharse... Pensaba que Nueva York podría interesarle, pero, por el momento, California, la tierra de despampanantes rubias, de la comida saludable y de las playas de arena blanca, le satisfacía.

También era un lugar estupendo para mantener el anonimato y aquello era realmente lo que lo atraía. Allí, podía ser lo que quisiera o quien quisiera. No le importaba a nadie. Allí, con la reputación profesional que había llegado a tener, era precisamente eso. Alguien.

Alguien con una saludable cuenta corriente, un despacho que rezumaba éxito y una casa lujosa. Nunca más volvería a tener el estómago vacío ni sentiría el miedo a lo desconocido, sensaciones ambas que había experimentado en sus más que humildes comienzos en uno de los barrios más marginales de Dublín.

Ya casi no pensaba en ello. No tenía necesidad. Lo había dejado todo atrás, años y años atrás. Había seguido adelante. Nada podría volver a hacerle daño en su camino para llenar aún más su cuenta corriente, para hacer el trabajo que tanto le gustaba. Si, además, conseguía tener suerte con una californiana, mucho mejor.

Pensó en aquella mañana y en la doctora Nicole Mann. No era la típica mujer de California, de eso estaba seguro, pero era, a pesar de todo, la mujer más sexy que había visto nunca. Era muy menuda, casi no le llegaba ni al hombro, pero su cuerpo tenía una perfección y unas curvas que seguramente se debían más a su fuerza de voluntad que a sus desayunos. Estaba completamente seguro de que, si algo tenía aquella mujer, era fuerza de voluntad. Podría matar con aquellos ojos, con aquellos ojos enormes, de largas pestañas, tan grises como las nubes de una tormenta invernal. El cabello, brillante, oscuro y cortado justo por debajo de la barbilla, le hacía pensar en la seda.

Era una mujer diferente y precisamente por eso ella le había afectado a un nivel en el que él no quería verse afectado. Decidió no pensar en ella, ni en su perfecta boca, completamente hecha para el amor apasionado.

Se irguió y apoyó los pies en el suelo, donde más le gustaba tenerlos. Para poder hacerlo, debía mantener la distancia con los demás, y eso incluía a la sensual doctora Mann. Entonces, se lanzó con la silla hasta donde tenía su ordenador y lo encendió. Decidió que, para apartarse de la mente los recuerdos de aquellos ojos grises y de aquella deseable boca, trabajaría.

Abrió su cuenta de correo electrónico, que contenía veintiocho

mensajes sin leer. Los fue examinando y borrando al tiempo que los leía. Todos eran referentes a su trabajo, excepto el último. No reconoció la dirección del remitente.

¿Eres tú Ty Patrick O'Grady, de Dublín?

Rápidamente se puso de pie y miró la pantalla. Las palabras seguían allí escritas. Se mesó el cabello y giró lentamente. Nadie sabía de dónde era. Nadie.

«¿Eres tú Ty Patrick O'Grady, de Dublín?»

Claro que lo era, pero, ¿quién quería saberlo? ¿Y por qué? No había nada bueno en su pasado. De hecho, era tan malo que se le hizo un nudo en el estómago solo de pensarlo.

Estiró la mano para colocarla sobre el teclado y borrar el mensaje, pero se limitó a colocar el dedo encima de la tecla. ¿Quién le preguntaba?

No. No importaba. Su pasado no importaba. Entonces, lanzó una maldición y miró el mensaje una vez más.

Lentamente, apretó una tecla y lo borró.

Capítulo 2

Después de pasar dos días seguidos, que fueron infernales, en su trabajo, Nicole regresó a casa. Sabía que no era la hora habitual de volver a casa, que habitualmente era muy, muy tarde, porque no pudo encontrar ni un solo sitio para aparcar en todo el South Village, y mucho menos en la concurrida calle donde vivía.

Las tiendas, las galerías y los restaurantes presentaban una actividad febril, lo que le recordaba que todo el mundo, aparte de ella, tenía una vida aparte del trabajo. Sin embargo, había decidido hacía mucho que la Medicina era su vida. Lo único que necesitaba en aquellos momentos era un lugar para aparcar su coche, cosa que finalmente consiguió. Volver paseando hasta su apartamento le vino bien, igual que la bolsa de cruasanes recién hechos que había comprado en la pastelería de la esquina. Irían espléndidamente con las hamburguesas que llevaba en la otra mano.

Por fin llegó a su edificio. A pesar de necesitar desesperadamente una renovación, rezumaba encanto y personalidad. Los dos locales del piso bajo estaban vacíos. Suzanne planeaba abrir una tienda de comidas preparadas en uno de ellos. Taylor estaba haciendo todo lo que podía con el edificio, estudiando presupuestos y vendiendo sus preciadas antigüedades para poder llevar a cabo la necesitada renovación.

Nicole podría haberse comprado su propia casa. Su madre siempre le estaba insistiendo al respecto. Después de todo, los médicos ganaban mucho dinero, ¿no?

¡Ja! Tenía veintisiete años. Tal vez para cuando tuviera cuarenta habría pagado la mitad de los préstamos que había tenido que pedir

para pagarse sus estudios. Sin embargo, dado que solía pasar la mitad de su tiempo trabajando como voluntaria en clínicas para los menos afortunados, tal vez no. No le importaba. No tenía tiempo para ocuparse de nada, y mucho menos de una casa propia. Así era como le gustaban las cosas.

Agotada, subió a duras penas las escaleras hasta llegar a su apartamento. Como todavía era de día, se sorprendió de lo diferente que parecía su salón con la luz de sol entrando a raudales por la ventana. Había también mucha gente en la calle, en los cafés y restaurantes. Tras mirar al reloj, comprendió por qué. Eran solo las cinco de la tarde. El pensamiento de socializar de aquel modo la turbaba. Cuando no estaba volcada en su trabajo, prefería pasar su tiempo sola.

Se tomó las hamburguesas mientras leía una revista médica. Entonces, con el sol todavía entrando por las ventanas, se dirigió hacia el cuarto de baño. Allí, todavía leyendo y tomándose un cruasán, se desnudó para darse una ducha.

Cuando hubo terminado, se dirigió directamente hacia su cama. En aquel momento, se dio cuenta de que el interruptor del contestador estaba parpadeando.

¿Por qué tenía que tener uno de esos malditos aparatos? Porque la administración del hospital, cansada de no poder localizarla cuando se la necesitaba, había insistido. Con un suspiro, apretó el botón para escuchar el mensaje. Si era referente al trabajo, se tumbaría en la cama y se moriría allí mismo.

—Nicole, cielo, soy yo, mamá —dijo la voz de su madre, como si ella no fuera a reconocer a la mujer que la había estado regañando toda su vida—. ¿Estás trabajando demasiado? ¿Estás descansando lo que debes? ¿Estás comiendo bien? ¿Vas a llamarme para poder saber que mi hija no está trabajando tanto que va a terminar en la tumba muy joven?

Nicole se tumbó en la cama y se pasó la toalla por el cabello, que

era su idea de peinarse. Como había llamado a su madre la semana anterior y, de hecho, la llamaba todas las semanas, se negó a sentirse culpable.

—Una vez a la semana no es suficiente, Nicole —le dijo su madre, como si hubiera leído los pensamientos de la joven—. Quiero saber de ti. Mira, cielo, voy a preparar un asado para el domingo. Tu padre ha llamado a tus hermanas y va a venir todo el mundo. Los maridos, los niños... Todos.

Dios Santo. Nicole tenía tres hermanas. Todas estaban casadas y tenían dos hijos cada una. Pensar en el ruido hizo que Nicole sintiera de repente la necesidad de tomarse otra hamburguesa.

—Cielo, tienes que venir —prosiguió su madre—. Te esperamos para las cuatro y déjame advertirte que, si no te presentas, yo... Bueno, te llamaré todos los días durante una semana entera.

Nicole la creyó, pero, ¿toda la familia bajo un mismo techo, riendo, charlando...? Sintió que se le formaba un terrible dolor de cabeza. Adoraba a su familia, pero a veces se sentía como una alienígena que ha aterrizado en un planeta que no le pertenece. Todos eran tan... normales, algo que ella nunca había sido. A pesar de un coeficiente intelectual digno de un genio, no podía tratar con las personas. Casi nunca sabía lo que decirles y las amabilidades básicas del trato social se le escapaban. Que su familia la quisiera de todos modos, aunque fuera terriblemente introvertida, a Nicole le parecía un milagro sobre el que trataba de no pensar a menudo.

—Bien, te veremos el domingo —concluyó la madre, como si ya se hubiera decidido todo—. Nos divertiremos mucho todos juntos.

«Diversión» no era la palabra que Nicole habría empleado. Tal vez podría decir que tenía que trabajar. Eso era. Podría añadir un turno más y...

—Te quiero mucho, hija.

Diablos. Iría el domingo.

Se metió en la cama completamente desnuda. Solo necesitó dos

almohadas sobre la cabeza y veinte segundos para quedarse dormida.

Soñó. No lo hizo sobre las operaciones que había tenido aquel día. En vez de eso, creyó que tenía solo dos años y que estaba memorizando el libro de los presidentes que sus padres tenían siempre encima de la mesa del salón. Para divertirse, se los recitaba al revés a sus hermanas Annie y Emma. Aquel hecho había sido el primer indicio de que Nicole iba a ser diferente.

La siguiente escena del sueño la mostró cuando ella tenía seis años y estaba ayudando a Emma con el álgebra, a pesar de que su hermana era mayor. A los doce, había ayudado a Annie por sus exámenes. Todo el mundo susurraba a su alrededor que era un genio, un prodigio. A la edad de doce años, a Nicole deberían haberle interesado más el maquillaje, los grupos de música y los chicos. En vez de eso, se sentía fascinada por la ciencia. Operaba a las ranas y diseccionaba insectos. Sin embargo, los niños de su propia edad seguían siendo un misterio para ella. Un completo misterio.

A pesar de que era una mujer adulta, seguía siendo diferente. Debería haber aprendido a tratar con los demás, a ser una criatura social. Sin embargo, la realidad era que casi no había salido con chicos y que no sabía hacer nada más que curar. Era lo que era. Quien era. Una doctora. Nada más.

Entonces, ¿por qué en el siguiente sueño aparecía un arquitecto irlandés, alto, moreno y muy sensual, con una sonrisa arrebatadora y ojos que le hacían soñar algo que no parecía estar a su alcance?

Se dio la vuelta y, agotada, se hundió en un profundo sopor sin sueños.

—Despiértate, Nicole. Me estás asustando.

Nicole se acurrucó un poco más bajo la colcha.

—Déjame, mamá. Hoy no tengo colegio.

—Espero que no estés sugiriendo que parezco una mujer lo suficientemente mayor como para ser tu madre.

Nicole abrió los ojos, con el corazón a punto de salirse del pecho. Menos mal. Estaba en su casa. El sol estaba brillando de nuevo. Qué fastidio.

Vio que Taylor, tan hermosa y elegante como siempre, estaba sentada a su lado, sobre la cama. Entonces, con un gruñido, volvió a cerrar los ojos.

—No te ayudé con tus planes para la fiesta de compromiso, ¿verdad?

—No, pero te perdono porque vas a cambiar de horario. Te he traído tu desayuno.

Nicole olió algo delicioso. Abrió un ojo y vio una bandeja repleta de deliciosa comida.

—Debería decirte, como si no lo fueras a adivinar, que yo no he cocinado esto. Suzanne está preparando un enorme almuerzo esta mañana y ha apartado esto para nosotras. Me asustaste mucho cuando no abrías la puerta. Tú ni siquiera me oíste gritar cuando te llamé como una loca y todos sabemos que a mí no me gusta parecer una loca. ¿Cómo puedes dormir tan profundamente?

—Bueno...

—Has vuelto a trabajar más de la cuenta, ¿verdad? Mira, Nicole, cielo. Eso es muy malo para ti.

Nicole cerró los ojos. Se sentía verdaderamente estúpida por tanta preocupación. Tal vez si se quedaba muy quieta, Taylor se desvanecería. Sería como producto de su imaginación.

—Se ve que no le gusta madrugar —comentó una voz masculina, en todo de sorna, desde el otro lado de la habitación.

Si Nicole creyó que se le había acelerado el corazón al ver a Taylor en su dormitorio, se le aceleró completamente al oír aquellas palabras. Aunque solo habían tenido un breve encuentro, reconoció inmediatamente aquella voz, con ligero tono irlandés. Experimentó un temblor por la espalda que no pudo atribuir al frescor de la mañana.

—¿Qué diablos está...?

—Ahora, antes de que te enojas conmigo —dijo Taylor, poniéndole una mano en el pecho para sujetarla contra la cama—, déjame que te explique...

Nicole podría con Taylor en cualquier momento. El ejercicio físico que hacía, cuando podía, lo garantizaba. Lo único que Taylor hacía era levantar y dejar el cepillo del cabello... ¡Ah! Y también el lápiz de labios.

No. Lo que impidió a Nicole desembarazarse de Taylor fue un pequeño detalle sin importancia.

Dormía desnuda, lo que significaba que para enfrentarse a Taylor, tendría que levantarse de la cama.

—¿Qué hace ese hombre aquí? —preguntó mientras se cubría todo lo que podía con la sábana.

Ty la miró, con unos ojos iluminados con la diversión, la curiosidad y mucho más. Aquella mirada interrumpió por completo los pensamientos de Nicole.

—¿Os conocéis? —preguntó Taylor con curiosidad.

—Podríamos decir eso —respondió Nicole.

—Oh, estupendo porque estaba pensando en contratarle a él para la rehabilitación del edificio, que, aparentemente, está a punto de caerse. Tú no tienes que preocuparte de nada —añadió rápidamente—. Lo voy a arreglar todo muy pronto.

—Taylor —dijo Nicole, frotándose las sienes—. Al grano. Vamos al grano. ¿Por qué está este hombre aquí, más concretamente en mi dormitorio?

—Bueno, estaba llamándote a gritos desde el descansillo y estaba empezando a sentir miedo por ti cuando él se ofreció a forzar la puerta, dado que yo no tenía mis llaves encima. No solo es un excelente arquitecto, sino también un manitas.

—Déjame adivinar —replicó Nicole secamente, mientras observaba cómo Taylor sonreía—. ¿Te ha abierto la puerta con una

tarjeta de crédito?

—Bueno, sí. Es un buen truco, ¿no te parece?

—Hmm —susurró Nicole, entornando los ojos y mirando al hombre que estaba en su dormitorio, como si aquel fuera el sitio más adecuado para que él estuviera—. Ese truco de las tarjetas de crédito, ¿lo aprendiste en Irlanda?

—¿Por qué me preguntas eso? —quiso saber él.

—Porque tu acento me parece irlandés.

—Es inglés, cielo —replicó él, mientras se acercaba a la bandeja. Tras examinarla, tomó una tostada. Entonces, miró a Nicole de la cabeza a los pies, haciendo que cada átomo del cuerpo de la joven se pusiera en estado de alerta. A continuación, dio un mordisco al pan, masticó un momento y luego se lamió la mantequilla del dedo con un sonido que produjo una extraña sensación en los pezones de Nicole —. Estuve en Inglaterra un tiempo —añadió.

—Creía que habías estado en Austria.

Ty se inclinó y le puso la tostada contra los labios, apretando hasta que a ella no le quedó más remedio que abrir la boca y pegar un bocado.

—Allí también —respondió, haciéndole tomar otro bocado. Entonces, le acarició el labio inferior para retirar un poco de mantequilla—. Y en Australia, si te interesa conocer mis movimientos.

Aquella caricia le produjo una extraña sensación de la cabeza a los pies y por otros puntos muy interesantes por el camino. No la ayudó que la mirada le quedara a la altura del punto más erótico de la anatomía de Ty, la entrepierna, y el intrigante bulto que allí había.

—Tenía que asegurarme de que estabas bien —dijo Taylor mientras tomaba un trozo de melocotón de la bandeja—. Siento haber invadido tu casa, pero, desde que te mudaste aquí, no has hecho nada más que trabajar y duermes como una muerta.

—Y hablas contigo misma mientras lo haces —comentó Ty, con

otra inocente sonrisa.

Nicole abrió la boca, pero no pudo hablar porque Taylor le metió en ella un trozo de melocotón.

—Eso es un trozo de fruta —dijo Taylor—. Tal vez no lo reconozcas, a pesar de que es uno de los grupos de comida más importantes, porque no se compra en un establecimiento de comida rápida.

—Taylor...

—Así te vas a matar —comentó la joven suavemente—. No está bien. Prométeme que te comerás toda esta comida. Los huevos, las salchichas, las tostadas, la fruta... Todo.

—Nunca he tenido una casera que se preocupe tanto por lo que como —suspiró Nicole.

—¿Es eso todo lo que soy?

Nicole miró a los ojos de Taylor y, aparte de la preocupación, vio el dolor que había causado en la joven. Entonces, se volvió a tumbar en la cama para mirar al techo.

—Esta es la razón por la que no socializo.

Taylor se puso de pie algo tensa, a pesar de que la elegante joven nunca se ponía así.

—Lo siento. Me marcharé ahora mismo. Asegúrate de devolverle a Suzanne la bandeja...

Rápidamente, Nicole extendió la mano y agarró la de Taylor.

—Mira... Yo soy la que lo siente.

—No hay necesidad.

Nicole suspiró al sentir la frialdad que se veía en el rostro de Taylor y le tiró de la mano hasta que esta volvió a sentarse en la cama.

—Soy una idiota, ¿verdad? Una idiota que no sabe... que no sabe tener amigas.

—Entonces, ¿somos amigas?

—Sabes que sí, a menos que vuelvas a meterme más fruta en la boca.

—En ese caso... —dijo Taylor. Entonces, tras extender la falda de seda que llevaba puesta, se acomodó sobre la cama y tomó una tostada—. Aquí hay suficiente como para alimentar a un ejército. Ty, ¿te apetece una salchicha? No seas tímido. Suzanne está tan nerviosa por su próxima boda, que cocina más de la cuenta para relajarse.

—Taylor... —susurró Nicole, en tono de advertencia, que se convirtió en alarma cuando Ty se sentó con ellas en la cama.

Sus largas piernas rozaron las de ella. A pesar de tener por medio la tela vaquera y la ropa de cama, Nicole experimentó una descarga eléctrica. Al ver cómo la miraba con aquellos ojos tan maravillosos, el corazón le dio un vuelco. Sintió lujuria repentina, algo de lo que había oído hablar, pero que nunca había experimentado en primera persona.

No le gustó. Se aferró a la sábana como si le fuera la vida en ello y observó cómo sus dos invitados comían los contenidos de la bandeja que ella tenía sobre las rodillas.

Era un sentimiento irreal tener los largos dedos de Ty a pocos centímetros de su cuerpo desnudo, mientras se decidía por tomar un trozo de manzana. Lo masticó entre sus blanquísimos dientes y la miró.

Nicole decidió que era una sensación completamente irreal... y muy excitante.

—Yo... necesito levantarme.

Taylor utilizó el tenedor para tomarse un poco de tortilla. Entonces, gimió de gusto.

—Oh... Ty, está para morir... —dijo, mientras le ofrecía a él un poco con el tenedor. Ty se inclinó y abrió la boca para tomar la comida que ella le daba—. Fabulosa, ¿eh?

Se lamió los labios y, durante un instante, miró a Nicole, con pasión y peligro en los ojos.

—Sí...

—¿Quieres más? —le preguntó Taylor—. Un hombre tan

corpulento como tú, y que trabaja tanto como tú necesita comer mucho.

Nicole, que seguía aferrada a la sábana, apretó los dientes.

—De verdad tengo que... ¡eh! —exclamó, cuando Ty le metió un poco de tortilla en la boca. Aunque no quería admitirlo, estaba realmente deliciosa. Él la miraba fijamente, con aquellos ojos azul eléctrico. ¡Qué comida y qué hombre! Era algo celestial. Sin embargo, no iba a admitirlo—. Yo no desayuno —añadió—. Solo tomo...

—Café —observó Ty, terminando la frase por ella—. Ya lo sabemos. Con el modo en el que comes, te va a salir una úlcera, a ti precisamente, que eres médico...

—Oh, me caes muy bien —le dijo Taylor—. Podemos acosarla en equipo. Sé que te gusta cambiar mucho, pero, cuando termines este trabajo, ¿no podrías quedarte aquí y reprogramar a mi amiga?

—Mira, de verdad que tengo que levantarme —insistió Nicole, apretando con fuerza la mandíbula—. Así que si no os importa —añadió, señalando la puerta.

—Adelante —la desafió Ty—. Levántate.

Nicole pensó en que estaba completamente desnuda y se aferró aún más a la sábana. Nunca había sido tímida y siempre se había sentido muy cómoda con su propia piel. Aquella actitud le venía de años en los que no había tenido intimidad alguna en una casa muy pequeña, con demasiados miembros familiares. Además, estaban los dormitorios universitarios y de los vestuarios del trabajo, que eran casi tan pequeños como su propio dormitorio. Sin embargo, delante de Ty, de repente se sentía inadecuada. Era masculino al cien por cien. Se imaginó que le gustarían las mujeres con caderas y pechos grandes, con una larga melena...

Justo lo opuesto a ella. En realidad, no le importaba. No planeaba enseñarle sus pequeños pechos y sus estrechas caderas.

Entonces, desde el otro lado del dormitorio, bajo una montaña de ropa y de revistas médicas, se oyó el inconfundible sonido de su

busca. Taylor extendió la mano para impedir que Nicole se levantara de la cama.

—Es tu día libre.

—No puedo ignorarlo —dijo, aunque se lamentaba de no haber colocado más ropa sobre el aparato la noche anterior—. Muy bien, la diversión se ha terminado. Chicos, habéis cumplido con vuestro deber. Me habéis alimentado. Ahora, marchaos de aquí.

—Nicole —afirmó Taylor secamente—. No respondas.

—Tengo que hacerlo —replicó ella. Entonces, se giró para mirar a Ty, cuya osada y sonriente mirada seguía fija en ella.

—Claro que sí —dijo él. Entonces, levantó una mano—. Adelante, si esa llamada significa tanto para ti.

—Tienes que moverte primero.

Él se movió hacia los pies de la cama, dándole suficiente espacio como para poder levantarse, si aquello era lo que deseaba.

—Adelante.

Con tanta dignidad como pudo reunir, que no era mucha, agarró la sábana y se envolvió en ella. Entonces, se deslizó de la cama. Ponerse de pie le resultó un poco complicado, dado que trataba de terminar de envolverse en la sábana. Estaba segura de que nadie había visto nada, pero no se atrevió a mirar atrás para ver el rostro de Ty. Levantó la barbilla y se dirigió hacia la silla.

Tuvo que apartar un buen montón de ropa y de revistas para verificarlo, pero, efectivamente, era una llamada del hospital.

—No me lo digas —protestó Taylor, poniéndose de pie—. Vas a ir. No tienes remedio, ¿lo sabías? —añadió. Entonces, con un gesto dramático, se dirigió hacia la puerta—. Sin embargo, si te caes, estaremos a tu lado, Nicole.

—¿Estaremos?

—Suzanne y yo, por supuesto. Por muy irascible que seas, nos necesitarás a tu lado. Vete. Vuelve a agotarte trabajando. Disfruta.

—Lo haré, gracias —replicó ella, divertida por la genuina

compasión y preocupación que había visto en el rostro de Taylor. Entonces, se volvió a mirar a Ty—. Cierra bien la puerta al salir. Voy a darme una ducha.

—Tal vez sea mejor que te lleves tu cafeína —replicó él, extendiendo una taza de café.

—Gracias.

Aunque le estaba agradecida, no quiso admitirlo. Se aferró a la sábana como si le fuera en ello la vida y se metió en el cuarto de baño. Cerró la puerta con firmeza y echó el pestillo, que pareció sonar como un disparo.

El agua caliente hizo maravillas con su maltrecho cuerpo. Se quedó allí bastante tiempo, hasta que el agua caliente empezó a hacerse fría. Finalmente, salió de la ducha y suspiró. Había estado deseando tener un día libre.

Solo le quedaba una toalla seca, lo que significaba que necesitaba considerar seriamente el montón de ropa sucia que tenía detrás de la puerta y sobre el suelo del cuarto de baño. Entonces, impasible, se colocó la toalla bajo las axilas y se estudió en el espejo.

Tuvo que admitir que no estaba mal. Aunque le habría gustado ser más alta, su estructura ósea no tenía nada de malo. Además, gracias al ejercicio que hacía en el gimnasio, estaba esbelta y en forma, aunque tener más pecho no habría estado de más. Entonces, lanzó una carcajada y se dio la vuelta. ¿Y qué habría hecho ella con más pecho? No tenía una larga fila de hombres esperando para salir con ella.

Aún con la sonrisa en los labios, salió del cuarto de baño para dirigirse a su dormitorio. De camino, dejó caer la toalla. Su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró a Ty sentado en la cama, con un vaso de zumo de naranja en las manos. El vaso se le escurrió entre los dedos y cayó al suelo al tiempo que Nicole lanzaba un grito y se agachaba para recoger la toalla.

—¿Qué estás haciendo?

—Yo...

—¡Pensé que te habías marchado! —exclamó mientras se incorporaba evitando mirarlo a la cara.

—Sí, yo...

—¡Eso ya lo has dicho!

Ty lo sabía, pero seguía aturdido por la visión del esbelto y firme cuerpo de Nicole, húmedo aún por la ducha. Se puso de pie, aunque no estaba seguro de que sus piernas fueran a sostenerle.

¿Qué le pasaba? Nicole no era el tipo de mujer que le gustaba habitualmente, es decir, de grandes pechos, rubia y suave. Nicole no tenía nada de suave en su cuerpo, ni en su voz ni mucho menos en sus ojos. Entonces, ¿por qué no podía dejar de tener pensamientos picantes sobre ella ni dejar de mirarla?

—Lo siento. Solo quería asegurarme de que, al menos, te tomaras un poco de zumo.

—Ahora no lo puedo hacer, ¿no? —le espetó ella, envolviéndose aún más en la toalla para cubrirse los pechos.

Ty ya sabía que aquellos pechos eran pequeños, con pezones rosados. De algún modo, se las arregló para acercarse a ella y mirarla a los furiosos y avergonzados, ojos.

—Lo siento —repitió suavemente.

—Sí.

Ty miró al serio gesto que Nicole tenía en los labios. En sus pensamientos, la besó hasta que logró encender la pasión en ella, hasta que Nicole suspiró y se entregó a él para recibir el placer que pudiera darle.

—Deberías saber que me siento atraído por ti de un modo que no parezco poder superar.

—¿A pesar de verme desnuda?

Nicole no le creyó. Ty contuvo el aliento y aspiró el aroma a champú que emanaba de su cuerpo. Entonces, inesperadamente, su cuerpo reaccionó.

Genial.

En aquel momento, sus pensamientos lo habían llevado a un lugar al que no tenía derecho alguno a ir, al menos no con aquella mujer. Ella no era el tipo de mujer que fuera a soportar a un hombre afligido por un caso serio de inquietud viajera, un hombre que no sabía cuándo iba a decidirse por un lugar para instalarse. Todavía no había encontrado a ninguna mujer, ni en aquel continente ni en otro, que estuviera dispuesta a soportar aquello. En realidad, no era que la quisiera...

—Eres muy hermosa, Nicole —se oyó decir mientras le acariciaba suavemente la mandíbula—. Tan hermosa...

Hasta que no bajó las escaleras y se metió en su coche, no dejó escapar el aire que había estado conteniendo. Mirando al vacío, se dio cuenta de que había hablando completamente en serio. Se sentía atraído por ella de un modo que no podía superar. Y, efectivamente, era tan hermosa que le dolía...

Aquello no era bueno. No era bueno en absoluto.

Capítulo 3

Nicole trabajó tantas horas en los siguientes dos días que consiguió olvidar que Ty la había visto completamente desnuda. Al final de un turno particularmente largo y atroz, se fue al vestuario y, cuanto estaba de pie delante de su taquilla, se dio cuenta de que tenía libre el día siguiente. Por fin podría dormir.

—Ese ha sido un suspiro muy interesante —dijo una voz masculina a sus espaldas. Una voz que le hizo desear haberse marchado de allí cinco minutos antes.

Era el doctor Lincoln Watts, el cirujano jefe. No era que Nicole no apreciara su habilidad, porque era un médico realmente bueno. Sin embargo, aquello no significaba que tuviera la misma habilidad para tratar con la gente.

Fuera del quirófano, aquel tipo era un imbécil. Las enfermeras lo odiaban y las auxiliares lo temían. Los demás médicos simplemente lo toleraban, principalmente porque él era el jefe de todos, pero también porque suponía demasiado problema enojarlo. Además, tenía la memoria de un elefante.

Al ser la más joven de todos los médicos, Nicole había aprendido a no hacerse notar demasiado. Hacía su trabajo y lo hacía bien. Era lo único que quería. Incluso cuando el doctor Watts le estaba mirando el trasero.

—¿Le puedo ayudar en algo? —preguntó ella cortésmente, volviéndose para mirarlo y obligarle a levantar la mirada.

Watts se tomó su tiempo para hacerlo y, por primera vez, Nicole se alegró de tener unos pechos pequeños y poco impresionantes. Quería darle tan poco placer como le fuera posible.

—¿Que si puedes ayudarme? —repitió con una ligera sonrisa mientras la miraba por fin a los ojos—. Pues sí, creo que sí puedes.

Maldita sea.

—Ven conmigo al baile benéfico mañana por la noche.

El acto al que se refería era una gala anual diseñada para sacarles dinero a los benefactores ricos y depositarlo directamente en los cofres del hospital. Era bueno para todo el mundo, aunque, para Nicole, suponía una velada de forzadas sonrisas. Ella odiaba vestirse elegantemente y mezclarse con la gente. Aquel año, lo había preparado todo para estar de guardia y así no tener que asistir.

—Lo siento, tengo que trabajar.

—Eso puedo arreglártelo.

—No, gracias —replicó Nicole, sabiendo que el coste de aquel favor sería considerable y que implicaría meterse en la cama con él—. No me importa perdérmelo.

—Quiero que vengas conmigo.

—Lo siento, doctor Watts, pero eso no sería justo para los demás.

—Linc.

—¿Cómo dice?

—Que me llames Linc —dijo suavemente, acariciándole el hombro de un modo que casi hizo que Nicole se echara a temblar—. Si me acompañaras, lo consideraría un favor personal.

—He dicho que no —le espetó Nicole, que nunca había sido una maestra de la diplomacia.

Watts la miró fijamente. Entonces, sin decir una palabra más, se marchó. Nicole observó muy inquieta cómo se marchaba y se preguntó si, por no acostarse con el jefe, habría dado al traste con su carrera.

Se marchó a casa. Al llegar al edificio donde vivía, vio que había relojes, gramófonos, láminas... Eran las antigüedades que Taylor había coleccionado a lo largo de muchos años, durante su mimada juventud, y que se veía obligada a vender para devolver su antigua

gloria al edificio. En el segundo piso, se encontró un frutero y se puso a pensar que tenía tanta hambre que hasta le apetecía comer fruta. Justo en aquel momento, Taylor asomó la cabeza por la puerta de su apartamento.

Maldita sea. Los planes de la fiesta...

—Taylor, estoy muy cansada...

—Tenemos que hablar —dijo ella, agarrándola inesperadamente de la muñeca.

—Pero...

—Estás cansada, ya lo sé. Como me lo imaginé, he preparado la fiesta sin ti.

—Gracias...

—Todavía no me las des, cerebritito. Vas a necesitar un vestido.

—Oh, no...

—Oh, sí. Y supongo que ya te imaginarás que en esto vamos a esmerarnos.

—Pero...

—Eso te enseñará a dejarme a mí sola para planear las cosas.

—Bueno, en ese caso, olvídate de tus planes.

—No. Suzanne se lo merece —replicó Taylor, con obstinación.

—Sí, pero...

—He dicho que vamos a esmerarnos —dijo Taylor con firmeza—. Y con eso, me refiero a seda y encaje, tacones altos, maquillaje, peluquería y todo lo demás.

Aquel día, Nicole había tenido que enfrentarse a dos operaciones a todo riesgo, al doctor Watts... Sin embargo, prefería enfrentarse a todo aquello y a un dragón que escupiera fuego por la boca antes de lo que suponía «esmerarse» para Taylor.

—Me estás tomando el pelo...

—Cielo, yo nunca bromeo sobre la moda.

—¿Moda?

—Tú y yo. Vamos a ir de compras cuando tengas tu próximo día

libre —le informó Taylor. Al oír aquellas palabras, Nicole soltó una retahíla de maldiciones que la hizo sonreír—. Sí, y dado que me debes lo de haber tenido que planear la fiesta sin ti, me puedes pagar ahora mismo. Necesito un pequeño favor.

—Taylor —suspiró Nicole, pensando en su cama.

—No te preocupes. No se trata de nada difícil. Solo necesito que vayas al estudio de Ty y que le entregues esto —le dijo, entregándole un montón de planos—. Y esto —añadió, dándole también un archivador—. ¿Te cayó bien?

—¿Cómo dices?

—Que si te cayó bien Ty. ¿Y cómo no te va a gustar? Está más bueno que el pan y tiene un cuerpo que una se tomaría de dos bocados... Es una pena que nos parezcamos tanto. Nos devoraríamos el uno al otro...

—No te voy a preguntar a lo que te refieres, Taylor...

—Pero yo te lo voy a decir. Ty y yo compartimos el mismo espíritu de inquietud viajera.

—¿Que tú tienes inquietud viajera?

—Completamente. Al menos la tuve hasta que vine aquí y encontré mi hogar. Sin embargo, Ty no lo ha encontrado todavía. Luchar contra nuestras emociones y necesidades encontradas sería como vivir en un campo de batalla. No, por mucho que pudiera apetecerme una buena aventura con Ty, él no es para mí.

Nicole se colocó las manos sobre las orejas, o al menos lo intentó con todo lo que tenía en los brazos, lo que hizo que Taylor se echara a reír.

—Vete. Dile que le asigno el trabajo. La dirección de su despacho está en la etiqueta y solo está a tres minutos de aquí.

Antes de que Nicole pudiera parpadear, Taylor ya la había hecho salir al descansillo. Cuando fue a protestar, su amiga ya había cerrado la puerta.

—No voy a hacerlo —dijo a través de la madera.

—Entonces, te abriré la puerta para que me ayudes a escoger servilletas, platos y menús para la fiesta.

Nicole bajó la vista y se fijó en el nombre y en la dirección de Ty. Entonces, sintió una peculiar sensación en el vientre. ¿Por qué sería que, cada vez que escuchaba su nombre, la piel se le acaloraba y le picaba y se le erguían los pezones?

—Es una mala idea, Taylor.

—¿Desde cuándo tienes miedo de nadie, y mucho menos de un hombre? —le preguntó Taylor, a través de la puerta.

Desde que un hombre podía mirarla y hacerle sentir cosas que no comprendía.

—No puedo...

—Limítate a dejarle los planos, Nicole. No tienes que casarte con él.

De algún modo, aquellas palabras no hicieron que se sintiera mejor. A pesar de todo, dio un suspiro y empezó a bajar las escaleras.

Ty tenía un terrible dolor de cabeza. Además, había llegado otro correo electrónico.

Aquello no era precisamente lo que más necesitaba para un largo día de trabajo. Se puso de pie, mirando el mensaje fijamente. Entonces, cerró los ojos y lanzó una maldición. Luego, volvió a abrir los ojos y lo leyó otra vez.

Creo que tú eres Ty Patrick O'Grady de Dublín. Creo que tu madre fue Anne Mary Mulligan, que era también de Dublín. Por favor, confírmame.

Margaret Mary

No podía entender por qué lo estaría buscando una tal Margaret Mary. ¿Quién era aquella mujer? ¿Qué sabía ella del muchacho que él había sido? Porque, efectivamente, no había sido más que un muchacho cuando se marchó de Dublín, un muchacho que jamás había mirado atrás. ¿Y por qué iba a hacerlo? No tenía nada que añorar. No tenía raíces. Su padre había muerto muy joven en una

pelea de borrachos cuando Ty solo tenía un año de edad. Su madre era la dueña de una taberna con habitaciones encima, que alquilaba cuando necesitaban el dinero, algo que había ocurrido constantemente. Ty no había sido más que una equivocación para ella, una equivocación que no le gustaba que se le recordara.

Ese hecho a menudo había beneficiado a Ty, ya que siempre había tenido la libertad de hacer lo que le viniera en gana. Dado que su madre casi nunca se acordaba de alimentarlo, mucho menos de vestirlo y solo le daba, de mala gana, un colchón sobre el que dormir, esa libertad le agradaba profundamente. Robaba ropa, comida y andaba con una pandilla que hacía que las bandas de Los Ángeles parecieran amistosas.

Cuando cumplió diez años, fue testigo de su primer asesinato, que se había cometido por un par de botas. Cuando cumplió once, su madre decidió vender la taberna y seguir su vida... sin él.

Para cuando cumplió dieciséis años, estaba más allá de la redención, o, al menos, eso pensaba él. Entonces, cometió la equivocación de tratar de robarle la cartera a un australiano que estaba allí de vacaciones. El hombre, un tal Seely McGraw, había sido policía, pero, en vez de llevar a Ty a la cárcel, se lo llevó a su casa con él. A Australia. No le importó dejar Irlanda.

En Australia, Seely se ocupó de que siguiera estudiando. Lo convirtió en un ser civilizado. Lo humanizó. Sin embargo, el vagabundo que seguía existiendo en él sobrevivió.

Cuando Seely murió, Ty se dejó llevar por su espíritu viajero. Fue adonde le apetecía cuando quería. Europa, Asia, África, América del Sur... Entonces, decidió probar suerte en los Estados Unidos y se dirigió a California. Por primera vez en su vida, se había enamorado de un lugar y creó un hogar para sí mismo.

Se preguntaba cuánto tiempo duraría aquello antes de que su espíritu viajero volviera a adueñarse de él. Dado su pasado, se imaginaba que no sería mucho. Sin embargo, por el momento, allí

estaba a gusto. Se vivía bien. Tenía un trabajo que le encantaba y todo el dinero para hacer lo que le viniera en gana cuando le apetecía. Y justo en aquel momento, tenía que venir alguien para recordarle su pasado.

Sin poder contenerse, decidió responder el mensaje y escribió:
¿Quién lo quiere saber?

No. Aquello solo haría que la situación fuera más allá, cuando lo único que él quería hacer era olvidarlo todo. Sin embargo, antes de que pudiera borrarlo, oyó que alguien llamaba a la puerta principal, que había dejado abierta para que le llevaran la pizza que había pedido.

— ¡Estoy aquí! — gritó.

Esperaba que aquella vez no se hubieran olvidado también de la cerveza, dado que le apetecía mucho. Se puso de pie y miró la pantalla del ordenador una vez más, con el dedo a punto de apretar la tecla para borrar el mensaje ¿Cómo podía enfrentarse a...?

— ¿Ty?

No era la pizza, sino Nicole. Sus enormes ojos grises miraron los suyos y, en un instante, el deseo en estado puro se abrió paso por sus venas.

Y entre las piernas.

Aquello era una debilidad, y Ty odiaba las debilidades. Deseaba saborear aquella boca, sentir su cuerpo entre las manos y, dada la expresión que Nicole tenía en el rostro, sus deseos se le estaban reflejando en el rostro.

Ella abrió la boca, pero, entonces, muy cuidadosamente, volvió a cerrarla. El instinto le dijo a Ty que algo ocurría. Bajó la mirada y se dio cuenta de que, después de ducharse, ni se había puesto una camisa ni se había abrochado los pantalones. Al hacerlo, provocó que ella apartara la mirada del tatuaje que tenía en el brazo para centrarse en la zona del cuerpo de Ty que parecía más sensible a la presencia de la joven.

—Pensaba que eras el de la pizza —dijo. El sonido metálico que produjo la cremallera le pareció muy alto, produciendo un eco entre ellos.

—Oh...

Nicole levantó la cabeza y lo miró a los ojos con una expresión ausente en el rostro, como si no pudiera recordar lo que estaba haciendo allí.

Dios mío, aquello resultaba tan sugerente... De repente, como si se hubiera acordado en esos momentos, le entregó un juego de planos.

—Son de Taylor —le informó, golpeándolo en el pecho con la carpeta—. Has conseguido el trabajo, señor Arquitecto.

Con eso se dio la vuelta.

—Nicole.

—¿Sí? —respondió ella sin volverse.

¿Qué había estado a punto de decirle? Algo. Cualquier cosa para evitar que ella se marchara.

—¿Que... que he conseguido el trabajo?

—Acabo de decir eso mismo, ¿no?

Su dulce, dulce Nicole.

—En ese caso, tenemos que celebrarlo.

—¿Celebrarlo? —le preguntó al tiempo que se daba la vuelta para mirarlo.

—Sí —contestó Ty. Le encantaba la chispa de genio y pasión que veía en sus ojos.

—¿Sabes ese acento irlandés que finges no tener? Estaba en tu voz cuando me dijiste que pasara, antes de que supieras que era yo. ¿Y sabes algo más? No parecías estar de humor para celebrar nada. Parecías enfadado —le espetó. Entonces, miró la pantalla del ordenador—. ¿Por eso?

—No.

Tras dejar los planos y el archivador encima de la mesa, extendió

la mano para apagar la pantalla, pero apretó la tecla de retorno por equivocación, mandando así el mensaje al misterioso remitente.

Furioso consigo mismo, se quedó mirando a la pantalla durante un momento. Entonces, lanzó una maldición.

—¿Qué pasa?

—Nada.

No estaba dispuesto a discutir lo ocurrido con ella. Se apartó del ordenador y respiró profundamente antes de volverse de nuevo a mirarla. Llevaba unos vaqueros negros, que se le ceñían perfectamente a las caderas y una camiseta también negra, que dejaba su ombligo al descubierto. Se vislumbraba una pequeña extensión de piel suave y desnuda, decorada por un diamante que le relucía en el ombligo. Aquella imagen hizo que se le hiciera la boca agua. Tenía una actitud desafiante, pero, a pesar de todo, se moría por devorarla. Necesitaba devorarla.

—¿Y qué importa de qué humor estuviera yo? Ahora estoy de humor para celebrarlo.

—Pues yo no.

—¿Qué es lo que te pasa?

Ella se encogió de hombros y apartó la mirada.

—¿Nicole? —dijo él, atónito por lo mucho que deseaba estrecharla entre sus brazos—. ¿Has tenido un mal día en el trabajo?

Volvió a encogerse de hombros.

—¿Has perdido... a algún paciente?

—Hoy no, gracias a Dios —suspiró ella.

—¿Te ha amenazado alguien con una demanda?

—Hoy no, gracias a Dios —repitió, aunque aquella vez con una sonrisa en los labios.

—¿Has recibido un mensaje de correo electrónico recordándote tu pasado?

Nicole lo estudió durante un largo instante, mientras Ty renegaba de sí mismo por haber dejado que aquellas palabras se le escaparan

de los labios.

— ¿Es eso lo que te ha ocurrido a ti? —le preguntó ella por fin.

— Estábamos hablando sobre ti.

— Yo no quiero hablar sobre mí.

— Ah, eres una acaparadora.

— ¿Una qué?

— Te guardas tus emociones. Me gusta eso en una mujer, ya que yo hago lo mismo.

— No creo que eso sea exactamente algo de lo que sentirse orgulloso.

— Si me hubieran dado una moneda por cada vez que una mujer ha intentado que me abriera con ella... Bueno, digamos que sería un hombre muy rico. Veo que los dos estamos de inquietud y energía. Tal vez podamos aunar nuestros recursos, cielo...

— Déjame adivinar —replicó Nicole, frunciendo el ceño—. ¿Podríamos aunar nuestros recursos, digamos para... disfrutar salvajemente del sexo, como los animales, tal vez contra la pared?

— Bueno... —susurró él, dejándose llevar por las imágenes que ella le había metido en la cabeza.

— Estás pensando en ello, ¿no?

— Sí, claro que sí —admitió él. Entonces, al ver el gesto que se le reflejó en la mirada, tuvo que ser muy rápido para extender la mano y agarrarle la muñeca antes de que ella pudiera darse la vuelta—. Lo estoy pensando, Nicole, pero solo porque tú me lo dijiste. Yo soy un hombre y los hombres somos criaturas visuales. Y tú me has dado algo estupendo en lo que pensar...

— Ahí está otra vez... Tu acento. Te sale cuando estás enfadado o...

— ¿O?

— Cuando estás...

— ¿Cuando estoy qué? ¿Excitado?

— Nadie mejor que tú para saberlo. Solo he accedido a traerte los

planos —le espetó ella, cruzándose de brazos— para poder decirte que no voy a hacer nada respecto a la atracción que siento por ti.

—Entonces, ¿admites que hay una atracción?

—Olvídalo...

Entonces, antes de que Ty pudiera reaccionar, le colocó las manos sobre el pecho. Mientras miraba sus propios dedos, los abrió por completo, como si quisiera tocar todo lo que pudiera de él.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó él con voz ronca.

—Empujándote —respondió Nicole. Sin embargo, no empujaba.

Ty colocó las manos sobre las de ella y entrelazó los dedos con los suyos. Nicole suspiró profundamente y él hizo lo mismo. Entonces, sus miradas se cruzaron.

—Deberíamos haber seguido hablando sobre nuestro día... —susurró ella, con voz temblorosa.

—El mío era un asco —comentó Ty.

—El mío también.

—A mí me hicieron recordar mi pasado, y eso no me gustó.

—Mi jefe trató de ligar conmigo. ¿De qué pasado estás hablando? —añadió ella.

—¿Qué quieres decir con eso de que tu jefe trató de ligar contigo? —preguntó él al mismo tiempo.

—No importa —respondieron ambos, al mismo tiempo.

Inexplicablemente, los labios de Nicole comenzaron a palpar. Los de Ty también. Entonces, sintió que los dedos de ella se relajaban bajo los suyos. Nicole sonrió, lo que resultó tan dulce, que caldeó el corazón de Ty de un modo que él nunca habría esperado.

—¿Qué te parece si no hablamos? —murmuró ella. Entonces, se inclinó un poco hacia delante, de modo que las bocas de ambos estuvieran alineadas aunque sin llegar a tocarse.

Ty ansiaba remediar aquella situación, pero estaba el asunto de lo que le había ocurrido en el trabajo, algo que le resultaba imposible dejar pasar.

—Nicole, acerca de lo ocurrido con tu jefe...

—No quiero hablar.

—Pero...

Ella le colocó los dedos sobre los labios, lo que hizo que Ty recordara lo del sexo animal. Con un ligero suspiro, Nicole se inclinó contra su garganta.

—Maldita sea, hueles muy bien... ¿Quién habría pensado que olerías bien?

Ella también olía bien, tanto, que Ty estuvo a punto de darle un bocado.

—¿Y por qué no lo habrías pensado?

—Porque no quería que me gustaras. No tienes idea de lo mucho que deseo que no me gustaras —susurró ella, cerrando los ojos.

—Pero te gusto.

Nicole no respondió. Ty sonrió y se separó un poco de ella para poder mirarla. La luz del sol le iluminaba la cara, reflejándose en sus expresivos ojos.

—Escucha bien, cariño, porque mi acento está a punto de volver a hacer acto de presencia.

Con eso, inclinó la cabeza y deslizó la mandíbula contra la de ella para ir a colocar la boca sobre el sensible punto que ella tenía bajo la oreja.

—A mí tampoco me apetece que me gustes —musitó—, pero es demasiado tarde, porque ya me gustas... —añadió. Entonces, desenredó los dedos de los de ella y empezó a acariciarle el suave cabello—. Utilicémoslo a nuestro favor. Olvidémonos del día de hoy... Olvídate de hoy, olvídate del estrés...

Nicole se lamió los labios y tragó saliva, lo que despertó el deseo en el vientre de Ty.

—Hazlo —insistió—. Olvidémonos de nuestros nombres. ¿Qué dices?

—Yo no me puedo olvidar de mi nombre.

—Eso es porque eres demasiado lógica...

Le encantaba el modo en el que sus caricias parecían interferir con la respiración de Nicole. A través de la tela de la camiseta, vio cómo se le erguían los pezones, deseando que se les dedicara algo de atención, una atención que él estaría encantado de dedicarles.

—Algunas veces, Nicole, hay que dejarse llevar...

—No suelo dejarme llevar.

—Estoy empezando a darme cuenta.

—No quiero complicaciones en mi vida personal, Ty.

—Las complicaciones, siempre que sean temporales, pueden ser algo bueno. ¿Estás lista?

Sin poder apartar la mirada de los labios de él, Nicole se mordió los suyos. Entonces, arqueó un poco el cuerpo, lo suficiente para estar a punto de volverle loco.

—Nicole, ¿estás lista?

—Hazlo.

—¿Que haga qué? —preguntó Ty con la voz ronca por el deseo.

—¡Bésame!

Parecía tan frustrada, que él estuvo a punto de echarse a reír. A punto, porque no había nada divertido en lo excitado que se encontraba, en lo mucho que la deseaba.

—Como tú deseas...

Tras rozarle suavemente los labios con los suyos, le dibujó el contorno de la boca con la punta de la lengua, haciendo que ambos gimieran de placer. Entonces, mantuvo su promesa de hacer que los dos se olvidaran de sus nombres.

Capítulo 4

A Nicole le latía rápidamente el corazón en el pecho. No sabía cómo se podía sentir tan atraída por aquel hombre, cuando él era la última persona por la que ella se imaginaba que podría sentir tal deseo.

Eran polos opuestos. Ella era nerviosa, deseaba alcanzar unos objetivos, estaba dedicada a su trabajo por encima de todo lo demás.

Por el contrario, él era un hombre muy relajado, tranquilo, aunque no especialmente abierto con la gente.

Bueno, tal vez compartieran aquel último rasgo. Sin embargo, no dejaba de pensar en lo que Taylor había dicho sobre él... Estaba deseando que la vida lo llevara donde quisiera. Aquí. Allí. A cualquier parte. Ella no. Nicole sabía exactamente dónde quería que la vida la llevara. Siempre lo había sabido, y ese lugar no tenía nada que ver con un hombre. Ni con el sexo. Ni con los sentimientos.

Quería que su vida discurriera por el mismo camino que hasta entonces. Quería ser una buena doctora. Quería realizar operaciones nuevas e innovadoras y hacerlas con éxito. Quería salvar la vida de las personas. Y no pensar en la suya propia.

Sin embargo, había algo que no podía negar. Ty ejercía una fuerte influencia sobre ella. Además, le hacía anhelar el contacto humano. El contacto físico. Eso era algo que casi nunca se permitía hacer, porque la convertía en un ser vulnerable, algo que no le gustaba.

Sin ponerle un dedo encima, Ty podría conseguirlo. Lo podría haber hecho solo con los ojos, pero la había tocado. Nicole quería odiarlo por ello, a pesar de que estaba abrazada a él, a pesar de que inclinaba la cabeza para que él pudiera besarla mejor y lo besaba a él

con todo su empeño.

La inmediata reacción de su cuerpo la sorprendió. La consumió. No había pensado que pudiera sentir un deseo tan fuerte por un hombre en el que todavía no sabía podía confiar. Acarició el sensual tatuaje que tenía en el brazo y luego hizo lo mismo con la mandíbula. Entonces, le hundió los dedos en el corto cabello y se aferró a él con fuerza.

—Esto es una locura... —susurró.

—Sí —replicó él.

Él le metió las manos por debajo de la camiseta, para poder así acariciarle la piel desnuda. Mientras tanto, no dejó de besarla, haciendo que de nuevo se olvidara de todo.

Nicole quería apartarse de él. Deseaba no haberse dejado llevar por aquel abrazo, a pesar de que ella se aplastaba contra él.

Se dijo que aquello debía acabar, pero siguió besándolo. Con la lengua lo animaba a seguir, con las manos acariciaba su fuerte y musculoso torso mientras que su interior se derretía al sentir la firme y cálida carne del cuerpo de Ty. Y sus labios... ¡Dios, sus labios! Eran calientes, firmes y deliciosos. Podría haber dicho lo mismo sobre sus manos, que en aquel momento le estaban acariciando la cintura, con los pulgares tocándole suavemente la piel debajo del ombligo...

Nicole sintió que se le hacía un nudo en su interior y que las piernas le fallaban. Los pezones se le habían erguido hacía tiempo, como si Ty ya los hubiera tocado.

Pero no había sido así. Que quisiera que lo hiciera más que de lo que ansiaba respirar ya no la sorprendió. Deseaba a aquel hombre...

Entonces, desde detrás de ellos, se oyó el tintineo de un ordenador, lo que la hizo volver a la realidad. Durante aquellos gloriosos momentos, Ty le había hecho olvidar que estaba en su casa, prácticamente suplicándole algo que ella no estaba dispuesta a darle.

—Tu ordenador te llama.

—¿Cómo dices? —preguntó él, parpadeando lentamente.

Entonces, la miró con los ojos medio cerrados, haciendo que ella deseara volver a fundirse con su cuerpo.

A pesar de todo, Nicole dio un paso atrás, turbada por lo devastador que había resultado un simple beso.

—Tu ordenador —repitió ella, sin poder evitar lamerse los labios y saborear a Ty en ellos—. Te está llamando.

Ty tardó un momento en reaccionar. Se estaba fijando en cómo Nicole se pasaba la lengua por los labios. Finalmente, consiguió girar la cabeza y mirar la pantalla del ordenador.

Nicole notó que él tampoco respiraba con tranquilidad, igual que se fijó en otros detalles sobre él, como en su pecho desnudo, ligeramente bronceado y con firmes músculos. O en sus gastados vaqueros, suaves por el uso, y en el firme bulto que se apretaba contra la cremallera.

Ella lo excitaba. Darse cuenta de aquello la dejó atónita. Ella lo excitaba. Excitaba al hombre más erótico, apasionado y sensual que había conocido nunca. Aquello no debería haberle resultado tan... excitante.

—Tienes correo —dijo. Su voz sonó algo agitada, lo que no era bueno. Si no tenía cuidado, Ty se daría cuenta y lo tomaría como una invitación—. ¿Es que no vas a leerlo?

—Sí.

Tras bloquear la pantalla con el cuerpo, Ty leyó el mensaje. Entonces, apagó la pantalla del ordenador. Aunque sonreía, se notaba que estaba preso de una fuerte tensión.

—¿Dónde estábamos? —le preguntó, con una voz tan cálida, que podría haber fundido el hielo de Islandia.

—Oh, no —dijo ella, dando un paso atrás—. No tan rápido. Yo me marchó de aquí.

—¿Vas a dejar que un beso de nada te afecte de esta manera?

—No vas a convencerme para que vuelva a hacerlo.

—¿Tal vez porque te resultaría demasiado arrebatador?

—Porque me resultaría... estúpido. Solo vine aquí para darte unos planos y para decirte que no me siento atraída por ti.

—Lo que ha resultado ser una mentira.

—De acuerdo. Digamos entonces que no quiero sentirme atraída por ti —corrigió—. Ahora me voy.

—¿Tan malo sería, Nicole, si nos dejáramos llevar? —le preguntó Ty cuando ella se giró y se marchó hacia la puerta.

—Sí —respondió ella, sin volverse.

—¿Por qué?

—Porque sí...

—Nos excitamos el uno al otro, ya lo sabes...

Nicole no tenía ninguna duda al respecto. En aquel momento, el ordenador volvió a pitar, provocando en Ty una airada respuesta.

Rápidamente, se dio la vuelta. Mientras encendía la pantalla, ella notó la furia que se había apoderado de él. Se preguntó lo que ocurriría y se acercó tanto a él que, cuando Ty volvió a darse la vuelta, se habría caído si él no la hubiera agarrado por la cintura.

—¿Has visto algo interesante? —le preguntó Ty, frunciendo el ceño.

—No.

—Tenías razón en lo de salir huyendo, Nicole. Deberías huir. Ahora mismo —afirmó, soltándola en el acto y haciendo que ella perdiera el equilibrio.

Para cuando ella recuperó el equilibrio, Ty se había dado la vuelta y estaba apoyado sobre el alféizar de la ventana con los puños cerrados.

—No he visto nada —confesó Nicole.

—La próxima vez tendrás que ser más rápida, ¿no?

El mal genio que él tenía desató el de ella. Se dio la vuelta y atravesó rápidamente el umbral. Estaba a punto de salir por la puerta principal cuando Ty la agarró por el codo y la obligó a darse la vuelta. Rápidamente, la asió por el otro brazo y la obligó a quedarse inmóvil.

Nicole trató de soltarse, pero no pudo.

—Puedo ponerte de rodillas con una patada bien dada —lo amenazó.

—Hace un momento tal vez habría estado de humor para una pelea sucia, pero ahora no —dijo él, soltándole un brazo. Entonces, le enmarcó el rostro con la mano—. Te hablé con dureza y lo siento.

—Bien.

—Mira, me sentía muy mal, ¿de acuerdo? Cuando estoy así, suelo pagarlo con el que está más cerca, razón por la cual no tengo a menudo a nadie a mi alrededor.

Nicole quería seguir enfadada, porque así podría conseguir la energía suficiente para marcharse, pero Ty la desarmaba mirándola de aquella manera...

—Lo siento —repitió él, una vez más.

—He dicho que está bien.

—¿Me perdonas?

—Sí. Suelo ser tan desagradable cuando no estoy trabajando, que nadie quiere tener nada que ver conmigo. Mi propia familia preferiría... Maldita, maldita sea... —dijo ella, dándose un golpe en la frente—. Se me ha olvidado ir a la cena que mi madre había planeado. Tendré que pagar un precio muy alto por ello.

—¿Por qué?

—Tú no tienes una familia como la mía, supongo. La mía es grande, ruidosa y me da más órdenes que cualquier jefe que yo haya podido tener.

—No, yo no tengo una familia así... En realidad, no tengo familia. Lo siento mucho, de verdad —susurró, acariciándole suavemente el rostro—. No dejes que mi malhumor te haga alejarte de mí.

—Yo... necesito marcharme.

—¿Sabes una cosa? Nunca habría dicho que fueras un cobarde —dijo Ty, a modo de desafío.

—Retira eso ahora mismo... —le ordenó Nicole, colocándole un

dedo en el pecho.

Nadie le había dicho nunca que era una cobarde y... ¡Maldito fuera aquel pecho! Estaba volviéndola a cautivar. Ty volvió a sonreír al notar que, en vez de golpearlo con el dedo en el tórax, estaba dibujando muy lentamente círculos de un pectoral a otro.

—No me voy a acostar contigo —añadió, aunque Ty la atraía mucho.

Cuando le tocó un pezón con la uña, él dejó escapar el aliento entre los dientes. Aquel sonido provocó una extraña reacción en su cuerpo.

—No voy a hacerlo —repitió.

—Ni yo tampoco —dijo él, aunque la voz le sonó algo ronca.

—¿Seguro que no lo estabas pensando? ¿Ni siquiera un poco? —susurró ella.

—Bueno, sé que tú sí.

—Puedo desearte y, a pesar de todo, mantener las distancias.

—¿De verdad?

—Mírame —respondió. Entonces, se dio la vuelta y colocó la mano sobre el pomo de la puerta... pero dudó—. ¿Vas... vas a estar bien?

—¿A qué te refieres?

—A lo del correo electrónico.

—No te preocupes por mí, cielo.

A Nicole le dio la sensación de que nadie lo hacía. Ty no tenía a nadie, algo que ella casi no podía comprender. Su familia la acosaba constantemente, pero también estaba siempre a su lado por si la necesitaba, fuera lo que fuera y cuando fuera. No se podía imaginar que una persona pudiera estar completamente sola.

—Veo cómo giran las ruedas de tu cerebro, doctora.

—Me estaba preguntando cómo era posible que tú estuvieras solo. ¿Qué le ha ocurrido a tu familia?

—¿Ya empezamos con las preguntas personales? A ver qué te

parece esto. Cada vez que tú me preguntes algo, yo puedo hacerte una pregunta. Empecemos con esta. ¿Cómo es que puedes ser tan hermosa y sensual y que, a pesar de todo, el hecho de que nos sintamos atraídos te pone tan nerviosa?

¿Hermosa? ¿Sensual? Aquellos no eran los adjetivos que solía atribuirse a sí misma. Inteligente, sí. Lógica, también, pero sensual... Aquel hombre necesitaba gafas, aunque no parecía haber nada de malo en aquellos maravillosos ojos.

Cuando abrió la puerta, Ty se echó a reír.

—Déjame adivinar. ¿Tienes trabajo?

—Efectivamente.

Mientras regresaba a su casa, no fue la risa burlona de Ty en lo que Nicole estuvo pensando, sino en un sentimiento que nunca habría imaginado en Ty Patrick O'Grady: la vulnerabilidad.

Durante los días siguientes, Ty trabajó como si tuviera al demonio pisándole los talones. En realidad, así era. Ese demonio se llamaba Nicole Mann. Sin embargo, como era un hombre acostumbrado a no prestar atención a sus sentimientos, pudo continuar haciendo su trabajo como si nada.

El hecho de que estuviera haciendo más viajes de los que eran necesarios al edificio donde vivía Nicole le resultaba inexplicable. Aquel día no iba a ser una excepción. Era por la tarde, tres días después del beso que habían compartido...

Maldita sea... Menudo beso había sido. La verdad era que quería volver a experimentarlo. Quería que Nicole lo estrechara entre sus brazos, que se volviera débil por él. Quería que ella sintiera algo... lo que resultaba muy extraño cuando él mismo no quería sentir nada. Dios... cuánto necesitaba no sentir nada...

Taylor sorprendió a Nicole subiendo las escaleras para llegar a su apartamento después de un largo día de trabajo.

—¡Eh! Entra un segundo...

—Yo... Bueno.

Como siempre, añoró su cama y pensó en los planes que tenía para meterse en ella en diez minutos, en los informes médicos que tenía bajo el brazo y que se moría por leer...

—Mira, ahórrate esa mirada de cachorrillo... Soy inmune. No puedes limitarte a trabajar, a leer cosas sobre tu trabajo y a dormir. Entra aquí y tómate tu medicina como una mujer, doctora Mann. Tengo a Suzanne dentro y está tan emocionada, que casi me está haciendo pensar que podría haber algo en todo esto del amor.

—Entonces, ¿por qué no te casas?

—Ni lo sueñes. Ya te he dicho que tú y yo seguiremos solteras para siempre. Ahora, pasa. Es hora de que te pruebes el vestido que te he comprado para la fiesta de compromiso.

—No tenías por qué hacerlo.

—Sí, claro que sí tenía que hacerlo. Tú nunca habrías ido de compras conmigo y sé perfectamente que no tienes ni un solo vestido que valga algo en tu armario.

—Nicole, ¿eres tú? —preguntó Suzanne, sacando la cabeza por la puerta.

Llevaba el cabello rojizo recogido en lo alto de la cabeza y su maravilloso cuerpo estaba embutido en un precioso vestido negro que le daba el aspecto de una diosa.

—¿Qué te parece? —le preguntó, extendiendo los brazos y dándose una vuelta—. ¿Crees que le va a gustar a Ryan?

—¿Estás bromeando? —preguntó Nicole, atónita—. Se va a abalanzar sobre ti. Hasta yo me siento atraída por ti con esa ropa.

Suzanne se echó a reír y le tiró del brazo.

—Esto es tan divertido. Venga, ahora te toca a ti...

—Esto va a estar muy bien —comentó Taylor, frotándose las manos al ver que a Nicole no le había quedado más remedio que entrar en el apartamento—. Desnúdate.

—Ni hablar —replicó la joven doctora.

—Claro que vas a hacerlo.

—¡Eh! Un momento —exclamó Nicole al ver que Taylor comenzaba a tirarle de la camiseta—. Quítame las manos de encima.

—Tengo el vestido perfecto para ti. No te preocupes. Estaba muy rebajado. Sé que no te gusta gastar el dinero.

—¿Y cómo lo sabes?

—Vives aquí, ¿no? Bueno, el vestido es verde esmeralda, brillante y está diseñado para volver locos a los hombres —dijo, mostrándole un trozo de tela que era tan pequeño que no podía ser un vestido—. Resaltará tu maravilloso cuerpo, aunque vas a necesitar un sujetador que te haga un poco más de pecho.

—Gracias —replicó Nicole mientras se quitaba la camiseta.

—En realidad, deberías pensar en comprarte un par de pechos —observó Taylor, haciendo que Suzanne se atragantara con el refresco que estaba tomando.

—¿Por qué diablos querría yo hacer algo tan estúpido como comprarme un par de pechos? —preguntó Nicole—. ¿Para cazar a un hombre? No me interesa.

—Si lo que estás diciendo es que te interesan las mujeres...

—No soy lesbiana, idiota —le aseguró Nicole mientras se quitaba los pantalones—. Soy feliz estando sola.

—Sí...

Durante un momento, Taylor pareció inexplicablemente... triste. Como aquello era tan poco frecuente, Nicole estuvo a punto de preguntarle al respecto, pero su amiga volvió a mostrarle el vestido.

—Por suerte, como siempre he dicho, no hay que ser célibe para permanecer soltera.

—¿Y quién ha dicho que yo lo sea? —preguntó Nicole mientras miraba el vestido que Taylor le había dado sin tener ni idea de cómo ponérselo.

—Entonces, ¿me estás diciendo que te estás divirtiendo un poco? —preguntó Taylor, quitándole el vestido de las manos. Entonces, lo colocó y se lo metió a Nicole por la cabeza—. Estás demasiado tensa

y te muestras demasiado gruñona como para que sea así. A menos que le estés dando a él lo que busca y no estés consiguiendo tú nada.

—¿Cómo dices? —preguntó Nicole, incrédula.

—Creo que quiere decir que tal vez le estás dando orgasmos a él, pero que él no te los está dando a ti —explicó Suzanne, tras aclararse la garganta.

—Estáis las dos locas —susurró Nicole, mirando a las dos mujeres. Entonces, se tiró del vestido para bajárselo, aunque rápidamente se quedó sin tela.

—He visto cómo te mira Ty —comentó Taylor, aunque Nicole fingió no haberla oído.

—¿Ty? —quiso saber Suzanne—. ¿Quién es Ty?

—Mi arquitecto —respondió Taylor—. ¿Te acuerdas? Te he hablado de él, pero como, por aquel entonces, estabas besando a Ryan, seguramente no te enteraste —añadió, sin apartar los ojos de Nicole—. Es alto, moreno y muy sexy, por no mencionar el delicioso acento que tiene, con el que parece estar a punto de comerte viva...

—Un acento no puede ser delicioso —dijo Nicole, haciendo que las otras dos mujeres se echaran a reír—. ¿Qué pasa? Es imposible.

—Está loca por él —decidió Taylor, encantada.

—Tendremos que invitarlo a la fiesta de compromiso —afirmó Suzanne.

—¿Cómo? ¿Y por qué ibas a hacerlo? —preguntó Nicole. Entonces, se dio cuenta de que sus dos amigas la estaban mirando fijamente—. ¿Y ahora qué pasa? —preguntó, algo avergonzada—. ¿Qué estáis mirando?

—Dios mío —susurró Taylor, sacudiendo la cabeza—. No me lo puedo creer.

—Vaya —suspiró Suzanne—. Vaya y vaya... Estás preciosa, Nicole. Nicole las miró a las dos y luego se echó a reír.

—Es cierto —afirmó Taylor.

Nicole las miró con incredulidad. Entonces, se dirigió a un espejo

muy antiguo que Taylor tenía en un rincón. Lo que vio la dejó boquiabierta.

No se paraba muy a menudo para mirarse en un espejo. Se vestía con lo que se sentía cómoda, llevaba muy poco maquillaje y se cortaba el pelo de aquella manera porque le resultaba cómodo. Si se paraba a pensar en su aspecto, solo se veía con una bata blanca. En realidad, una imagen muy poco sensual.

Sin embargo, en aquellos momentos era todo lo contrario. El color esmeralda hacía que la piel le brillara y resaltaba aún más sus ojos. Incluso su cabello, que no solía destacar en nada, parecía... aceptable. Tal vez incluso más que aceptable. Y su cuerpo... Bueno, acababa de darse cuenta de que tenía cuerpo.

—Tienes que ponértelo —dijo Taylor.

El vestido tenía unos tirantes muy finos que iban cruzados en la parte trasera, en la que un gran escote le dejaba la espalda completamente al descubierto. Le llegaba por los muslos y se le subía un poco más con cada movimiento.

—Con ese vestido casi parece que tengas pechos y caderas —afirmó Taylor.

—Estás preciosa —dijo Suzanne—. Tienes un cuerpo tan bonito, Nicole.

—Está un poco delgada —comentó Taylor—, pero a algunos hombres les vuelve locos un cuerpo tan tonificado como el tuyo.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta principal. Mientras Taylor iba a abrir la puerta, Suzanne le dijo a Nicole:

—Estás maravillosa. Mi fiesta de compromiso va a ser muy divertida...

—No pienso ponerme medias ni zapatos de tacón.

—De acuerdo.

—Lo digo en serio. Yo...

—Nunca os imaginaréis a quién me he encontrado en la puerta —dijo Taylor—. A un hombre, justo cuando queríamos la opinión de un

miembro del sexo opuesto. Solo quería dejarme unos papeles, pero...
—añadió, con una sonrisa en los labios.

Ty entró en la habitación, con cara de asombro. Entonces, cuando vio a Nicole, el asombro se transformó en pasión al ver el vestido tan bonito que llevaba puesto.

—¿Qué te parece, Ty? —le preguntó Taylor inocentemente—. ¿Crees que es adecuado para una fiesta de compromiso?

—Es adecuado hasta para comérselo —dijo Ty con un profundo acento irlandés.

Capítulo 5

La última vez que Ty había visto a Nicole fue cuando ella se alejaba de su lado y él estaba experimentando aún el sabor de la joven en sus labios. La había visto marcharse y había decidido no volverlo hacer más. No la observaría más.

Sin embargo, en aquellos momentos, la estaba observando de pies a cabeza. La miraba tan detenidamente, que casi podía notar cuando respiraba, lo que parecía estar haciendo algo aceleradamente para estar tan tranquila como ella fingía estar.

A pesar de que el vestido era muy sensual, no había sido la prenda lo que había estado a punto de hacerle caer de rodillas. No. Había sido la mirada que ella tenía en los ojos, una mirada que parecía decirle que se marchara y que la hiciera suya al mismo tiempo.

Suzanne y Taylor lo miraban y sonreían muy orgullosas, como si ellas hubieran creado personalmente la visión que tenía ante sus ojos.

—Está para comérsela, ¿verdad? —dijo Taylor, aplaudiendo—. Pues espera hasta que consigamos ponerle las medias y los zapatos de tacón.

—De acuerdo, de acuerdo, ya está. Y tú —le dijo a Ty—, deja de mirar. Y no hay ni medias ni zapatos de tacón —añadió, refiriéndose a Taylor.

Ty trató de no mirarla cuando Nicole se volvió para hablar con Taylor, pero estuvo a punto de tragarse la lengua cuando le vio el escote. Era tan profundo que se le veían un poco las braguitas.

—Tengo que irme a trabajar —gruñó Nicole mientras se inclinaba

para recoger su ropa y mostraba otra buena porción de las braguitas, que eran de seda color melocotón.

Al darse la vuelta, sorprendió a Ty mirando. Entonces, con un ademán furioso, salió rápidamente de la habitación.

—¡Eh! Pensaba que habías decidido recortar tu horario —le gritó Taylor—. Espero que no te mates a trabajar antes de cumplir los treinta.

—No, Taylor, fuiste tú quien decidió que yo debería recortar mi horario, pero yo decidí dejar de tratar de convencerte de que estoy bien.

—No estás bien —replicó su amiga—. Vives y respiras para trabajar, sin tiempo para nadie ni nada más. Eso no está bien, Nicole. Te estás escondiendo para no vivir la vida. Díselo, Ty.

Con la mirada, Nicole lo desafió para que refrendara las palabras de Taylor.

—Yo no... —susurró él.

—¡Oh, por favor! —exclamó Taylor, señalando el rostro de Nicole—. ¿Pero es que no ves las ojeras que tiene? Son por falta de sueño.

—Mira, Taylor, si quiero una madre, llamaré a la mía —replicó Nicole.

—Lo que me recuerda que ha venido. Creo que me estuvo sometiendo a examen y debí de pasarlo con buena nota porque me dijo que me asegurara de que durmieras bien, de que comieras verduras y de que no hicieras turnos extra en el hospital.

Ty frunció el ceño al ver la pésima impresión que aquellas palabras produjeron en Nicole. Entonces, vio cómo ella se daba la vuelta y desaparecía.

—No estropees el vestido quitándotelo a tirones —le dijo Taylor—. ¡Y ponlo en una percha!

La puerta se cerró con un fuerte golpe, que hizo que Taylor se encogiera y cerrara los ojos.

—No deberías haberle dicho todo esto —comentó Suzanne.

—¿Hablas en serio? Si no se lo hubiera dicho, jamás se habría puesto el vestido ni habría accedido a ponérselo. Además, de verdad necesita comer más verduras, tú misma lo dijiste.

—No ha accedido a ponerse el vestido —dijo Suzanne.

—Claro que se lo pondrá —afirmó Taylor—. Te lo aseguro.

En silencio, Ty dio las gracias por no tener que verlo. De hecho, estaba todavía dando las gracias cuando Suzanne se volvió para hablar con él.

—Tú también estás invitado a la fiesta de mi compromiso, por supuesto.

—¿Yo? —replicó, con un pánico que no había sentido en mucho tiempo.

—Sí, creo que vas a estar algún tiempo por aquí —comentó Suzanne con una ligera sonrisa.

Si Ty no se equivocaba, veía planes de celestina en aquellos ojos. Inconscientemente, dio un paso atrás, lo que hizo que las dos mujeres se echaran a reír.

—No me digas que un hombre que lleva la ropa tan bien como tú tiene miedo, igual que Nicole, a ponerse elegante —dijo Taylor.

—No, pero no me gusta que me preparen una encerrona.

—¿Una encerrona? —preguntó Taylor—. La mayoría de los hombres estarían locos por salir con una mujer como Nicole.

—Yo no. Me gusta elegir yo mismo a las mujeres con las que salgo. Gracias. ¿No querías mostrarme los presupuestos de los contratistas? Querías que te diera mi opinión, ¿no? ¿Podemos concentrarnos solo en eso?

—Ahora no estamos hablando de matrimonio, Ty. Mira, te voy a contar un secreto que creo que ayudará a la presente situación, ¿de acuerdo? Nicole y yo tenemos la intención de seguir solteras. Para siempre. No habrá vestido blanco para nosotras, ni pastel de boda, ni diamantes en los dedos. Si hay alguna encerrona en todo esto, se trata de las de la variedad de una noche solo. ¿Me comprendes?

—¡Decirle eso solo le da una ventaja injusta sobre Nicole! — protestó Suzanne.

—Me da la sensación de que la necesita —replicó Taylor—. Sin embargo, si le haces daño, te las verás con nosotras.

—Claro —afirmó Suzanne.

—En realidad —prosiguió Taylor—, si le haces daño, te caparemos... Muy bien, ¿estás dispuesto a ponerte a trabajar?

Ty pensó que las estadounidenses estaban locas. Completamente locas.

Veinte minutos más tarde, Nicole volvió a salir corriendo de su apartamento. Necesitaba centrar su atención en algo y lo primero que se le había ocurrido había sido el hospital.

En realidad, seguía pensando en el modo en el que Ty la había mirado cuando tenía puesto el vestido. Al recordarlo, sentía que las rodillas se le doblaban. ¿Quién habría pensado que un hombre pudiera expresar tanta pasión solo con los ojos?

Sin embargo, estaba completamente decidida a no perder el tiempo pensando en ello o analizando su propia reacción al respecto. Iba a concentrarse en su trabajo...

Al llegar a su coche, se detuvo en seco. Sentados en el capó de su coche estaban Taylor... y el hombre en el que se había prometido no volver a pensar. Con las cabezas unidas, estaban hojeando un archivador y se reían con ganas... hasta que la vieron.

En realidad, Taylor siguió riéndose, pero la sonrisa de Ty se desvaneció lentamente.

—Te has cambiado —dijo él.

—Sí, resulta algo difícil operar a alguien con un vestido de cóctel.

—Ty está tratando de ayudarme a decidirme por algún contratista —comentó Taylor, que tenía apoyados los pies sobre el parachoques del coche de Ty, que estaba justamente aparcado delante del de Nicole—. Estos cobran mucho, aunque me han dicho que trabajan muy bien. Estos, por el contrario, son más viejos, con más

experiencia, algo más baratos... pero te garantizo que serán un poco barrigones y se les verá la raja del trasero por encima de los pantalones cuando se agachen. La imagen no será muy agradable...

—¿No me dirás que vas a contratar a alguien basándote en el trasero que tenga? —preguntó Ty.

—Bueno, pues no te lo diré —replicó Taylor con una sonrisa. Entonces, se puso de pie, le dio un abrazo a Nicole y se dirigió hacia el edificio.

—Bueno, supongo que ya hemos terminado —comentó Ty, poniéndose de pie.

Al oír aquello, Taylor se dio la vuelta y los miró a ambos con una sonrisa.

—En realidad, me había imaginado que, dado que en realidad Nicole no tiene que ir a trabajar y dado que me apuesto cualquier cosa a que no ha comido, los dos podríais salir juntos —concluyó Taylor antes de desaparecer rápidamente en la entrada del edificio.

—No, no —dijo Nicole, rápidamente. ¿Comer con Ty? ¡Ni hablar!

Entonces, Ty le agarró la mano y tiró de ella lo suficiente como para que se girara y poder mirarla a la cara.

—Oye...

—¿Qué?

—Siento mucho lo que ocurrió arriba.

—¿Te refieres al modo en que me miraste cuando tenía puesto aquel vestido?

—No, no me arrepiento de haberte mirado, sino de que tú te sintieras tan incómoda con él. En realidad... estabas impresionante.

—Sí. Resulta increíble lo que un vestidito con escote y falda corta le hace a un hombre. ¿Perdiste muchas células grises?

Ty esbozó una de sus increíbles sonrisas, que atraían a Nicole como un imán.

—Cielo —susurró—. Pierdo células grises cada vez que te veo.

—Bueno, si esto te provoca esa reacción —replicó ella,

señalándose los pantalones militares de color caqui y la sencilla camiseta blanca—, tienes más problemas de los que me había imaginado.

—No tiene nada que ver con lo que te pones... ni con el aspecto que tienes...

¡Dios mío! ¿Por qué tenía que decirle aquellas cosas? Cuando le hablaba así, Nicole no sabía cómo reaccionar. Si hubiera tenido una operación de urgencia o estado hasta arriba de trabajo, sí habría sabido cómo actuar.

Sin embargo, aquello no era trabajo. Era mucho más personal de lo que el trabajo podría nunca ser para ella. Por eso, no sabía cómo actuar. Respiró profundamente y contuvo el aliento.

—Sí... Da miedo, ¿verdad? —comentó él—. Venga, Nicole, vamos a comer.

—¿Por qué Taylor lo ha dicho?

—Porque no te puedo sacar de mi cabeza. Creo que es mejor que pasemos algún tiempo juntos y que veamos adonde nos lleva esto.

—No nos lleva a ninguna parte.

—Vamos a verlo —insistió él con una sonrisa.

—No. Tengo que marcharme, de verdad —dijo Nicole mientras se disponía a abrir la puerta de su coche.

Se montó en el coche, pero, cuando trató de arrancar el motor, este se le resistió.

—Maldita sea...

—A mí me parece que tienes problemas con la batería —comentó él, como si estuviera encantado. Entonces, abrió la puerta y la sacó del interior del vehículo—. Por suerte para ti, mi coche funciona perfectamente. Te dejaré en el hospital y luego te recargaré la batería mientras estás trabajando.

—No quiero...

—No es ningún problema.

Naturalmente, no la llevó directamente a trabajar, sino que paró

en un precioso café que había a unas pocas calles de distancia.

—Es para que te recuperes —dijo mientras salía del coche e iba inmediatamente a abrirle la puerta a ella.

Nicole lo miró atónita, pero dejó que la llevara hasta una mesa mientras trataba de recordar cuándo había sido la última vez que un hombre le había abierto la puerta del coche.

O que le había puesto la mano en la espalda mientras caminaban.

La piel parecía vibrarle y, curiosamente, no le parecía una sensación en absoluto desagradable.

—¿Quién eres tú? —preguntó cuando estuvieron sentados a una mesa.

—Lo que ves es lo que hay —replicó él con una sonrisa mientras consultaba el menú.

—¿Por qué lo dudo sinceramente?

—No lo sé. ¿Y tú? ¿Se puede decir también sobre ti que lo que se ve es lo que hay?

—Creo que sí —respondió ella mientras se acariciaba los aros de plata que llevaba en la oreja.

—Háblame de esos pendientes. ¿Qué es lo que significan?

—¿Cómo sabes que significan algo?

—Es una corazonada.

—Tengo un pendiente por cada año que pasé en la facultad de Medicina —dijo ella, asombrada de que pudiera conocerla tan bien.

Eran sus propias medallas de honor por unos momentos difíciles, vividos en un mundo de adultos cuando ella seguía siendo una niña.

Entonces, vio que Ty se levantaba la manga de la camisa y le mostraba el tatuaje que ella ya había visto antes. Era una estrecha cinta alrededor del bronceado y nervudo bíceps, con un dibujo que resultaba increíblemente sexy, igual que él.

—Yo me dibujé una parte por cada año que pasé en la facultad —dijo—. Lo terminé cuando me gradué y comencé las prácticas en Sidney.

—Es un emblema de honor —susurró ella, ante aquel inesperado vínculo en común que le hacía verlo desde un punto de vista completamente diferente.

En aquel momento, se les acercó la camarera. Cuando Nicole trató de pedir únicamente un café, Ty se le adelantó y pidió suficiente comida como para alimentar a un país del tercer mundo.

—Estoy creciendo —dijo con una sonrisa en los labios—. Además, le prometí a Taylor que te alimentaría.

—¿Por eso estás aquí? ¿Porque se lo prometiste a Taylor?

La sonrisa desapareció de sus labios. Sin embargo, antes de que pudiera responder, llegó la camarera con un poco de pan y mantequilla. Cuando la mujer volvió a marcharse, Ty tomó un trozo de pan y, mientras lo untaba de mantequilla, contestó.

—Estamos aquí porque yo quería pasar este rato contigo y creo, a pesar de tanta insistencia por tu parte sobre lo contrario, que tú también quieres pasar un rato conmigo.

Entonces, le entregó un trozo del pan.

—Esto no es un preámbulo del dormitorio —replicó ella, tomando el pan.

—Claro que no —afirmó Ty, dándole un bocado al pedazo que se había quedado—. Tú tienes que ir a trabajar.

—Me refiero a que no lo será ni ahora ni nunca.

—Bueno, pues me parece que eso es una pena, dadas las chispas que saltan entre nosotros en estos momentos, y mucho más cuando nos estamos besando.

—Creo que tenemos que olvidar ese beso... —susurró ella, haciendo que él se echara a reír—. Lo digo en serio.

—Por mucho que me gustara agradarte, yo voy a seguir por aquí. Y mucho. Nos vamos a encontrar frecuentemente. Nadie va a poder olvidar nada.

—Veo que lo has pensado.

—Sí, claro que lo he pensado —afirmó, mirándola con intensidad

—. Anoche, decidí que no volvería a mirarte nunca más.

—¿Y qué ocurrió?

—¿Que qué ocurrió? —repitió. En aquel momento llegó la camarera con lo que habían pedido y Ty se puso a comer con un gusto que la obligó a ella a hacer lo mismo—. Ocurriste tú.

Como ella no se atrevió a comentar nada sobre aquella respuesta, los dos comieron en silencio. Nicole tuvo que admitir que se sentía bien con el estómago lleno. No comprendía por qué se olvidaba de comer con tanta frecuencia, pero le gustaba aquella sensación de... satisfacción. Dado que tenía la intención de negarse otro tipo de satisfacción, como por ejemplo el sexo con Ty, tendría que conformarse con la comida.

—Bueno —dijo él, cuando hubo terminado de comer—, ¿qué planes tienes para hoy, doctora?

—Operaciones, reuniones y más operaciones.

—¿Eres buena?

—La mejor.

—Estoy seguro de ello. ¿Supiste siempre que esto era lo que querías?

—Desde el primer día. Y tú, ¿quisiste siempre ser arquitecto?

Nicole se preguntó si el buen humor de Ty había desaparecido o si se lo habría imaginado.

—Digamos que no tuve el comienzo más prometedor.

—¿Eras un poco rebelde?

—Muy rebelde.

—Me dejas atónita. ¿Eras...?

—No. Ahora estamos hablando de ti. Tú madre es estupenda.

—¿También la has conocido tú?

—Por el modo en el que entró en el edificio, todo el mundo tuvo que fijarse en ella. Es como una dinamo. Y tú eres igual que ella...

—Eso no es cierto.

—Te lo aseguro.

—Ella tiene hijos, un marido, un montón de nietos y dirige su mundo como Atila, rey de los Hunos.

—Sí, en esto último te pareces a ella. Bueno, ¿cómo fue crecer formando parte de una familia tan grande?

—Bueno, nunca tuve mi propia cama y tenía que esperar un montón para poder entrar en el cuarto de baño. También me tuve que poner la ropa que se les había quedado pequeña a mis hermanas, pero siempre había alguien a mi lado cuando lo necesitaba. Siempre... —repitió, pensando que tal vez nunca se lo había agradecido a nadie lo suficiente—. ¿Y tú?

—Ya te he dicho que no tengo familia.

—¿Qué ocurrió?

—Bueno, nunca conocí a mi padre y digamos que es mejor olvidarse de mi madre —respondió él con una expresión hermética en el rostro—. ¿Te apetece otro té?

—No, gracias —dijo Nicole. A pesar de que se dio cuenta de que él trataba de disimular, intuyó una tristeza que no pudo alcanzar—. Ty...

—No, por favor —susurró. Antes de que ella pudiera insistir, dejó dinero encima de la mesa y se puso de pie—. Vayámonos a tu trabajo.

—¿Y después de eso?

—¿Qué quieres que ocurra después de eso?

—¿Y si te dijera que nada?

—No estaría seguro de poder creerte...

—Ty...

—Mira, Nicole. ¿Tenemos que decidirlo ahora mismo? —preguntó él, acariciándole suavemente la mejilla.

Ella negó con la cabeza. Entonces, tomó la mano que él le ofrecía y, para asombro propio, levantó el rostro cuando Ty se inclinó sobre ella para besarla. Cuando se apartó de ella, la miró, interrogándola con los ojos. Sin embargo, Nicole negó con la cabeza.

—Tengo que ir a trabajar.

—Así será.

Trabajar estaría bien. Allí, podría enterrar sus pensamientos y concentrarse en lo que importaba, su trabajo, y no en el hombre que tenía una profundidad tan insondable y un magnetismo sexual que le resultaba imposible olvidar.

Efectivamente, consiguió encerrarse en su trabajo. Las urgencias estaban desbordadas cuando llegó al hospital, debido a una extraña y virulenta epidemia de gripe. Después de ayudar a sus compañeros en ese aspecto, tuvo que efectuar dos operaciones.

Cuando terminó su turno, casi se había olvidado de Ty. Mientras estaba a punto de salir del hospital, su teléfono móvil comenzó a sonar.

—Hola, tesoro, te he dejado un poco de comida. Tu casera, que es muy maja, me ha dejado entrar en tu casa, así que te he llenado el frigorífico.

—Mamá... Yo tengo comida.

—No, lo que tenías era una lechuga podrida y dos refrescos. Ahora sí que tienes comida. Taylor es una mujer muy hermosa, ¿verdad? ¿Está casada? No llevaba anillo, pero...

—Mamá...

—Solo tienes decir gracias, Nicole.

—Gracias, Nicole.

—¡Qué graciosa! Bueno, no te olvides de venir a almorzar este domingo.

—Lo intentaré.

—Inténtalo con más empeño que el domingo pasado. Además, estoy dispuesta a chantajearte descaradamente. Te prepararé galletas de chocolate. Tus favoritas.

—Mamá...

—Galletas de chocolate doble.

Nicole tuvo que echarse a reír. A pesar de lo largo o de lo malo que hubiera sido su día, su madre siempre conseguía hacerle esbozar

una sonrisa. Algunas personas, como Ty, no habían experimentado aquello en toda su vida.

—Te quiero mucho, mamá.

—Yo también te quiero mucho. Hasta pronto.

—Hasta pronto, mamá —prometió. Tendría que asegurarse de ir a verla antes de que su madre se presentara en su casa con más comida.

Se detuvo en una máquina dispensadora de golosinas. Con el ojo puesto en una barra de chocolate, metió un dólar, pero la máquina se tragó el dinero sin darle la esperada barra.

—¡Maldita sea! —exclamó, mientras le daba a la máquina una patada.

—Tienes que hacerlo con la delicadeza adecuada —dijo el doctor Lincoln Watts.

Se colocó detrás de ella, tan cerca que Nicole estuvo a punto de asfixiarse con su carísima colonia. Los brazos del médico la rodearon mientras él estiraba una mano para apretar el botón de la máquina.

La barra de chocolate cayó inmediatamente a la bandeja.

Nicole dio un paso al frente, hasta que estuvo prácticamente besando la máquina antes de darse la vuelta entre los brazos de Watts.

—Gracias —susurró.

—Ahora me debes una —replicó él con una ligera sonrisa en los labios—. ¿Tienes algún tatuaje interesante que haga juego con esos pendientes que llevas?

—¿Se trata de una pregunta oficial?

—Sal conmigo esta noche.

—Doctor Watts, yo...

—Linc —la corrigió él mientras le acariciaba suavemente la mejilla.

—Yo no salgo con gente del trabajo —replicó Nicole, apartándole bruscamente la mano—. No mezclo mi vida personal con la laboral.

Nunca.

—Yo no soy «gente», soy un médico...

—Aunque se dedicara a limpiar orinales, mi respuesta seguiría siendo la misma.

—¿Me estás rechazando de nuevo? —le preguntó Watts, mirándola con severidad.

—Sí. Lo estoy rechazando. Otra vez.

—No es un buen plan, Nicole...

—Doctora Mann.

Watts la miró durante un momento y entonces dio un paso atrás, con la mirada gélida.

—Puedo hacer que tu vida en este hospital sea un infierno. Ya lo sabes.

—No, soy yo la que puede hacer que su vida sea un infierno —replicó.

Esperaba que aquello fuera cierto. Era la doctora más joven y la última en incorporarse a la plantilla del hospital, pero no era tan ingenua como para pensar que no había políticas ocultas en juego. Sabía que el doctor Watts tenía todas las cartas en la mano y que ella no tenía ninguna.

A pesar de todo, mantuvo la cabeza alta cuando pasó a su lado y salió por las puertas del hospital. Recordar en aquel momento que no tenía coche suponía un final adecuado para un día nefasto. Sintiendo completamente furiosa, se dirigió a una cabina de teléfonos para poder buscar el número de una compañía de taxis.

Capítulo 6

Dibujar y diseñar eran las dos cosas que Ty sabía hacer mejor. Imaginar, crear y luego seguir con su camino.

Se le daba bien, especialmente lo de seguir con su camino. Podría hacerlo en aquellos instantes. Hacer las maletas y marcharse. Diablos. No tenía nada que no pudiera volver a conseguir.

Sin embargo, el edificio de Taylor, a pesar de parecer un completo desastre, tenía potencial. Aquel trabajo atraía su instinto creador de un modo que hacía que no le apeteciera cambiar de lugar, al menos no por el momento.

Estaba en el tejado, mirando la ventana del salón del tercer piso, que resultaba ser el salón de Nicole. Trataba de imaginar un modo de restaurarla, de modo que encajara con los cánones de comienzos del siglo XX. Estaba sacándose su libreta del bolsillo para tomar unas notas cuando oyó que se detenía un vehículo.

Vio que Nicole se bajaba de un taxi, lo que le recordó que le había arreglado el coche. Al mirar el modo en el que se disponía a entrar en el edificio, se dio cuenta de que estaba furiosa y se preguntó qué sería lo que le había ocurrido para ponerla en aquel estado.

Aunque tenía trabajo que hacer, decidió dejarlo para más tarde y se colocó en el falso balcón que había justo delante de la ventana del salón. Acababa de acomodarse cuando vio que Nicole entraba en el apartamento dando un portazo. Ella lo vio inmediatamente y, mientras lo miraba con severidad, se dirigió a la ventana para abrirla.

—¿Qué estás haciendo ahí? —le preguntó.

—Pensé en dejarme caer por tu casa.

—Muy gracioso —replicó ella, sin sonreír—. ¿Te cuelgas a

menudo de las ventanas?

—Solo de las tuyas. Bueno, ¿vas a invitarme a pasar?

—No.

—¿Y si te lo pido por favor muy educadamente?

—¡Oh, está bien! —gritó. Entonces, se dio la vuelta—. Haz lo que te dé la gana. De todos modos ibas a hacerlo...

Así era. Ty entró por la ventana y estudió lo tensa que Nicole parecía tener la espalda. Se colocó tras ella y le puso las manos sobre los hombros.

—Calla —susurró cuando ella trató de zafarse. Entonces, muy suavemente, empezó a darle un masaje, para deshacer así los nudos que la joven tenía en el cuello—. ¿Cómo es que hoy estás tan tensa, doctora?

—Suelo ponerme así cada vez que un canalla me pone las manos encima sin que yo se lo pida —le espetó. Inmediatamente, Ty se quedó inmóvil—. No me refería a ti.

—¿Quién te puso las manos encima sin que tú se lo pidieras?

—Un imbécil del trabajo.

—¿Tu jefe otra vez? —le preguntó él. Nicole se encogió de hombros—. Maldito sea... ¿Quieres que me convierta en un cavernícola por ti y vaya a darle una patada en el trasero?

Al oír aquellas palabras, Nicole se echó a reír, lo que hizo que Ty se relajara inmediatamente y volviera a masajearle el cuello.

—Ya me ocupé yo de él.

—Sí, bueno, espero que le dieras una buena patada en las pelotas.

—No, solo a su ego.

—Muy bien —comentó Ty, muy orgulloso—, pero, ¿estás segura de que no puedo yo enfatizar lo que tú hayas hecho?

—Ni hablar.

Nicole se quedó en silencio un momento, mientras él trabajaba en un nudo que ella tenía en el omóplato.

—Ty... —añadió en un susurro al cabo de un momento.

—¿Sí?

—Gracias —contestó, dándose la vuelta para mirarlo—, ya sabes, por tener tendencias cavernícolas y querer ir a darle un golpe en la cabeza a ese tipo.

—Nicole... —murmuró él. Se sentía capaz de hacer cualquier cosa por ella, hasta de golpearse el pecho y de aullar a la luna.

—¿Sí?

—Voy a ponerte las manos encima.

—Ya lo has hecho.

—Más manos.

—¿Por qué me lo dices?

—Para que no me des una patada en las pelotas ni en el ego, princesa guerrera...

Entonces, muy lentamente, para darle tiempo a comprender lo que iba a ocurrir, o para que pudiera echarse atrás, Ty le levantó el rostro. Ella no se movió, pero tampoco cedió. Se puso un poco más rígida, lo que rompió el corazón de Ty.

—No, no te pongas tensa otra vez —susurró contra los labios de Nicole—. Ahora, voy a besarte. Di que sí...

—Ty...

—¿Sí o no, Nicole? No quiero que me confundas con otro imbécil que trató de hacerlo sin permiso. ¿Sí o no...?

—Sí... ¡Sí! Ponme las manos encima —exclamó, rodeándole el cuello con las manos y hundiéndole las manos en el cabello—. Bésame, Ty. Haz que todo desaparezca con un beso. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, claro que puedo...

Nicole se puso de puntillas para encontrarse con él a medio camino. Ty le cubrió los labios con los suyos, haciendo desaparecer cualquier cosa que pudiera interponerse entre ellos. Con un sonido de apreciación, él le invadió la boca con un seguro movimiento de la lengua. Nicole le devolvió el beso. De hecho, arqueó su cuerpo contra el de él como una gata en celo, haciendo que Ty la abrazara con

fuerza y la levantara. Cuando finalmente se separaron, ella dio un paso atrás, se colocó una mano sobre el corazón y se lamió los húmedos labios.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé —contestó él, tomándola de nuevo entre sus brazos—. Volvamos a intentarlo y veamos si podemos resolverlo.

—Hmm...

Inmediatamente, volvieron a besarse. Las lenguas se acariciaban y se entrelazaban, las manos tocaban donde podían mientras los dos se devoraban.

Ty nunca había experimentado nada tan apasionado y tan ardiente como aquello. Sintió que ella le levantaba la camisa y él hizo lo mismo con la camiseta que ella llevaba puesta. Nicole se quitó los zapatos de una patada, se puso de nuevo de puntillas y enganchó una pierna alrededor de la de él, provocándole a Ty la mayor erección que había tenido nunca.

Sin apartar la boca de la de ella, le metió las manos por debajo de la camiseta, mientras que ella colocaba las suyas sobre la bragueta del pantalón. De repente, el pitido del busca de Nicole comenzó a sonar sobresaltándolos a ambos.

—No respondas —dijo Ty, contra los labios de la joven, mientras la agarraba con fuerza para mantenerla inmóvil.

Con un ligero gemido de protesta, ella abrió los ojos.

—Tengo que hacerlo.

—Nicole...

—Tengo que hacerlo —repitió ella. Entonces, se apartó de él y se bajó la camiseta antes de ir a buscar al insolente busca—. Lo siento. No debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos.

—Éramos los dos...

—A pesar de todo, yo debería... —susurró mientras miraba la pantalla del busca.

—Déjame adivinar. Tienes que marcharte.

—Sí.

—Sí —dijo también él. Entonces, dio un paso atrás y se metió las manos en los bolsillos—. Adiós, Nicole.

—Lo siento.

—Yo también.

Con eso, se marchó antes de que ella pudiera contar todas y cada una de las razones por las que no deberían haber permitido que ocurriera algo así. Ty ya las sabía, aunque no lograba recordar por qué tenían tanta importancia.

En algún momento de aquella noche, Ty dejó de mirar al techo y se dirigió a su despacho. Como no solía desperdiciar el tiempo, decidió trabajar para deshacerse de la inquietud que lo embargaba. Lujuria, más bien.

Sabía que debería haber dejado las manos quietas. ¿Se lamentaba? ¿Era aquello lo que sentía a pesar de que se había prometido a sí mismo que nunca se lamentaría de nada? ¿Que nunca miraría atrás? Siempre se había dicho que viviría la vida al máximo, que conseguiría todo lo que deseaba.

Resultó ser que no resultaba más fácil trabajar con una erección que dormir con una. Por ello, encendió el ordenador. Allí encontró otro mensaje de correo electrónico de aquella desconocida.

Querido Ty Patrick O'Grady de Dublín: Me preguntaste quién soy yo. ¡Cómo no ibas a querer saberlo! Me llamo Margaret Mary Mulligan y también soy de Dublín. Tengo veinticuatro años y, como tú, soy hija de Anne Mary Mulligan, lo que me convierte en tu hermanastra.

En realidad, no estoy segura de lo de ser tu hermanastra, porque no sé quién es mi padre. Nuestra madre, como probablemente sabrás, está muerta. Tú eres mi único familiar. Quiero conocerte. Por favor, contéstame.

Margaret Mary

Ty estuvo mirando al mensaje tanto tiempo que las palabras empezaron a saltar delante de él. ¿Una hermana? ¿Que tenía una hermana? ¿Sería aquello posible? Pensó en su madre, una buscadora

de problemas y seductora de hombres profesional y supo que era enteramente cierto. Con un suspiro, se dispuso a contestar.

Querida Margaret Mary...

Ty permaneció sentado, con las manos colocadas sobre el teclado, sin poder imaginarse qué era lo que quería decir. «¿Cómo estás?» Demasiado formal. ¿Qué tal lo de «qué quieres de mí»? No, demasiado a la defensiva.

Querida Margaret Mary de Dublín:

Dejó de escribir para echarse a reír. Aquella media hermana suya era tan formal... Enseguida, la sonrisa se le heló en los labios. Aquello solo podría traerle problemas y malos recuerdos y no deseaba ninguna de las dos cosas. Pensando en eso, escribió:

¿Por qué ahora? ¿Y por qué yo? Además, por lo que yo sé, podríamos ser una docena. Tal vez deberías tratar de ponerte en contacto con uno de ellos.

Ty Patrick O'Grady

Envió el mensaje. Luego, permaneció allí, mirando al vacío, solo Dios sabe por cuánto tiempo hasta que el ordenador volvió a pitar, indicándole que había recibido un mensaje.

—Ya veo que tú tampoco puedes dormir —murmuró, mientras se inclinaba sobre la pantalla.

Querido Ty:

Me alegro mucho de que me hayas contestado. Tienes preguntas, y las preguntas son buenas. Sin embargo, no hay nadie más. Ella misma me lo dijo antes de morir. No es que su palabra significara mucho, pero en esto, quiero creerla.

Somos solo tú y yo. ¿Ni siquiera sientes curiosidad?

Margaret Mary

¿Curiosidad? Claro que no. Ty prefería no pensar en su pasado. Solo quería mirar a su alrededor y ver el lugar en el que estaba en aquellos momentos, lo lejos que había llegado...

«Somos solo tú y yo».

Quería maldecirla por aquello, por haberlo expresado en palabras tan sencillas, tan fuertes. Evidentemente, a ella no le gustaba estar sola.

Era muy joven y probablemente tenía esperanzas llenas de idealismo sobre la familia, esperanzas que él nunca había tenido para sí mismo.

Una vez más, se dispuso a contestar.

Margaret Mary:

Si estás buscando una familia que te reconforte, olvídale. Yo no tengo en los genes la habilidad de reconfortar a los demás. Si estás buscando dinero, no pienses que vas a conseguirlo.

Es mejor dejar las cosas como están.

Ty Patrick O'Grady

Envió el mensaje. Era lo más adecuado. Llevaba solo tanto tiempo, que no veía nada bueno en abrirse a otra persona. Era un solitario. Sin familia ni pareja estable. Si tuvo algún pensamiento sobre cómo podría ser comportarse de un modo diferente, dejar que Margaret Mary o Nicole entraran en su vida, lo dejó escapar. Aquello no era lo suyo. Además, no sabía cómo podía dejar que alguien entrara en su vida.

Dado que no parecía que fuera a poder dormir, se imaginó que lo mejor que podía hacer era comenzar su día. Eso significaba sacar los planos en los que estaba trabajando para el edificio de Taylor.

De lo que iba a ocuparse ese día era del desván, ya que Taylor quería disponer de un lugar en el que pudiera almacenar todas las antigüedades que no parecía ser capaz de dejar de coleccionar. La última vez que había ido a verlo, se había distraído por la llegada de Nicole.

Pensó que, como sin duda Nicole estaría trabajando todavía, el alba era un momento perfecto para subir al desván sin molestar a nadie.

Eso fue precisamente lo que hizo; se ensució al tener que

arrastrarse a través de unas telarañas del tamaño de un coche. Estaba sentado en una viga, tomando notas, cuando oyó que una puerta se abría. Inmediatamente, se dio cuenta de que era la del apartamento de Nicole, que estaba inmediatamente debajo.

Tal y como el edificio estaba construido, el tejado estaba en dos niveles diferentes. En el nivel más alto estaba el desván y en el siguiente, que era un piso completo más abajo, estaba el apartamento del tercer piso. Para entrar en el desván había dos caminos, a través del descansillo del tercer piso o por una trampilla que iba a dar al salón de Nicole.

Debido a una terrible tormenta que se había producido hacía unos meses, durante la que un árbol había caído sobre el dormitorio del apartamento, se había renovado, gran parte del tejado, aunque no la parte del ático, que seguía siendo muy inestable. Con mucho cuidado, abrió la trampilla.

Se produjo un ruido bastante fuerte, pero Nicole, que estaba cerca de la puerta principal, no levantó la mirada. Ty se dio cuenta de que ese hecho se debía a que tenía un par de cascos puestos. El volumen con el que interpretaba una canción, desentonando bastante, por cierto, significaba que no podía oír nada.

Antes de que pudiera atraer su atención, ella se quitó los zapatos, se cruzó los brazos delante del pecho y se quitó la camiseta. Llevaba un sujetador con estampado de piel de tigre. A continuación, se desabrochó los pantalones.

—¡Nicole! —gritó él para hacerle notar su presencia, aunque sin éxito.

Sin dejar de cantar, Nicole se quitó los pantalones y les empezó a dar patadas por toda la habitación con un abandono que, normalmente, habría hecho sonreír a Ty.

Las braguitas no tenían el mismo estampado que el sujetador. Eran de encaje morado y minúsculas. Entonces, Nicole comenzó a bailar y se dirigió hacia su dormitorio, mostrándole así ampliamente

a Ty su trasero mientras se agitaba y se contoneaba.

—Oh, Dios... —susurró—. Nicole... —añadió, inclinándose un poco más por la abertura.

Con aquel movimiento, la trampilla cedió y él se precipitó hasta el suelo, dándose un fuerte golpe contra las baldosas. Sin embargo, lo único que vio fue un sujetador con estampado de tigre y unas braguitas de encaje moradas.

No había muchas cosas que asustaran a Nicole, pero ver a Ty precipitándose a través del techo de su apartamento la afectó profundamente. Para cuando llegó a su lado, lo que le llevó más de lo esperado por los cinco segundos que tardó en reaccionar, él todavía no se había movido.

—Dios mío... ¡Ty! ¡Ty!

Estaba de costado, con el rostro grisáceo por el polvo que había caído de la pared. Nicole se dejó caer de rodillas a su lado y se inclinó sobre él.

—Ty, ¿me oyes?

Él no respondió, pero al ver que seguía respirando, la joven estuvo a punto de sollozar de alivio.

—Te vas a poner bien. Te prometo que te vas a poner bien...

Rápidamente se levantó y, tras agarrar el teléfono, pidió una ambulancia. Se mantuvo tranquila y fría, como siempre que atendía una urgencia. Entonces, cuando miró al inmóvil hombre que yacía sobre el suelo de su apartamento, estuvo a punto de desmoronarse. Pareció olvidarse de todos los conocimientos médicos que tenía.

—Maldita sea, tranquilízate, Nicole —se decía.

Le recorrió las extremidades con las manos y frunció el ceño cuando le palpó el tobillo derecho. Le parecía que no lo tenía roto, pero estaba muy hinchado. También existía la posibilidad de que se hubiera roto las costillas del lado derecho.

—Te vas a poner bien —susurró, aunque no sabía muy bien a cuál de los dos estaba dirigiéndose. Se le estaba formando un enorme

bulto en la cabeza y aún no había recuperado la consciencia—. Ty... Venga, Ty —añadió, tomándole el rostro entre las manos—. Despierta.

Comprobó las pupilas. Si tenía suerte, sería solo una conmoción cerebral.

—Por favor, Ty, por favor despiértate. Hazlo por mí, de acuerdo. Despiértate y yo...

De repente, él comenzó a gruñir y a toser. Se colocó sobre la espalda y volvió a gruñir, aunque no abría los ojos.

—Shh, cariño —susurró—. Es muy temprano para ponerse a gritar.

—Ty... Estás consciente... —dijo ella, muy aliviada.

—Tú... no has acabado la frase. ¿Qué harás... qué harás... si me despierto?

Que pudiera bromear, incluso en aquellas circunstancias, la horrorizaba. Entonces, trató de incorporarse y frunció el rostro del dolor que experimentó.

—No te muevas —le recomendó ella, ayudándolo a que volviera a tumbarse. Se había puesto muy pálido—. Tal vez te hayas roto algo. No te muevas. Espera un momento... —añadió al ver que lo volvía a intentar.

—Shh... —suplicó él, aún con los ojos cerrados—. No hagas ruido.

—¿Tienes náuseas?

Ty abrió un ojo, la miró de arriba abajo y luego lo volvió a cerrar.

—Sí, aunque me niego a vomitar sobre la preciosa ropa interior que llevas puesta. Estás tan bonita, Nicole —suspiró. Entonces, se quedó tan quieto y tan callado, que la aterrorizó.

—¡Ty!

—Sí, sí, estoy aquí —dijo, aunque sin abrir los ojos—. ¿Sabías que, cuando dices mi nombre con esa voz tan sexy, casi deseo que lo estuviéramos haciendo?

—Ty... —musitó ella. Sin embargo, un repentino golpeteo en la puerta principal de su apartamento la hizo levantarse de un salto y buscar rápidamente sus ropas—. ¡Un momento! —gritó, mientras se ponía a saltos los pantalones.

—¿Nicole? —le preguntó Taylor—. Cielo, ¿qué ha sido ese golpe? Nicole se puso la camiseta y abrió rápidamente la puerta.

—Ty se cayó a través de mi techo. La ambulancia viene de camino. Dios mío, Taylor, míralo. Se golpeó la cabeza y tiene una conmoción. ¡Y lo peor de todo es que yo no me acuerdo de lo que hay que hacer en estos casos!

Taylor le agarró la mano y se fue corriendo hacia Ty.

—¡Oh, pobrecito! —exclamó—. No te irás a poner a vomitar encima de mi suelo, ¿verdad?

Ty soltó una risa ahogada que terminó en un gruñido y en algunas palabras malsonantes.

—No le hagas hablar —le suplicó Nicole, presa de un pánico ridículo. Solo tenía un golpe en la cabeza. Seguramente la tenía lo bastante dura como para poder soportarlo.

—Yo voy a esperar a la ambulancia —dijo Taylor—. Tú quédate con él. Todo saldrá bien, cariño —añadió, dándole un abrazo.

—Eso es lo que yo suelo decir —susurró ella mientras Taylor salía corriendo y la dejaba con Ty tumbado a sus pies.

Capítulo 7

Nicole fue en la ambulancia con Ty y lo llevó a Urgencias ella misma mientras les daba órdenes a los demás.

Trató de no retorcerse las manos, de centrarse en lo que estaba haciendo. Se ocuparon de sus magulladas costillas, del esguince de tobillo y sobre todo del golpe en la cabeza, que era lo que más le preocupaba.

Se ocupó de los empleados y de las expresiones de curiosidad que se reflejaban en su rostro. Sabía que había dejado sus emociones al descubierto cuando había empezado a darles órdenes a gritos y con voz temblorosa. Nunca había gritado cuando estaba de guardia.

Bueno, los empleados de Urgencias se olvidarían pronto de aquel incidente. La cuestión era si le ocurriría a ella lo mismo.

Rellenó el papeleo de Ty mientras Taylor esperaba en la sala con un aspecto desarrapado y estresado. Suzanne también estaba allí, apoyándose sobre el guapísimo Ryan, quien la tenía entre sus brazos de un modo que hizo que Nicole se detuviera un instante. ¿Se había apoyado ella alguna vez en un hombre de esa manera? ¿Había habido alguna vez un hombre que quisiera que ella lo hiciera?

No, aunque, efectivamente, ella nunca había deseado tales atenciones ni las quería en aquellos momentos.

En cuanto pudo convencerlos de que todo iba bien, los tres se fueron a casa. Les prometió que Ty, y su dura cabeza, estaban en buenas manos y que se iba a poner bien. Y así sería. De eso, se encargaría ella personalmente.

Dos horas más tarde, Nicole se sentó en la cama en la que Ty dormía. Lo miró durante un instante y notó que seguía muy pálido.

Con el cuidado y el descanso adecuados, se pondría bien, pero, ¿cuándo iba ella a recuperarse?

Se le había metido en el corazón. No había otra explicación para el ridículo pánico que había experimentado en el apartamento.

En el exterior de la habitación, la vida de urgencias seguía su curso normal, con sus típicos ruidos y olores. Sin embargo, allí dentro, todo parecía detenido. Ty seguía inconsciente y ella no hacía más que preguntarse qué era lo que había pasado con su vida. Con mucho cuidado, extendió la mano y tocó la venda que Ty tenía en la cabeza.

—Me has dado un buen susto, Ty Patrick O’Grady —susurró.

—De Dublín —completó él, con un pesado acento irlandés sin abrir los ojos.

—¿Ty? —preguntó ella, sin saber si estaba alucinado o si él habría hablado en serio.

—Tú también me das miedo —dijo él, con voz ronca y algo atontada por las medicinas que le habían suministrado para el dolor—. Mi hermana y tú, las dos. Tengo una hermana, ¿te lo he dicho?

—No... No me has hablado mucho de ti —respondió ella, tan aliviada que estuvo a punto de echarse a reír.

—Me encontró en Internet. Quiere conocerme. Todo el mundo quiere conocerme —afirmó con una sonrisa en los labios, a pesar de seguir con los ojos cerrados—. Tú también quieres conocerme, ¿verdad, doctora? Y me deseas... Me deseas tanto como yo te deseo a ti. Dímelo...

—Mantén la boca cerrada, tonto. Estás aturdido por las medicinas.

—¿Es esa la razón de que mi cuerpo esté flotando por encima de mi cabeza? Tu cabeza también parece flotar, doctora. Eres tan bonita... Tanto, que me hace desear que, por una vez, pudiera quedarme en un lugar, ¿lo sabes?

—Por favor, por favor, cállate o vas a decir algo que lamentarás...

—Tú me deseas... Sé que es así.

—Ty...

—Tal vez sea yo el único de los dos que desea al otro. Estáis volviéndome loco las tres...

¿Las tres? Estaba mucho peor de lo que Nicole creía. Eso, o le habían dado demasiadas medicinas. Se inclinó sobre él y le examinó las pupilas, lo que hizo que Ty sonriera.

—Estoy bien, cariño. Eres muy dulce al preocuparte por mí.

—Esa hermana de la que hablas... ¿Has hablado con ella?

—Quiere tener una familia, pero, ¿quién diablos necesita una familia? Yo no necesito a nadie. No he necesitado a nadie desde que tenía quince años y me quedé solo.

—En ese caso solo somos dos, Ty. Tu hermana y yo.

—Pero, además, está ella.

—¿Ella? ¿De quién hablas? —preguntó Nicole. Si estaba casado, sería capaz de matarlo.

—De mi madre. Ella no me quería. Probablemente nunca te lo haya dicho.

—No —suspiró Nicole mientras le colocaba la mano en el pecho.

—Soy un mal tipo. Probablemente debería haberte advertido antes, pero no quería asustarte. La verdad es que, sea lo que sea lo que te imagines, yo lo hice. Robé ropa, robé comida... ¿Te estoy molestando? —quiso saber, abriendo los ojos para ver que los de ella se estaban llenando de lágrimas.

—Ty, descansa —suplicó, deseando tomarlo entre sus brazos.

—No puedo. Hay alguien dándome golpes en la cabeza. Ni siquiera sabía que tenía una hermana...

—Lo sé —susurró ella, acariciándolo para tratar de calmarlo. No quería saber nada sobre él. ¿Cómo iba a poder mantener las distancias si sabía cosas sobre él?—. Por favor, Ty, quiero que...

—Yo no quiero ser como ella...

Después de aquella afirmación, se quedó tan callado, que Nicole

pensó que se había quedado dormido, por lo que se quedó allí muy quieta, contemplándolo. Se había imaginado que había tenido una infancia muy dura, pero seguramente no tanto como realmente había sido. Sin poder evitarlo, le tocó suavemente el brazo, la mandíbula, deseando poder quitarle el dolor.

—¿Te apiadas de mí, doctora? Porque, si es así, voy a tumbarte aquí y ahora, para besarte hasta que los dos nos quedemos atontados.

—No estás en situación de poderte tumbar, y mucho menos de besar a nadie.

—Ponme a prueba —le advirtió. Entonces, trató de agarrarla, aunque no pudo conseguirlo.

—Ty —susurró ella, tocándole el pálido rostro—. Túmbate y estate quieto.

—Sí —musitó con la frente llena de sudor—. Ahora me quedaré quieto...

—Estupendo, porque tienes que ahorrar todas tus energías para poder curarte. Necesitas...

—Nicole, tesoro —murmuró, cerrando los ojos con fuerza—, me encantaría escuchar lo que me tienes que decir, pero, si no te importa, voy a vomitar...

Cuando Ty volvió a abrir los ojos, seguía en la maldita cama de aquel hospital. Seguía vestido con la minúscula bata de hospital, que solo tenía unos lazos a la espalda. Seguía sintiéndose verde y tembloroso y tenía tanto dolor, que le resultaba imposible creer que la inyección que una enfermera le había puesto le hubiera hecho algún efecto.

Odiaba los hospitales ciegamente. Llevaba haciéndolo desde que, a la edad de doce años, lo habían golpeado hasta casi matarlo. Todo había sido culpa suya. Había entrado en un restaurante, pero, desgraciadamente, el dueño le sorprendió cuando estaba dándose un festín. A aquel hombre no le importó que estuviera muerto de hambre o que solo fuera un niño escuálido. La paliza que le dio lo

mandó a Urgencias, donde se le había tratado como el animal salvaje que era. Estar de nuevo en un hospital le hacía recordar todo aquello.

De repente, el hermoso rostro de Nicole, con sus expresivos ojos grises, sus bellos rasgos, su bonito cabello, sus pendientes y la boca que tanto le gustaba besar, apareció flotando por encima de él. ¿Sería otra alucinación? Desde que llevaba allí, había tenido unas cuantas. En todas ellas, Nicole aparecía con el sujetador de rayas de tigre y las braguitas moradas.

—Hola —dijo su voz. Parecía una verdadera profesional. Llevaba una bata blanca y un estetoscopio enganchado en el cuello—. ¿Cómo te sientes? ¿Sigues teniendo náuseas?

En las otras alucinaciones, no había hablado. Solo se había inclinado sobre él y le había dado un placer que no había conocido jamás.

—Vaya... Me gustaba más el otro atuendo —susurró él, cerrando los ojos.

—¿Cómo dices?

—Nada, no importa. Quiero irme de aquí.

—¿Pero qué dices? Mira, Ty, creo que necesitas pasar la noche en observación —dijo Nicole, aferrándose a la carpeta que tenía entre las manos.

—No lo creo —replicó él, lanzándole una tensa y nerviosa sonrisa—. Dame mi ropa.

—Lo he dicho en serio.

—Y yo también. Dame mi ropa o me iré en camisón, y te advierto que este camisón no tapa nada...

Con mucho cuidado, se incorporó, tratando de ahogar el patético gemido que se le escapó de los labios cuando se incorporó. Las costillas le ardían, igual que el tobillo, y la cabeza... Bueno, prefería no pararse a pensar en el dolor que tenía en la cabeza para no ponerse a vomitar otra vez. Dado que la doctora, tan sexy como desaprobadora, se limitaba a mirarlo en vez de darle sus cosas,

decidió poner los pies en el suelo.

—Ty, no seas estúpido.

—¿Quieres decir más estúpido que caerme a tu salón?

—Sigues estando sedado. No te puedes vestir y mucho menos marcharte a casa.

—No me siento sedado.

—¿De verdad? ¿Cuántos dedos ves?

Miró la mano que Nicole le mostraba. No tenía dedos y, si se fijaba bien, ella tenía la cabeza separada del tronco. Una pena, de verdad, porque era una cabeza tan hermosa... Algo mandona y testaruda, pero muy hermosa.

—¿Ty? ¿Cuántos dedos? —insistió ella.

—No lo sé, pero sé que llevas un sujetador con estampado de rayas de tigre y unas braguitas moradas.

A Nicole no pareció hacerle gracia. Ty volvió a intentar levantarse, pero cuando tocó el suelo con el pie, el tobillo le dolió tanto, que tuvo que contener el aliento.

—¿Seguro que no lo tengo roto?

—No.

Decidió seguir. A continuación, trató de ponerse en pie. Con ese objetivo en mente, inclinó el pie hacia delante. La doctora Sexy se cruzó de brazos y frunció el ceño.

Con un gruñido, Ty hizo el último esfuerzo y se puso de pie. Solo una de sus extremidades pudo sujetarle, ya que la otra le dolía tanto, que tuvo que levantarla del suelo. Las costillas le ardían y la cabeza parecía haberle salido volando. Por la espalda del camión le entró una bocanada de aire fresco.

Mientras agitaba las manos alocadamente, tratando de recuperar el equilibrio, vio que Nicole dejaba caer la carpeta y se acercaba rápidamente a él.

—¿Qué diablos te pasa, testarudo...?

Ty se agarró a ella, tratando de respirar mientras lo único que

podía ver era un punto gris. Durante un momento, pensó que iba a desmayarse, pero la letanía que estaba diciendo la mujer que le servía de apoyo lo mantuvo consciente.

—De todos los idiotas, imbéciles...

El zumbido que se le formó en los oídos ahogó el resto del monólogo. Por fin, ella consiguió tumbarlo. Entonces, el dolor que sintió fue el mayor que había sentido en toda su vida. Cada músculo de su cuerpo parecía haber comenzado un motín. Incapaz de contener un gruñido, se puso de costado y trató de tomar aire.

—Voy a llamar a la enfermera para que te dé otro analgésico.

—No lo hagas. Es muy mala.

—Cielo...

Ty se empezó a reír, aunque estuvo a punto de ponerse a llorar cuando sintió de nuevo el fuego en el costado.

—Yo no me reiría —le aconsejó ella.

Ty notó que había algo extraño en su voz. Algo... Consiguió girar la cabeza y mirar por encima del hombro. Sí. Tenía el trasero al aire, para que todo el mundo pudiera vérselo. Cerró los ojos.

—¿Tienes buena vista?

—Soy médico —respondió Nicole mientras le tapaba con la sábana—. Lo he visto todo.

—Sí, bueno, pues esto no es como me había imaginado que me verías, Nicole. Y no pienso quedarme aquí a pasar la noche.

—Pero...

—No. No puedo...

—¿Por qué no?

—Odio los hospitales.

—Todo el mundo dice lo mismo.

—Pero yo lo digo en serio.

—Muy bien, tienes fobia a los hospitales...

—Te digo que no voy a quedarme.

—No te puedes marchar a casa solo, necesitarás alguien que te

ayude, que te cuide.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Ty, dándose cuenta de que Nicole tenía razón.

—Al menos durante esta noche y mañana por la mañana. Tal vez incluso una segunda noche. Cuando te mejore la cabeza, podrás andar a la pata coja si tienes cuidado.

—Bien.

—¿Quién va a ayudarte?

—Ya encontraré a alguien.

—Sé que no tienes familia a la que recurrir —replicó ella, cruzándose de brazos.

—¿De verdad? ¿Y cómo lo sabes?

—Tú me lo dijiste.

—¿Fuiste capaz de escuchar todos los desvaríos de un hombre medio drogado?

—Tú estuviste encantado de contármelo.

—¿Mencioné algo sobre tu interesante lencería? —quiso saber, preguntándose a sí mismo qué habría dicho exactamente—. Porque tengo que decirte, Nicole, que me parece fascinante que seas tan dura e impenetrable en el exterior y tan... tan suave en el interior.

—Estás cambiando de tema.

—Lo intento.

—No te preocupes. No dijiste nada que pudiera avergonzarte si es eso lo que te inquieta. Solo dijiste... que tenías una hermana a la que no conocías y que ella te estaba enviando mensajes de correo electrónico.

—¿Y?

—Solo que tu madre no te quería...

Diablos. Le había contado todo. La voz de Nicole se había suavizado y había decididamente una expresión de pena en su rostro. Ty no quería que se apiadara de él, no quería la piedad de nadie. Quería salir de aquella cama en aquel mismo instante.

—Bueno. Esto ha sido muy divertido.

—Lo siento, Ty.

Él se preguntó el qué sentiría. ¿Que hubiera caído a su salón o que fuera tan patético que hasta su propia madre lo hubiera abandonado?

—No es problema tuyo.

Nicole asintió y se dio la vuelta. Llegó a la puerta, que estuvo estudiando durante un largo minuto, como si le fascinara la madera. Entonces, se dio la vuelta.

—Sé que estás solo y que eres demasiado orgulloso como para pedir a tus amigos que te ayuden. Como médico, no puedo darte el alta sabiendo eso.

—Me marchó, Nicole, pase lo que pase.

—Lo sé —replicó ella—. Y precisamente por eso te vas a venir a casa conmigo.

Estaba loca o al menos eso fue lo que ella misma se dijo durante el trayecto de camino a casa, con Ty dormitando a su lado. Dejó que Suzanne y Taylor la ayudaran a subirlo por las escaleras. Le dio un analgésico, que él se tomó con muchas protestas cuando Nicole lo amenazó con inyectárselo. Entonces, lo acomodó en la cama, pensando por qué aquel rostro tan pálido le hacía querer deshacerse en mimos con él.

Ty miró a su alrededor. El dormitorio era muy sencillo. Tenía las paredes desnudas, la cama, una colcha azul marino y dos almohadas. No había nada fuera de su sitio más que una silla en un rincón, que tenía un montón de ropa y una pila de revistas médicas.

—¿Ni siquiera tienes una novela romántica que leer?

—Tengo eso —replicó ella, señalando las revistas médicas.

—Supongo que no me sorprende. ¿De verdad me vas a dejar la cama?

—No te gusta el hospital, ¿te acuerdas?

—Hmm.

—¿Qué tiene de malo la cama?

—Que tú no estás aquí conmigo.

—Yo voy a dormir en el sofá, grandullón.

—No tienes sofá. Solo tienes un futón que se cae de viejo. Y la otra cosa que tienes es un buen agujero en el techo y un montón de suciedad en el suelo.

—Nada que no se pueda arreglar. Buenas noches, Ty.

—¿No vas a leerme un cuento?

—Claro —replicó ella—. Había una vez un idiota que se cayó por el techo y fue a caer encima de su cabeza.

—Ja, ja —dijo Ty, cerrando los ojos.

—¿Por qué tienes miedo de los hospitales?

—Simplemente no me gustan, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó Nicole, sospechando que, en aquel momento, el dolor que Ty sentía era más psíquico que físico—. Mira, no te pongas demasiado cómodo. Voy a despertarte cada pocas horas.

—¿Es eso una promesa?

—Solo será para ver cómo tienes la cabeza, besugo.

—Tengo algo más que podrías examinarme.

—Sí, claro. Y con todas las medicinas que estás tomando, estoy segura de que funcionaría muy bien.

—Ponme a prueba —le espetó él con una arrogante sonrisa.

—Buenas noches, Ty.

—Buenas noches. Nicole... —dijo, para llamar su atención. Ella, que ya estaba en la puerta, se volvió para mirarlo—, ¿por qué me has traído a tu casa?

—Porque estabas herido.

—Quiero la verdad.

—No sé por qué.

Ty asintió y volvió a cerrar los ojos. Casi inmediatamente, su respiración se hizo más profunda cuando las medicinas comenzaron a hacerle efecto.

Durante un momento, Nicole se quedó allí, mirándolo. Tenía un hombre en su cama, cuando nunca había tenido uno allí antes, ni mucho menos lo había deseado. Siempre había tenido demasiadas cosas que hacer, demasiadas personas a las que salvar...

Sin embargo, dado que lo tenía en su cama, sentía deseo y dolor a la vez, porque sabía que él nunca sentiría nada en serio... Aunque estaba segura de que era sincero cuando decía que quería bajarle las braguitas moradas.

Para él, aquello era simple deseo. Eso la asustaba porque pensaba que, tal vez, ella podría sentir mucho más que eso.

Nicole no se durmió, sino que se mantuvo ocupada, casi siempre vigilando a su paciente.

Recogió los escombros que tenía en el salón y limpió lo que estaba creciéndole en el frigorífico. Entonces, aseguró a Suzanne y a Taylor que Ty estaba bien. Lo hizo dos veces. Después de una hora y media, se sentó al lado del paciente, y tomó una bolsa de galletitas saladas.

—¿Ty? —susurró. Él no se movió—. ¿Ty?

—Sabía que regresarías y me suplicarías que te poseyera.

—He venido para ver cómo estás.

—Pues mírame.

Tenía la voz algo adormilada, pero no había nada de sueño en aquellos ojos, que se habían abierto y la observaban con una intensidad que la hizo estremecerse.

—¿Cómo te sientes?

—Me sentiría mejor si dejaras de chupar esa galletita salada. Hace que se me vaya toda la sangre a cierto sitio.

—Veo que estás bien —decidió. Entonces, se tragó la galletita y se marchó para que se durmiera, lo que él hizo inmediatamente.

Se fue al salón y dejó que pasara otra hora, tras la que volvió al dormitorio. La luz de la luna caía sobre la cama, destacando el largo y esbelto cuerpo que estaba allí tumbado. Se había destapado. Estaba

tumbado de espaldas, con un brazo encima de los ojos. Su enorme tórax subía y bajaba tranquilamente. Nicole lo sabía porque solo llevaba puesto un par de calzoncillos de algodón gris.

Se le ceñían al cuerpo justo por debajo del ombligo. Tenía gran parte del torso cubierto de hematomas y arañazos. También tenía cicatrices que no tenían nada que ver con la caída. Tenía una, muy larga y muy profunda, que parecía ser de arma blanca, otra pequeña y redonda, cerca de la clavícula, que parecía de una quemadura, y otra en el brazo. Había otras dos, una en la pantorrilla y otra en el muslo. Además, tenía su tatuaje... Y la había llamado a ella guerrera...

Conocía retazos de su vida y se había imaginado cómo había crecido para convertirse en el hombre que era. Le faltaban todavía algunas piezas del rompecabezas, pero sabía que Ty no agradecería su curiosidad. Se había criado a sí mismo, un hecho que Nicole no podía negar que le hacía más fascinante.

¿Cómo había podido su madre, cualquier madre, volverle la espalda a su hijo? ¿Qué clase de madre hacía eso y dejaba que su propio hijo pensara que no lo quería?

Aquello le dolía y le hacía sufrir por él. Eso le preocupaba, porque sabía que no debía sentir nada como aquello. Seguramente Ty no lo querría ni buscaría su compasión. Era demasiado orgulloso para ello.

A pesar de todo, no podía apartar los ojos de aquel hermoso cuerpo. Por eso, se sentó a su lado y se preguntó qué diablos iba a hacer con él.

—¿Vas a guardar vigilia por mí toda la noche?

—Estás despierto —respondió ella cuando se hubo recuperado del sobresalto que le produjeron sus palabras.

—¿Quieres ver lo despierto que estoy?

—¿Sabes dónde estás? —le preguntó Nicole al ver que estaba hablando con los ojos cerrados.

—En tu cama. Sin ti —susurró con voz ronca, insoportablemente sexy—. ¿Quieres comprobar algo más? ¿Tal vez mi temperatura?

Estoy muy caliente, cariño. Verdaderamente caliente.

—Estás dolorido.

—No tanto...

—¿No lo crees? —preguntó ella, sintiendo que se desvanecía el médico que había en ella para dar paso a la mujer—. ¿De verdad crees que podrías...?

—Lo sé.

—¿Sí? Entonces, demuéstalo, grandullón.

Ty abrió un ojo y lo volvió a cerrar cuando ella le sonrió.

—Venga, ven a buscarlo... —añadió ella, desafiándolo.

—¿Es que no puedes ayudar a un hombre un poco y acercarte más?

—No.

—¿Ves? Eres muy mala.

—Buenas noches, Ty.

—Eso ya lo hemos dicho.

—Pues aún lo vamos a decir varias veces esta noche. Tienes que darle las gracias a tu conmoción cerebral.

Ty lanzó una maldición, lo que la hizo sonreír. Un hombre que era capaz de hablar así iba a ponerse bien.

Cuando Nicole volvió a ir a la habitación para ver cómo se encontraba, Ty se sentía tan incómodo y tenía tanto dolor, que ella terminó durmiendo en una silla, para poder vigilarlo más atentamente. Más tarde, cuando se movió y gruñó, ella estaba a su lado, extendiendo la mano para tocarlo, para reconfortarlo. Aunque Ty no dijo ni una palabra, Nicole sabía que estaba despierto, aunque se sentía muy incómodo.

—Lo siento —susurró.

—Yo también. Siento haberme caído por el techo de tu salón. Siento mucho haberlo hecho...

—¿Quieres otro analgésico?

—Sí. He decidido que me gustan.

—¿Y la doctora? ¿Qué te parece ella? —preguntó Nicole sin saber por qué.

—Tal vez haya decidido que la doctora me gusta bastante.

—Eso es solo porque yo tengo lo que te interesa.

—En eso tienes razón... —susurró, haciendo que ella se sonrojara profundamente—. Y no estoy hablando de tu precioso cuerpo, doctora Nicole Mann.

Ella no tuvo respuesta para aquello, pero, como él se quedó dormido enseguida, no pareció necesitar ninguna.

A la mañana siguiente, era Nicole la que tenía sueño. ¿Desde cuándo un único paciente la había cansado tanto?

Desde que sentía algo por él. Algo muy fuerte.

Sin embargo, en aquellos momentos tenía un problema mucho más importante. No estaba convencida de que Ty pudiera pasar el día solo. Todavía no había podido levantarse de la cama solo. Aunque se mostraba muy animoso, Nicole sabía que aún necesitaba ayuda.

Por eso, por primera vez en su vida profesional, llamó por teléfono al hospital y se tomó el día libre.

Capítulo 8

Después de llamar al hospital, Nicole se quedó de pie en medio del salón. No sabía qué hacer. ¿Qué iba a hacer con solo un paciente al que cuidar?

El día entero la acechaba a ella, que jamás se había tomado un momento de descanso en su vida. Se encogió de hombros y sacó un montón de revistas médicas para poder leer un rato. Sin embargo, por primera vez desde que podía recordar, no la atraían. Por eso, se sentó delante de la televisión, que solo había encendido unas cuantas veces desde que la compró unos años antes.

En muy poco tiempo, descubrió el poder adictivo de la televisión. Con el mando a distancia en la mano, fue cambiando de canal y vio *Amo a Lucy* y *Tribunal TV* al mismo tiempo.

Entonces, el teléfono comenzó a sonar, lo que la molestó profundamente. Igual que la persona que llamaba.

—Hola —dijo la cultivada voz del doctor Watts—. ¿Te vas a tomar el día libre?

—Tengo derecho a hacerlo.

—¿No estarías levantada hasta muy tarde? —susurró—. ¿O acaso fue que tu amante te ha retenido en la cama esta mañana?

—Hoy no iré a trabajar, doctor Watts. Eso es lo único que le concierne —le espetó con asombrosa tranquilidad. Como los anuncios se habían terminado y *Amo a Lucy* estaba a punto de comenzar, le colgó el teléfono sin más contemplaciones. A pesar de eso, la mano con la que sujetaba el mando a distancia le temblaba de la ira.

No habían pasado ni dos segundos cuando alguien llamó a la

puerta. Maldita sea. Se levantó y, sin apartar la vista de la televisión, abrió la puerta.

—Buenos días —dijo Suzanne con una bandeja en las manos. Emitía un olor tan delicioso, que Nicole se olvidó inmediatamente de la televisión—. No es para ti —añadió, dándole una manotada a Nicole cuando ella fue a levantar el paño con el que estaba tapada—. Es para Ty. Dile que espero que se encuentre mejor.

—¿Has traído comida para Ty y no para mí?

—Sí, y no te comas nada de lo que contiene esta bandeja. Pobrecillo muchacho —comentó, mirando el agujero del techo.

—No es un muchacho —protestó Nicole, que había visto cada centímetro de su largo cuerpo, fuerte y perfectamente formado—. Además, la comida no le curará, lo harán mis conocimientos médicos.

—Oh, cielo —le dijo Suzanne, mirándola con pena—, tienes mucho que aprender sobre los hombres. Solo hay una manera de conquistarlos y no es, en contra de lo que cree la gente, por el pene, sino por el estómago. Ahora, dale esta bandeja con una agradable sonrisa matinal y verás lo que quiero decir. Podrás sonreír tan temprano, ¿no? —añadió. Nicole la miró con frialdad—. Bueno, sinceramente, no te veo sonreír muy a menudo. En realidad, no te veo hacer otra cosa que no sea trabajar.

—Hoy no trabajo. He llamado para tomarme el día libre.

—¿Que has llamado para tomarte el día libre? —preguntó Suzanne, llevándose la mano a la boca con gesto de incredulidad—. ¿Tú?

—No creo que sea tan importante.

—Para ti sí que lo es. Tú, la adicta al trabajo, te has tomado un día libre para cuidar a Ty. Es increíble.

—Bueno, se cayó por el techo de mi casa.

—Te has tomado un día libre —repitió Suzanne, mostrando lo mucho que le había sorprendido aquel comentario—. Espera a que

Taylor se entere de que te estás enamorando de él. Va a ser la única de las tres que mantenga el voto de soltería.

—Oh, no —afirmó Nicole, riendo. ¿Enamorarse de Ty? ¡Ni hablar!
—. No sé lo que te piensas que está pasando aquí, pero te lo puedes quitar de la cabeza. Yo tengo la intención de permanecer soltera para siempre, igual que Taylor.

—Ya, ya.

—Te lo aseguro.

Y lo decía en serio. Ty terminaría su trabajo allí y, tarde o temprano, se marcharía. Ni siquiera miraría atrás. Ella tampoco miraría atrás, sino que...

Lo echaría de menos. Maldita sea. De verdad que lo echaría de menos. Sin embargo, se había labrado una buena vida. Tenía una carrera, una familia, amigas, aunque fueran muy chismosas. Era lo único que necesitaba.

—Yo también solía negarlo —dijo Suzanne con una sonrisa de suficiencia.

—Yo no estoy negando nada.

—No, claro que no. Bueno, volveré más tarde por la bandeja y a que me cuentes cualquier detalle que quieras compartir.

—No habrá nada que contar —dijo, aunque Suzanne ya se había marchado—. Maldita sea... —añadió, cuando oyó que su amiga bajaba riéndose por las escaleras. Se encogió de hombros y volvió a sus programas de televisión.

Y se preguntó si Ty estaría soñando con ella.

Él se despertó poco a poco. Cuando recuperó completamente la consciencia, abrió con cuidado los ojos.

El sol entraba a raudales en la habitación y le daba en los ojos tan intensamente, que Ty tuvo que volver a cerrarlos. Entonces, analizó el estado de su cuerpo y decidió que parecía que una apisonadora le había pasado por encima.

Con gran dificultad, consiguió sentarse en la cama. Desde allí, vio

que el cuarto de baño estaba a unos pocos pasos, aunque para él como si hubiera estado a cien kilómetros. Con decisión, se puso de pie aunque, debido al esfuerzo, estuvo a punto de desmayarse. Se agarró al respaldo de una silla y respiró con cuidado. Las costillas y el tobillo le dolían mucho y le parecía que la cabeza se le iba a caer de los hombros. No obstante, consiguió llegar hasta el cuarto de baño. Cerró la puerta y se apoyó sobre ella un instante.

—¡Ty! —dijo la voz de Nicole desde el otro lado de la puerta—. ¿Te encuentras bien? ¿Te duele? ¿Necesitas ayuda?

—No, sí y no.

—Ty...

Cuando hubo terminado, abrió la puerta y estuvo a punto de desmayarse. Nicole estaba allí mismo. Lo tomó entre sus brazos y sujetó su peso.

—De todas las tonterías que podías hacer, levantarte tú solo, tratar de caminar y andar por ahí como si no te hubieras caído sobre tu propia cabeza ayer mismo...

—No me lles a la cama —pidió Ty, al ver donde Nicole se encaminaba—. A menos que te vayas a meter en ella conmigo.

Nicole lo tenía agarrado de la cintura, con cuidado de no hacerle daño en las costillas. Le gustaba sentir las manos de ella sobre él. Demasiado...

Ella lo llevó al salón. Había un episodio de *Sueña con Jeanie* en televisión. Al lado del ratón, había un bol de cereales a medio terminar.

—Me encanta ese programa —comentó él, sintiendo que se le hacía la boca agua al ver la comida.

—Es un especial de Jeanie... Ojalá yo pudiera menear la coleta y hacer que todos mis deseos se hicieran realidad... Acabas de perderte *Amo a Lucy*. Creo que nunca me había reído más que con ese episodio... ¿Qué pasa? —preguntó Nicole al ver que él la estaba mirando muy fijamente.

Lo que ocurría era que la alegría se le reflejaba en los ojos y tenía las mejillas sonrojadas. Además, tenía las manos sobre él, lo que suponía una combinación irresistible. Sintió una sensación extraña en su interior, y no solo en la parte de su cuerpo que normalmente se despertaba al ver a una hermosa mujer. Era más bien en el pecho... Nicole parecía feliz. No la había visto nunca así, lo que le hizo darse cuenta de que nunca la había visto sin que ella estuviera pensando en el trabajo. Le gustaba aquella nueva faceta. Le gustaba mucho.

—¿Has visto muchas veces estos programas?

—¿Estás de broma? —replicó ella, riendo—. Cuando éramos pequeños, no se nos permitía ver más que los programas para niños. Además, yo ni siquiera tuve televisión hasta hace un par de años, pero no la enciendo muy a menudo. No me puedo creer lo que me he estado perdiendo. Deja de mirarme así...

—Eres adorable, doctora.

—Nunca sé cómo tomarte...

—Tómame como quieras, pero tómame.

Nicole dio un paso atrás, lo que dejó a Ty teniendo que sustentarse por sí solo. El dolor que experimentó en costillas y tobillo le hizo gritar de dolor.

—Tonto —dijo ella suavemente, ayudándolo a que tomara asiento—. Siéntate. Es una suerte para ti que Suzanne se haya apiadado de ti y te haya preparado un buen desayuno.

—¿Quieres decir a que no vas a trabajar como una esclava en la cocina por mí para darme de comer?

—Yo no trabajo como una esclava en la cocina por nadie.

—Por eso solo tomas cereales para desayunar.

—Efectivamente. Lo de verter leche en un bol sí lo sé hacer —bromeó, mientras le colocaba una fragante bandeja sobre el regazo—. Creo que me faltan los genes más femeninos. No sé cocinar, ni coser ni... Y te seguro que no sé doblar las servilletas elegantemente.

—Bueno, me gustas de todas formas.

—¿De verdad?

—Sí.

Nicole no había resultado ser nada de lo que se había imaginado. No era una mujer distante ni mimada, ni tampoco insensible, sino afectuosa, cariñosa y compasiva. De hecho, tuvo que resistir el impulso de estrecharla entre sus brazos y hundir el rostro en su cabello. No lo hizo, no solo porque le dolería mucho el movimiento, sino porque también sabía que no estaría bien. No tenía ningún derecho a tener aquellos sentimientos.

—Creo que eres una mujer increíble, Nicole. Y también muy sexy.

—Nunca antes me habían dicho que fuera sexy.

—Entonces seguramente es que no estabas escuchando bien. Yo llevo pensando que eres la mujer más sexy que conozco desde la primera vez que puse los ojos sobre ti.

—Bueno —susurró ella. Entonces, se frotó las manos sobre los vaqueros y miró a su alrededor, como si estuviera buscando algo en lo que ocupar las manos—, tengo que...

—¿Trabajar? —dijo Ty, terminando la frase por ella.

—No, hoy no voy a ir a trabajar. Yo... yo voy a quedarme aquí —le informó, mientras descubría la comida que Suzanne le había preparado—. Venga, necesitas comer algo.

Obedientemente, Ty tomó un tenedor y lanzó un gruñido de dolor al mover el hombro.

—¿Y por qué no vas a ir a trabajar hoy? ¿Te has tomado el día libre? ¿Por mí?

—Bueno, ¿y qué ibas a hacer? ¿Prepararte tu propio desayuno?

—Tú no me lo has preparado —señaló al tiempo que saboreaba las patatas fritas de Suzanne.

—¿Es que te estás quejando?

—No, claro que no. Te has tomado un día libre por mí... Creo que estás loca por mí.

—Cállate y come.

—Sí, de acuerdo —dijo, comiendo un poco más—. Gracias por cuidarme.

—Sí, bueno, no te emociones. Habría hecho lo mismo por un perrito abandonado.

Sí. Claro que estaba loca por él.

Nicole nunca había conocido el placer que daba tener un día libre. Había oído a sus compañeros hablar sobre cómo, de vez en cuando, se quedaban en casa para descansar, para no hacer nada más que tomar comida basura y ver series de televisión durante todo el día. Siempre había sentido un cierto sentimiento de superioridad por no tener la necesidad de hacer lo mismo...

Series de televisión. Por favor...

Sin embargo, lo que le resultaba increíble era que fueran maravillosos. Se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, con un par de pantalones viejos y una camiseta muy cómoda, un bol de palomitas en una mano y el mando a distancia en la otra. Sobre el futón, dormía Ty.

Resultaba extraña la sensación de felicidad que sentía. Extraña y aterradora a la vez. Cuando alguien, mejor dicho, dos chismosas, llamaron a la puerta, hizo un gesto de desesperación con los ojos.

—¿Sabéis una cosa? Esto está empezando a ser insultante —susurró cuando abrió la puerta—. Yo puedo ocuparme de él.

—Tomar cereales tres veces al día no resulta muy nutritivo —comentó Suzanne, entregándole una bandeja.

—Mira, no nos interpretes mal... pero es que no estamos seguras de que sepas cómo hay que cuidar a un hombre —añadió Taylor con una sonrisa en los labios.

—No es un hombre. Es mi paciente.

—Yo creo que él diría algo muy diferente —comentó Taylor, entregándole un ordenador portátil—. Dile que he cerrado con llave su coche, pero que esto estaba en su interior. Pensé que tal vez le gustaría tenerlo.

—No debe trabajar, así que no se lo permitiré —afirmó Nicole mientras se agachaba para dejar la bandeja en el suelo antes de levantarse para tomar el ordenador.

—¿De verdad? —preguntó Taylor, dedicándole una reveladora sonrisa—. ¿Sabes lo que creo yo?

—Si digo que sí, ¿os marcharéis?

—Creo que Suzanne tiene razón —replicó Taylor—. Creo que estoy en peligro de convertirme en la única que va a mantener su voto de soltería.

Suzanne asintió mientras que Nicole se dispuso a contestar.

—El hecho de que crea que debe descansar no significa que...

—Cielo —la interrumpió Suzanne—. No importa que estés detrás de él.

—Yo no estoy detrás de él. Además, sigo firme en lo de querer permanecer soltera.

—Muy bien, pero recuerda que puedes seguir soltera y disfrutar del sexo.

Nicole tapó la boca a Taylor y miró por encima del hombro para asegurarse de que Ty seguía dormido.

—Muy bien, chicas, tengo que dejaros.

—¿Por qué? —quiso saber Taylor—. ¿Es que ya lo tienes desnudo?

—Adiós —concluyó Nicole. Entonces, trató de cerrar la puerta, pero Taylor se lo impidió.

—Solo déjame mirar un poquito...

—Adiós —repitió Nicole con firmeza. Entonces, empujó a Taylor para poder cerrar la puerta.

Su alivio duró muy poco. Al darse la vuelta, vio que Ty la estaba mirando. Tenía los ojos abiertos y llenos de curiosidad.

—Hola, ¿qué tal tienes la cabeza? ¿Te encuentras bien?

—Podrías haberles dicho que me tienes casi desnudo, pero que no sabes qué hacer conmigo.

Lo había escuchado todo. Genial.

—Oh, claro que sé qué hacer contigo —le aseguró ella—. Solo que...

Se detuvo en seco al ver que los ojos de Ty reflejaban tanta pasión, que habían encendido una llama dentro de los de ella. Durante solo un momento, se preguntó lo que sería permitir que él la besara, dejar que aquella vez le quitara la ropa y le hiciera el amor. Ansiosa por saberlo, dejó que su cuerpo se acercara hacia él, aunque se recordó que Ty terminaría marchándose.

—Yo...

—Ven aquí, Nicole.

Estaba tumbado en el futón. Una ligera manta le cubría las largas piernas, dejándole los brazos y el torso al descubierto.

—¿Te encuentras mejor, Ty? —susurró ella, al ver los hematomas.

—¿Vas a venir?

—No creo que eso sea buena idea en estos instantes —dijo ella, reclinándose de nuevo contra la puerta.

—Dame el ordenador.

—No creo que debas trabajar.

—No creo que tú debieras preocuparte al respecto.

—En ese caso, ven a buscarlo.

—¿Que vaya a buscarlo?

—Eso es.

—Como quieras.

Con dificultad, se puso de pie. La manta le cayó a los pies, dejando al descubierto los bóxers que llevaba puestos. Durante un momento, su mirada se centró en una cierta zona de su cuerpo y se resistía a despegarse. Entonces, se dio cuenta de que Ty estaba tratando de ocultar su dolor y tuvo que aferrarse al ordenador para no salir corriendo hacia él y hacer una estupidez, como tocarlo.

—Cuando llegue allí —le advirtió—, voy a...

—Está bien —dijo Nicole, al verlo tan pálido—. Aquí tienes —añadió, acercándose a él para entregarle el ordenador. Entonces, lo

obligó a que volviera a sentarse y le colocó el ordenador en el regazo
— Trabaja. No me importa.

— Bien.

— Bien. Yo iré a...

¿A qué? Suzanne había preparado el almuerzo. ¿Qué más podía hacer?

— ¿Me podrías hacer un favor? —dijo él, algo enojado.

— No pienso ayudarte a que te des una ducha.

La miró durante un momento antes de soltar una carcajada que le obligó a agarrarse con fuerza las costillas para no gritar de dolor.

— Necesito que bajes para que me midas unas cosas. Así podré hacer algo mientras estoy haciéndote perder el tiempo.

No se había molestado en cubrirse. Ver a un hombre casi desnudo no debía afectarla en modo alguno, sobre todo cuando ella lo veía todos los días. Sin embargo, tenía que admitir que no todos los pacientes tenían un cuerpo como aquel.

— ¿Te importa hacerme ese favor?

— Claro que no —respondió ella, a pesar de que pensaba que no debía trabajar. Sin embargo, ¿quién era ella para tratar de enmendar a alguien tan testarudo? No tenían ni una relación ni un compromiso. Él nunca iría lo suficientemente en serio como para comprometerse con nadie. Además, no era que sintieran algo el uno por el otro...

Bueno, ella sí sentía algo. Como lo sabía, y porque necesitaba alejarse de él durante unos minutos, agarró el papel que Ty le ofrecía y se dirigió hacia la puerta.

— Necesitarás también la cinta métrica —le dijo él—. Y ten cuidado cuando...

— Creo que puedo arreglármelas para tomar unas simples medidas.

Taylor tendría cinta métrica y Suzanne helado. Necesitaba desesperadamente algo bueno y con muchas calorías que alejara de

su mente el otro único deseo que tenía: Ty Patrick O'Grady.

Como Nicole esperaba que Ty se hubiera vuelto a dormir y necesitaba volver a sentir el control sobre sí misma antes de volver a enfrentarse a él, se tomó su tiempo para tomar las medidas que él le había pedido. Si se pasaba primero por el apartamento de Suzanne para tomarse con ella tres galletas de chocolate y una bola de helado, ¿a quién le iba a importar?

Cuando por fin regresó a su apartamento, el salón estaba vacío, al igual que la cocina.

Encontró a Ty en la cama. Tenía el ordenador encendido y enganchado a la línea telefónica. Tenía el programa de correo electrónico abierto, pero los ojos no.

— ¿Ty?

No se movió. Estaba tumbado de espaldas, con la cabeza ligeramente inclinada. Respiraba lenta y profundamente. Como no se había molestado en taparse, vio los hematomas que le cubrían el cuerpo y lo hinchado que tenía el tobillo. Él necesitaba aplicar un poco de hielo y probablemente tomar más medicinas. Primero comprobaría sus constantes vitales y...

Entonces, el mensaje de correo electrónico le llamó la atención.

Querido Ty:

No estoy buscando ni consuelo ni dinero. Además, dejarlo estar nunca fue una opción para mí. Somos familia y estamos unidos por lazos de sangre. ¿De verdad puedes decir que no te interesa? ¿Acaso tienes una vida tan plena que no necesitas esto, conocer al único pariente con vida que te queda?

Yo tengo mucho que ofrecerte y quiero conocerte. Quiero ser tu familia. Si te interesa, me alojo en el albergue juvenil de la ciudad.

Por favor, que te interese.

Margaret Mary

Nicole miró la carta y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Si eso era lo que ella había sentido, ¿qué habría

experimentado Ty?

—¿Has visto ya suficiente?

Con aspecto somnoliento, cansado e irritable, Ty trataba de incorporarse en la cama.

—No —dijo Nicole, extendiendo una mano para evitar que se moviera—. Mantente...

De un golpe seco, él cerró el ordenador.

—Sí, claro que me mantendré. Me mantendré alejado de ti si tú te mantienes alejado de mí.

Capítulo 9

Nicole lo miró fijamente al ver que él se ponía de pie y, con cuidado, se erguía completamente.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó.

—Olvidalo —respondió él, mirando a su alrededor—. ¿Dónde está mi ropa?

—Aquí —contestó ella, señalando una pila de prendas dobladas que había al lado de la mesilla de noche—, pero...

—Tengo asuntos de los que ocuparme.

Agarró los pantalones y los miró con expresión dolorida, como si ponérselos fuera a suponer un infierno para él. Apretó la mandíbula, los sacudió y se dobló ligeramente por la cintura. El sudor empezó a cubrirle la frente. Entonces, dudó durante un segundo.

—Oh, Ty... Vuelve a meterte en la cama.

—Dado que dudo que eso sea una invitación, rechazaré la oferta. Gracias.

—No lo entiendo. Tus opciones eran quedarte en el hospital para someterte a observación o venirte aquí conmigo. Accediste a esto último. ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Ya te he dicho que tengo cosas que hacer.

—¿Ir al albergue juvenil, tal vez? Mira, lo siento, leí más de ese correo electrónico de lo que hubiera debido.

—Ves más de todo lo que debes.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada.

Rechazó los esfuerzos de Nicole por ayudarlo, aunque tuvo que sentarse para poder subirse los pantalones. Cuando volvió a ponerse

de pie, tenía el torso cubierto por una fina capa de sudor y respiraba agitadamente.

Ponerse la camisa requirió otro largo y doloroso momento, durante el cual Nicole lo observó con angustia mientras se mordía el labio y apretaba los puños para no hacer nada por ayudarlo. Entonces, vio cómo él se dirigía hacia la puerta.

—Ty, no puedes conducir después de haberte tomado los analgésicos que te he dado.

—Los dos últimos no me los tomé.

—¿Que no...? Eres un estúpido —dijo, sacudiendo la cabeza.

—No me vengas con bobadas, doctora.

Tras colocarse el ordenador contra el costado que no tenía magullado, se dispuso a salir por la puerta, pero dudó.

—Gracias.

—¿Por qué? ¿Por enojarte?

—Por estar ahí.

—De acuerdo.

Ty la miró con cautela cuando vio que Nicole se acercaba a él.

Cuando ella estuvo lo suficientemente cerca, cerró los ojos y suspiró. Entonces, volvió a abrirlos y extendió la mano para acariciarle la barbilla.

—Tengo que marcharme —susurró, acariciándole suavemente la oreja.

—Dime por qué...

—Porque no me encuentro con ganas de tener compañía —confesó, dejando caer la mano.

—Algunas veces, Ty, uno tiene que dejar que la gente entre en su mundo.

—Hablas por experiencia propia, por supuesto.

—Yo dejo que mi familia lo haga, y Taylor y Suzanne...

«Y tú», quiso decir también. Resultaba aterrador lo mucho que deseaba decirlo, lo mucho que quería que él también lo deseara.

—Adiós, Nicole.

—Espera... ¿Ni siquiera vas a contestarle?

—¿De verdad te importa?

—Sabes que sí.

—En realidad, no lo sé.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo de anoche?

—Somos diferentes, tú misma lo has dicho muchas veces.

—Tal vez esas diferencias sean más superficiales de lo que yo pensaba, Ty.

—¿Qué significa eso?

—Significa que los dos somos unos solitarios. Los dos somos adictos a nuestro trabajo. Tal vez conectemos a un nivel más fundamental de lo que yo nunca me hubiera imaginado.

—Eres médico. Son tus propias palabras, ¿te acuerdas? Yo estaba herido y tú has jurado que curarías a los que lo necesitaran. Habrías hecho lo mismo por un cachorrillo.

Nicole tragó saliva al sentir cómo Ty le arrojaba a la cara sus propias palabras y lo miró a los ojos; aquello fue lo más difícil que había hecho nunca.

—Yo te aprecio.

—Pues no deberías. Adiós, Nicole.

Entonces, desapareció, dejando a Nicole mirando la puerta vacía. Aquel adiós le había sonado completamente definitivo.

Realmente, a ella le no le importaba. No le importaba en absoluto... Lo que no explicaba la lágrima que le rodaba por la mejilla.

Cuando Ty llegó a casa, durmió durante dos días seguidos. Al tercero y al cuarto se limitó a haraganear, lo que no estaba muy en consonancia con él.

Todo estaba demasiado en calma. Aquella tenía que ser la razón por la que no dejaba de pensar en Nicole. Para evitarlo, puso música, vio la televisión, trabajó... No obstante, la imagen de ella nunca

abandonaba sus pensamientos. ¿Y cómo iba a hacerlo? Era una mujer inteligente, sexy y hermosa, y la deseaba. Había deseado a muchas mujeres anteriormente, entonces, ¿por qué se sentía tan triste por el modo en que la había dejado? No lo comprendía. No había nada entre ellos. Nicole no deseaba que hubiera nada entre ellos.

Y él tampoco. Efectivamente, le habría encantado acostarse con ella, tenerla entre sus brazos, hundirse en su cuerpo y perderse en ella para siempre, saciando así el inexplicable deseo que sentía por ella. Sin embargo, no lo había hecho y todo se había terminado. Nunca se había parado a pensar en lo que podría haber sido.

La ironía de aquel asunto era que con Nicole sí se lo estaba pensando. Lo más extraño de todo era que él no había tenido nunca paciencia para las personas que dudan. El destino había que cambiarlo, no quedarse sentado para aceptarlo. Se había hecho cargo de su destino y se había forjado una buena vida. Nunca le había sido difícil encontrar una mujer interesada en pasar un buen rato con él, por supuesto sin perspectivas de futuro. Tal vez aquello era lo que necesitara en aquellos momentos. Un episodio de satisfacción mutua. Sexo ardiente y apasionado. Era una pena que casi no pudiera moverse...

Cinco días después de su caída, se dirigió al albergue juvenil. Se dijo que solo lo hacía por curiosidad, no porque sintiera que se estaba perdiendo algo importante.

Salió del coche y le preguntó a la recepcionista dónde estaba Margaret Mary. Estuvo esperando durante lo que le pareció una eternidad, con el corazón palpitándole contra el pecho, pero al final la joven le dijo que Margaret Mary no estaba.

Bien. Estupendo. Había cometido la estupidez de querer verla. No necesitaba añadir problemas a su vida. La familia representaría un problema.

Como había salido, decidió ir a algunas de sus obras, sin prestar atención al dolor que tenía en las costillas. Cuando llegó a su casa,

estaba agotado. De hecho, se sentía algo mareado. Tal vez por fin pudiera dormir.

Sin embargo, a medianoche, seguía mirando el techo de su dormitorio. Probablemente debería haberse tomado un analgésico, pero odiaba tanto perder el control, que apretó los dientes y se dijo que se sentiría mejor al día siguiente.

Se decidió por trabajar un rato, por lo que encendió una luz, pero veía borrosas las líneas de los planos, lo que le hizo sentir náuseas.

Sin poder resistirse, agarró el frasco de pastillas. Cuando estaba a punto de tomarse una, alguien llamó a la puerta. Dado que no se le ocurrió razón alguna para que alguien llamara a su puerta a medianoche, decidió no prestarle atención.

Volvieron a llamar.

Con mucho esfuerzo, se puso unos pantalones. Como no le dolió tanto como en otras ocasiones, decidió que debía de estar mejorando. A pesar de todo, cuando estaba a punto de llegar a la puerta, se sentía con ganas de sentarse. Al abrirla, estuvo a punto de sentarse, allí mismo en el suelo.

—¡Nicole!

Ella estaba en el umbral, con la cabeza baja. Al oír su nombre, levantó el rostro. Tenía el cabello despeinado, como si se hubiera pasado los dedos repetidamente. Llevaba una camiseta de tirantes, uno de los cuales se le había bajado del hombro. Tenía los brazos rígidos y su menudo cuerpo temblaba de tensión.

—Te he despertado —dijo—. Lo siento, yo solo...

Ty le agarró el brazo para evitar que ella se marchara. Al sentir la piel de Nicole contra la suya, sintió una sensación tan fuerte, que estuvo a punto de caer de rodillas contra el suelo. En aquel momento, él se dio cuenta de que al tenerla frente a él, de repente todo parecía ir bien. Odiaba aquella sensación. Ella no era nada más que un maldito nudo en el corazón que no quería sentir.

—No debería haber venido —susurró Nicole. No, no debería

haberlo hecho, porque Ty no sabía ya cómo dejarla marchar—. Yo... vi que tenías la luz encendida y...

Ella le dedicó una dulce sonrisa, que le animó. De repente, el nudo desapareció y Ty ya solo quiso sentirla contra su cuerpo. Necesitaba sentirla de un modo aterrador.

—Es que Taylor me dijo que no había tenido noticias tuyas — explicó—. Además, como no fuiste al chequeo que tenías en el hospital, yo... —añadió. Ty tiró de ella y la hizo entrar en la casa—. Así que, como pasaba por aquí y, como ya he te he dicho, vi que había luz...

Él cerró la puerta. Nicole dio un paso atrás, para alejarse de él. Fue a darse contra la madera de la puerta. Estupendo.

—Bueno, solo quería ver por mí misma que te encontrabas bien —continuó, con una sonrisa algo temblorosa. Se detuvo al ver que él le colocaba una mano a cada lado de la cabeza—. ¿Vas a decir algo?

Se lamió el labio inferior, gesto que demostraba su nerviosismo y que gustó mucho a Ty.

—¿Ty?

—¿Quieres hacerme tú el chequeo?

—Yo...

—Estás nerviosa, doctora. Sé que no está bien, pero me gusta. Me gusta mucho —afirmó él, acercándose un poco más.

—¿Sabes una cosa? —murmuró ella—. Creo que me voy a marchar ahora mismo.

Entonces, extendió las manos y se las colocó en el pecho. Cuando lo empujó, Ty sintió un agudo dolor a través de las costillas. Se inclinó y gritó de agonía, consciente de la expresión horrorizada que se había reflejado en el rostro de Nicole.

—Oh, Ty... —susurró, agarrándolo por la cintura desnuda.

—Maldita sea...

—Lo sé, lo sé. Lo siento mucho.

Ty contuvo el aliento y la miró. Las manos que le había colocado

sobre la piel no se movían como las de una doctora, sino como las de una mujer. No dejaba de murmurar disculpas al tiempo que trataba de calmarlo. Poco a poco, el dolor fue remitiendo y Ty pudo incorporarse un poco.

— ¿Te encuentras bien?

— Te lo haré saber cuando deje de ver las estrellas.

— Dios, lo siento mucho...

— Lo sé.

— Yo... yo no te hice daño a propósito.

— Lo sé.

— Nicole, ¿por qué has venido?

— Ya te lo dije, yo...

— ¿Por qué, Nicole?

Ella cerró los ojos, tratando de ocultar la verdad. Había ido a verlo para estar entre sus brazos, para darle lo que le había estado negando desde el principio. Había ido para ver si se estaba volviendo loca o si aquello... aquello era un sentimiento correspondido.

— ¿Nicole?

— ¿Sí?

— Debería decirte que verte dudar con los convencionalismos sociales me excita increíblemente. Saber que estás habitualmente enterrada en tu trabajo, que nunca te apartas de tu trabajo por nadie y que estás aquí ahora... por mí...

Nicole vio cómo Ty entrelazaba los dedos con los de ella. Entonces, empezó a tirar de ella, haciéndola avanzar por la casa.

— Te estoy llevando a mi dormitorio —le dijo por encima del hombro—. Detenme.

No lo hizo.

Ty la condujo hasta una habitación que estaba iluminada tan solo por la luz de la luna. Cuando él encendió la luz, ella parpadeó.

— Quiero verlo —susurró, llevándola poco a poco hacia la cama—. Creo que has venido por esto y ocurre que es precisamente lo que yo

también estoy buscando.

—Tú... pero si estás lesionado.

El corazón le latía tan fuerte y tan alto...

—Dime que me equivoco —musitó Ty, bajándole el otro tirante. Entonces, bajó la cabeza. Durante un instante se limitó a mirarla haciendo que los pezones se le irguieran contra la fina tela de la camiseta—. Nicole, veo que no me dices que no.

—Yo...

—Dilo... Dime que no —susurró él, acercándose un poco más.

—No quiero decirlo...

Casi antes de que hubiera terminado de pronunciar aquellas palabras, la boca de Ty se adueñó de la de ella. Nicole la abrió, haciendo que él gruñera de placer. La saboreó como si fuera un hombre hambriento y ella fuera una cena de diez platos. Sin embargo, no le importó porque ella sentía exactamente lo mismo.

Ty rompió el beso solo para tomar aire. La miró durante un instante antes de volver a besarla, más firmemente aquella vez. Los labios de Nicole se aferraron a los de él, al igual que las manos se agarraron a su cabello, sujetándolo para que no se retirara de ella, para que no volviera a romper el beso.

Una vez más, se separaron solo para tomar aire. Se miraron fijamente y entonces Ty levantó las manos para desenredarse los brazos de Nicole del cuello. Entonces, se puso a enredar los dedos en los tirantes de la camiseta que ella llevaba puesta. A continuación, tiró con fuerza arrancándoselos de la tela. La camiseta se le cayó hasta la cintura, dejándole al descubierto los pechos desnudos.

Nicole se sintió avergonzada al ver cómo él se los miraba, sabiendo muy bien que eran demasiado pequeños. Cuando trató de taparse, Ty le agarró las manos y se las sujetó a ambos lados del cuerpo.

—¿Estás diciéndome que no? —quiso saber.

—Ty...

—¿Es eso?

Tenía el cuerpo tenso. Nicole sintió contra su vientre su firme y vibrante erección. La deseaba. La deseaba de un modo en el que no había sido deseada desde hacía mucho tiempo.

—No. No te estoy diciendo que no —susurró.

—Gracias a Dios —murmuró. Entonces, le soltó las manos para tomarle los pechos entre las manos—. Eres tan hermosa... —susurró. En aquel momento, así fue precisamente como Nicole se sintió—. Y estos —prosiguió, acariciándole suavemente los pezones con los pulgares—. Estos son... —añadió, mientras inclinaba la cabeza para lamer suavemente uno de ellos, haciéndola gemir de placer—... mmm, un bocado perfecto.

Para demostrar sus palabras, se lo volvió a meter en la boca y la acarició con la lengua una y otra vez, hasta que ella volvió a agarrarle el cabello con las manos y a arquearse contra su cuerpo.

No era suficiente. Nicole se levantó y se quitó los zapatos de una patada. Aquel gesto disminuía un poco más su estatura, pero no le importó. Se puso de puntillas y enganchó una pierna alrededor de las caderas de él, para apretarse aún más contra su erección. Aquel gesto hizo que Ty también gimiera de placer y que la mirara con ojos llenos de deseo.

—Es tu última oportunidad... —susurró. A modo de respuesta, ella le tiró de los pantalones, lo que le hizo reír de placer—. Bien, ya veo que no quieres una última oportunidad.

Con un movimiento algo brusco, la tiró sobre el colchón. Puso una rodilla en la cama y le agarró los bajos de los pantalones. Tiró con fuerza de ellos y los dejó caer al suelo. A continuación, hizo lo mismo con la camiseta, lo que dejó a Nicole vestida solo con un tanga azul.

Colocó la otra rodilla sobre la cama. Desde su altura, la miró y esbozó una sonrisa que hizo que Nicole tragara saliva. Entonces, con un dedo, comenzó a dibujarle el borde de seda de las braguitas,

deteniéndose muy cerca del punto que haría que Nicole perdiera el control. Entonces, con un rápido movimiento, le enganchó las braguitas con un dedo y se las quitó. Entonces, cayó sobre ella.

—Tú estás muy vestido —consiguió decir ella, bajo la intensa mirada de Ty.

—Sí, sobre eso, he de decirte que no me puedo mover.

—¡Oh, Ty! —exclamó Nicole, incorporándose rápidamente y levantándolo también a él—. Lo siento, yo...

—No hables de sentir nada ni de volver a convertirte en médico —le pidió Ty, aplicándole un dedo sobre los labios. Entonces, con mucho cuidado, se tumbó sobre la espalda.

—¿Mejor?

Él levantó las manos y agarró los pechos, los cuales tenía muy cerca de la cara.

—Mucho mejor.

Levantó la cabeza y reemplazó los dedos por la lengua, dejando así las manos libres para acariciarle la espalda y los muslos, a los que hizo abrirse. Entonces le agarró una pierna y tiró, de modo que ella cayó sobre su pecho, colocándose encima de él a horcajadas.

Nicole tuvo mucho cuidado de no apoyarse sobre las costillas que tenía magulladas y descansó sobre los pectorales.

—¿Sigues estando bien?

Las manos de Ty volaban. Recorrían las piernas, las caderas, la cintura, los pechos y el vientre de la joven.

—Pero que muy bien —susurró, colocándole las manos sobre el ombligo. Entonces, poco a poco, fue bajando los pulgares hasta que estos se deslizaron entre los rizos que cubrían su sexo.

—Ty...

—Sí... Me encanta que pronuncies mi nombre de ese modo, ardiente y temblorosa, a punto de alcanzar el placer...

Así era. Nicole estaba henchida de placer, plena de deseo, pero vacía al mismo tiempo por la necesidad de que él la llenara.

—Te deseé desde el momento en que te vi —musitó, bajando un poco más los dedos y haciendo que ella contuviera el aliento—. Di que tú también me desees.

Nicole gritó de placer cuando él la acarició justo donde más lo necesitaba.

—Te deseo...

—Entonces, tómame, haznos volar a los dos... —dijo Ty con voz ronca.

Nicole se levantó y le quitó los pantalones. Entonces, volvió a colocarse encima de él.

Cuando frotó su húmeda y cálida piel contra la de Ty, este gimió de placer.

—Nicole...

Trató de levantarse, pero se hizo daño y dejó escapar un gruñido de dolor y de frustración.

—Shh —susurró ella, haciendo que volviera a tumbarse—. Déjame...

—Sí.

—No te muevas...

—No lo haré si te mueves tú...

A continuación, se produjo un frenesí de bocas, dientes, y lenguas, murmullos sin palabras, peticiones y manos que se acariciaban mutuamente. Nicole le acarició el pecho, le deslizó los dedos por el vientre hasta llegar a la firme y cálida masculinidad de él, que agarró con fuerza. Mientras tanto, Ty hacía magia con los dedos, haciendo que ella gimiera de placer. La tensión que se acumuló en el interior de su cuerpo la volvió loca, sensación que se acrecentó cuando él frotó la hinchida carne con su potente erección.

—Necesitamos un preservativo —dijo Ty entre dientes—. Están en la mesilla de noche.

—Ya lo tengo.

Tras sacar uno, lo abrió. Se lo colocó y volvió a ponerse a

horcajadas sobre él. Entonces, Ty tomó las riendas. La hizo moverse encima de él hasta que sintió su húmeda y cálida abertura. Le agarró las caderas con fuerza y tiró de su cuerpo al mismo tiempo que se hundía con fuerza en ella, tensándola, llenándola por completo.

La sensación de tenerlo en su interior era tan poderosa... tan completa que Nicole pronunció su nombre entre sollozos de placer. Entonces, se dejó caer sobre su cuerpo y unió su boca a la de él. Ty le agarró las caderas aún con más fuerza y la levantó casi por completo antes de hacerla caer otra vez, con más fuerza...

—Dios mío... Ty...

Nicole tensó las piernas alrededor de las caderas de él y se levantó una y otra vez, moviéndose lentamente de modo que le hacía entrar y salir de su cuerpo en una deliciosa cabalgada. Poco a poco, el deseo la empujó a moverse con más rapidez hasta que la presión fue creciendo. El pulso le latía en la garganta. Respiraba con dificultad. Nunca había sentido nada como aquello. Nadie le había provocado unas sensaciones como aquellas. Entre los brazos de Ty se sentía feliz...

Con cada movimiento, Ty tiraba de ella para que se le acercara más. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, se volvió a meter un pezón en la boca. Al sentir aquello, Nicole explotó de placer. El frenesí se apoderó de ella y temblor tras temblor, el placer fue extendiéndose por su cuerpo hasta que ella no fue nada más que un puro nervio... Se sentía ligera e indefensa a la vez, como si hubiera ocurrido un naufragio en su corazón, en su cabeza y en su alma.

Desde la lejanía, oyó que Ty gritaba de placer y sintió que él se tensaba bajo su cuerpo cuando alcanzó su propio clímax. Le hundió los dedos en las caderas y se vertió en el cuerpo de Nicole con bruscos movimientos.

Al verlo, al oír cómo encontraba su placer, Nicole sintió que otro temblor se apoderaba de ella. Su cuerpo se tensó de nuevo y volvió a perderse en sus sensaciones.

Lo siguiente que sintió fueron los fuertes brazos de Ty tirando de nuevo de ella, haciendo que se tumbara a su lado para que los dos estuvieran cara a cara, con las extremidades enredadas. Ty trataba de controlar la respiración, pero a Nicole le resultaba imposible. Se sentía destrozada, agotada, pero a la vez tan eufórica que se sorprendió de no verse flotando en el aire.

Sí. Sentía que, entre los brazos de Ty estaba su lugar y, dado lo relajado que él se sentía en los suyos, le pareció que también había encontrado el suyo. Así de fácil, por primera vez en la vida adulta de Nicole, se sintió bien por algo que no fuera su trabajo.

Capítulo 10

Cálida y saciada, Nicole abrió los ojos para encontrarse que Ty la estaba observando atentamente. Era tan guapo... No solía necesitar un desahogo físico, lo que significaba que no solía tener relaciones solo por el sexo, pero aquella vez... Aquello no había tenido nada que ver con sus anteriores encuentros sexuales.

En primer lugar, había tenido un orgasmo fácilmente, casi con solo mirarlo. En segundo lugar, había estado a punto de llorar por la intensidad de lo que había sentido. Y tercero, quería volverlo a tener.

Sin embargo, Ty no pronunció ni una sola palabra. No tenía que hacerlo. Con cada segundo que pasaba, su mirada reflejaba más su dolor, su agotamiento. Y parecía más a la defensiva.

—Duérmete —susurró ella. La cautela había reemplazado a su patética, y parecía que repentina, alegría.

Él cerró los ojos sin decir una palabra. Cuando estuvo dormido, Nicole se marchó.

Sin decir ni una palabra.

A Ty no le sorprendió despertarse solo, pero tenía que admitir que se sintió algo desilusionado. Si era un hombre inteligente, atribuiría aquella sensación a la erección que no le desapareció ni siquiera con una ducha fría. Sin embargo, no quiso admitir que su problema no era físico.

Antes de que pudiera pensar demasiado en el tema, llamó a Nicole a su casa. No sabía lo que le iba a decir. «Eh, un orgasmo genial» o «¿por qué te marchaste? Quería volver a hacer el amor contigo».

Tal vez debería ceñirse a la verdad. «Me desperté buscándote y

cuando descubrí que te habías marchado, me sentí muy solo».

Al final, no pudo decir nada porque le salió el contestador automático y colgó. Ella se había marchado sin decirle ni una sola palabra. Debería tener la gracia de aceptarlo. Lo ocurrido la noche anterior no había sido nada más que dos adultos que se estaban ocupando de sus necesidades. Solo esperaba que volvieran a repetirlo muy pronto.

Pasó el día más animado por el hecho de que no le entraban ganas de vomitar cada vez que se movía, además del hecho de que el cuerpo le vibraba cuando recordaba las escenas de un coito espectacular.

Nunca había tenido unas relaciones sexuales tan espectaculares, al menos no de aquel modo donde había perdido el control para entregarse por completo a una mujer, manteniendo los ojos abiertos para que, cuando alcanzara el orgasmo pudiera verse en ella, sentir su corazón y alma hasta que ella hiciera lo mismo.

Aquello daba miedo...

El trabajo le ayudó un poco. Cuando fue al edificio de Taylor para hablar de los planos con ella, se juró que no lo hacía solo por ver a Nicole.

Bueno, solo quería saludarla...

Por supuesto, ella estaba en su trabajo, seguramente sin dedicarle ni uno solo de sus pensamientos.

Taylor y Suzanne lo entretuvieron un buen rato y le dieron de comer, lo que le resultó muy agradable. Antes, aquella situación solía agobiarlo. No se había acostado con ninguna de ellas y las dos mujeres querían mimarlo, hablar con él y... ser sus amigas.

No ocurría a menudo que pudiera entablar amistad con una mujer, y mucho menos con dos. Sin embargo, resistirse a Suzanne o a Taylor era misión imposible. Además, sentía gran simpatía por ellas, al menos hasta que le recordaron que aquella noche era la fiesta de compromiso de Suzanne y que estaba invitado.

Las dos mujeres lo hicieron sentirse tan bien, que decidió tratar

de completar su felicidad. Se dirigió de nuevo al albergue juvenil y preguntó por Margaret Mary. Aquella vez, le dijeron que la joven había seguido con su camino.

— ¿Adonde se ha marchado? —le preguntó a la recepcionista.

— Creo que dijo que estaba interesada por visitar Seattle.

Seattle... Aquella ciudad estaba a casi dos mil kilómetros de distancia. ¿Tendría coche? ¿Dinero? ¿O estaría allí sola, sin amigos y sin medios, demasiado joven para sospechar los peligros que podía encontrarse?

Ty no tenía ni idea de a qué se debían aquellos pensamientos, pero se marchó corriendo a casa para consultar su correo electrónico.

Nada. Ningún mensaje de Margaret Mary. ¿Qué significaba aquello? ¿Había perdido la esperanza de verlo? No le sorprendería. Era precisamente lo que se merecía.

Por primera vez, fue él quien inició el contacto.

Margaret Mary de Dublín:

Soy irlandés, testarudo y lo siento mucho. Sé que esto no es nada más que una repugnante excusa, pero te pido que trates de comprenderme. La familia nunca me ha dado nada más que dolor y sufrimiento.

Sin embargo, me da la sensación de que, en tu caso, todo habría sido muy diferente. No sé lo que me ha hecho cambiar de opinión, si ha sido el golpe que me di en la cabeza, es una larga historia, o el hecho de que esta mañana me desperté solo y supe que yo mismo me lo había buscado, otra larga historia.

Bien, Margaret Mary de Dublín, ¿llego demasiado tarde?

Ty Patrick O'Grady, tu hermano

Se reclinó en la silla y miró la imagen de las montañas de San Gabriel que se admiraba desde su casa. Aquella casa tan enorme y tan vacía...

¿Cuándo había ocurrido aquello? ¿Cuándo se había convertido su casa en un lugar demasiado grande, demasiado silencioso? Había habido un tiempo en el que aquello había sido lo único que quería.

Sin embargo, parecía necesitar más, pero no parecía saber de qué se trataba. Con toda seguridad, le faltaban cosas. Y si admitía que le faltaban cosas, tenía que admitir que le faltaban personas.

Nicole consiguió, aunque de muy mala gana, prepararse para la fiesta de compromiso de aquella noche. También se las arregló para evitar a Taylor, quedándose hasta muy tarde en el trabajo. El vestido, un poco de rímel y un toque de brillo labial eran todo lo que se iba a poner.

La fiesta se celebraba en casa de Ryan, a la que Suzanne se iba a mudar. En el momento en el que Nicole entró, se vio asaltada por el olor de deliciosa comida, por la música y por las risas de los invitados. Y por los abrazos. Todo el mundo parecía querer abrazarla. Suzanne, Ryan, Taylor... Apartó a las dos mujeres, que le estaban silbando por el vestido, y se fundió en un buen abrazo con Ryan.

—Oye, que ese está a punto de ser mi marido —protestó Suzanne.

—Solo me estaba comportando como una hermana —dijo Nicole. Entonces, le dio un sorprendente beso en los labios, que hizo bufar a Suzanne y reír a Taylor.

Entonces, se les acercó otro hombre. Era también alto y moreno, aunque, si aquello era posible, más guapo que Ryan. Tenía un pronunciado acento irlandés.

—Hola —susurró Nicole, sintiéndose de repente muy tímida.

—Hola —replicó Ty, devorándola con la mirada.

Rápidamente, Suzanne se llevó a Taylor y a Ryan tras guiñarle un ojo a su amiga.

Incapaz de mantenerse quieta, Nicole se puso a pasar el peso del cuerpo de un tacón a otro, se lamió el brillo de labios. Antes de que pudiera evitarlo, se tiró del bajo del vestido. Se sentía estúpida. Estúpida e inadecuada.

Ty se acercó un poco más a ella, haciendo que ella se pusiera aún más nerviosa. Sentía la necesidad de darle una bofetada. De besarlo. Si por lo menos fuera vestida con unos vaqueros...

Entonces, Ty le colocó la mano en la cintura y apretó suavemente.

—Me has robado el corazón...

—No me digas eso.

—Es cierto. Estás maravillosa.

—¿Un par de zapatos de tacón y un ridículo vestido me convierten en maravillosa?

—No, es tu corazón lo que te hace ser maravillosa —susurró, acariciándole suavemente la mandíbula—. Te has vestido así por Suzanne. Porque la quieres mucho.

—Sabía que habría preparado una comida deliciosa.

—Disimula si quieres, pero yo sé ver a través de ti...

Sí, efectivamente así era. Aterrador.

El plan de Nicole era mantenerse ocupada con su trabajo. Así, no tendría tiempo de pensar en Ty. Estaba tan guapo en la fiesta de compromiso de Suzanne, que le habría gustado comérselo allí mismo. Le había susurrado unas palabras tan ardientes y tan sensuales al oído mientras la tenía entre sus brazos, algo que había ocurrido a cada instante... Sus ojos le habían prometido el mundo incluso cuando la dejó marcharse a casa... sola. Consiguió que el trabajo la mantuviera ocupada durante periodos muy breves de tiempo, pero se estaba demostrando que no resultaba fácil olvidar a Ty.

Un día de la semana siguiente, ella estaba estudiando el informe de un paciente en la sala de enfermeras cuando el doctor Watts se le acercó por detrás.

—Hueles muy bien —le susurró el médico, colocándose tan cerca de ella, que la parte delantera de sus muslos rozaba la parte trasera de los de ella.

—Échese hacia atrás —le advirtió ella. El doctor Watts la tenía entre el mostrador y su cuerpo, aunque estaba más enojada que preocupada por ello. Podría tirarlo al suelo en un instante, pero no quería hacerlo.

—¿Por qué te me resistes? —le preguntó él mientras le acariciaba el cuello. Ella le obligó a apartar la mano con un manotazo.

—Se lo voy a decir una última vez. No me ponga las manos encima.

—¿O qué?

—O se arrepentirá. Ahora, échese atrás.

Como única respuesta, Watts se echó a reír. Seguía teniéndola inmovilizada. Cuando empezó a acariciarle las caderas, Nicole explotó.

—Eres tan guapa... —comenzó a decir. Sin embargo, sus palabras terminaron con un silbido cuando Nicole le clavó el codo en el vientre y le pegó un pisotón tan fuerte en el pie que Watts se cayó al suelo como un peso muerto.

—Muy bien.

Con un suspiro, se apartó el cabello de los ojos. Entonces, se encontró cara a cara con Luke Walker, otro de los médicos. Era el presidente. El hombre responsable de todo, incluso del doctor Lincoln Watts, que en aquellos momentos se retorció de dolor en el suelo.

—¿Algún problema, doctora Mann? —preguntó al ver a Watts en el suelo.

—Ya no.

Miró al hombre que había en el suelo y luego a ella. Entonces, dijo muy secamente:

—Deberías habérmelo dicho antes, Nicole.

—Estoy bien.

—En ese caso, considera que tu turno ha terminado.

—Pero...

—No quiero decir como castigo. Considéralo una pequeña recompensa por tu paciencia con el sistema. Doctor Watts, por favor, acompáñeme.

Linc lanzó a Nicole una mirada asesina. Ella tuvo que girarse para

ocultar su sonrisa. De hecho, fue sonriendo hasta llegar a su coche y luego fue cantando todo el camino a pesar del intenso tráfico del South Village. Tuvo la suerte de encontrar un sitio justo delante de su apartamento. Entonces, recordó que, en realidad, no quería ir a casa.

Subió las escaleras pensando que debería haber parado para comprar algo, de comer, pero antes de que pudiera entrar en su apartamento, se encontró cara a cara con Suzanne.

Nicole arrugó la frente y trató de recordar.

—¿Me he perdido una sesión para planificar tu boda?

—No. Solo quería saludarte.

—Yo también, boba —comentó Taylor, cuando apareció en aquel mismo momento—. ¿Sabes eso de que hay que devolver las llamadas?

Había recibido los mensajes de sus amigas, pero no había tenido tiempo de llamarlas. Un fuerte sentimiento de culpa se apoderó de ella.

—Mirad, por eso no hago amigos... Se me da muy mal mantenerlos... —explicó mientras abría la puerta de su casa y las invitaba a pasar.

—Eso no es cierto. Es que estás muy ocupada.

—Aunque tienes que acordarte de que existimos —le dijo Taylor—. Eso sería muy agradable.

—Lo siento. El trabajo...

—Sí, sí, claro —comentó Taylor, colocándose las manos en las caderas—. Supongo que no te habrás dado cuenta de que he arreglado el techo —añadió, señalando la trampilla. Nicole lo miró asombrada—. Veo que es como si te hubiera hecho una pregunta retórica. No te tortures...

—Mira, tengo que...

—Acabas de llegar a casa del trabajo, ¿qué vas a tener que hacer? —comentó Taylor, dejándose caer en el futón del salón—. Necesitas muebles desesperadamente.

—Sí.

—¿Es que estás pensando en mudarte pronto? ¿Es esa la razón de que nunca te hayas instalado aquí?

—Claro que me he instalado. Tengo una cama.

—Sí, claro. Por eso sigues teniendo la mitad de la cocina en cajas.

—Eso es porque Suzanne no hace más que traerme comida, así que no he tenido que cocinar —dijo Nicole, sonriendo a Suzanne—. Gracias, por cierto.

—¿Debo de dejar de hacerlo? ¿Haría eso que quisieras quedarte?

—¿Quedarme? Pero si yo no me voy a marchar a ninguna parte.

—¿Estás segura de eso? —le preguntó Taylor—. Todavía tengo la solicitud que rellenaste para alquilar el apartamento y allí se ve claramente que lo máximo que te has quedado en un lugar han sido unos cuantos meses. Ya nos estamos acercando a lo que es habitual en ti. ¿Te ha llegado ya la hora de mudarte? Aquí hay personas que se preocupan por ti y sé que eso te pone nerviosa. Sí —añadió, tras mirar cuidadosamente a Nicole—. Ya casi ha llegado la hora de marcharse, ¿verdad?

—Si no he vivido mucho tiempo en el mismo lugar, ¿qué pasa? Hay mucha gente que tiene espíritu viajero. Además, tengo mi empleo desde hace mucho tiempo y eso no va a cambiar. Creo que eso debe indicar que me gusta la estabilidad.

Suzanne sonrió con cierta tristeza.

—No creo que sea el espíritu viajero lo que, de verdad, te está afectando, Nicole —dijo—. Creo que es el miedo a dejar que la gente se te acerque. Yo lo sé, porque antes de que os conociera a vosotras y me enamorara de Ryan, eso mismo me pasaba a mí. Nunca dejaba que nadie se me acercara.

—Pero, Taylor, si nosotras hemos hecho el voto de permanecer solteras —le recordó Nicole—. Estoy segura de que eso significa no dejar que la gente se te acerque demasiado.

—Eso significa que no te vas a poner un diamante en el dedo

anular de la mano izquierda, pero se puede hacer todo lo demás. Sabes que te queremos mucho, ¿verdad? Y yo creo que tú también sientes algo por nosotras.

—Bueno, principalmente por Suzanne, porque me prepara comidas muy ricas —bromeó Nicole.

—Y sé que también sientes algo por Ty...

—En realidad, lo que siento principalmente por él en estos instantes es irritación.

—¿Estás diciendo que no te gusta? —quiso saber Taylor.

—Bueno, yo...

—Se te notaba en la cara cuando se lesionó, Nicole.

—¡Porque soy médico! No me gusta ver a nadie herido, y eso incluye a un irlandés sabelotodo.

—Estabas fuera de ti precisamente porque se trataba de un irlandés sabelotodo —afirmó Taylor—. Tanto, que hasta se te olvidaron tus conocimientos. El pánico se apoderó de ti, algo que no te suele pasar...

—Hasta te tomaste un día libre —le recordó Suzanne—. ¿Te acuerdas?

—¿Cómo va a olvidarse? —comentó Taylor—. Descubrió las series de televisión y las reposiciones. Y se permitió sentir, preocuparse por alguien. ¿No fue así, Nicole?

Lo que Nicole recordaba más sobre aquel día era el simple placer de estar sentada, para variar. Ver la televisión, sí, pero sobre todo, recordaba ver a Ty en su cama. Recordaba haber pensado que podría haberse acostumbrado a aquello...

—¿O acaso fue tan bueno que te asustaste? —le preguntó Suzanne.

—Creo que las dos tenéis demasiado tiempo para pensar, ¿lo sabíais? Sí, claro que me gustan muchas cosas.

—¿También Ty?

—Sí, claro, también Ty. ¿Queréis que lo diga más alto? ¡Me gusta

Ty! Me gusta mucho... De hecho, me gusta tanto, que me aterroriza y me hace centrarme en el trabajo como si fuera lo único que tengo — añadió, bajando un poco la voz—. ¿Estáis contentas ahora?

En aquel momento, se dio cuenta de que Ty estaba en la puerta, mirándola fijamente. Ella estuvo a punto de tragarse la lengua. ¿Cuándo había llegado?

—Ty, yo...

—Mira, yo no tengo mucha experiencia con la felicidad... ¿Aterrorizado? —comentó, parándose a pensarlo un momento—. Por supuesto. Estoy aterrorizado, Nicole.

Suzanne lo miró y le colocó una mano en el brazo.

—Se hace cada vez más fácil —le dijo.

—¿El qué?

—El amor, claro —afirmó, provocándole una expresión de asombro en el rostro. Entonces, extendió la mano para reclamar a Taylor—. Ahora, creo que os dejaremos a los dos solos...

—¡No! —gritó Nicole.

El corazón parecía a punto de salirse del pecho. Tenía las palmas de las manos húmedas. Quería empezar a correr y no detenerse nunca. ¿Amor? ¿Quién había dicho nada del amor? Por el amor de Dios, ¿acaso no podía una desear a alguien sin que el amor pasara a formar parte del cóctel?

—Taylor... —añadió. Su amiga se rio al ver la expresión de su rostro.

—Cariño, si pudieras verte la cara... Creo que has estado demasiado ocupada durante demasiado tiempo, tanto, que nunca has aprendido a frenar un poco y asimilar lo que ocurre a tu alrededor. Ahora eso mismo ha ocurrido sin tu permiso, ¿verdad? Y no sabes qué hacer al respecto. Pobrecita... —dijo. Entonces, se levantó y le dio un beso en la mejilla—. Buenas noticias, cerebritito. Eres lista. Lo resolverás todo.

Tal vez fuera cierto que Nicole se había dado cuenta hacía muy

poco de lo que se estaba perdiendo en la vida. Tal vez hacía muy poco que había comprendido que el trabajo no lo era todo en la vida, aunque aún no había podido asimilarlo, por lo que no sabía cómo conseguir más para sí misma, cómo...

Cómo enfrentarse a Ty, el hombre del que, alocadamente, había pensado que podía ser el elegido.

No era así. Él nunca querría ser el elegido. Lo peor de todo era que él le había oído gritar lo que sentía por él. Dios. Menuda humillación.

—Taylor...

Se dio cuenta de que sus amigas se habían marchado. Estaba a solas con Ty, que la miraba con una expresión en el rostro que parecía ser reflejo de su propio terror.

—Genial —dijo, tratando de sonreír—. Ya tengo el día completo.

Él resopló un poco y la miró muy fijamente.

—Hay algo más que va mal, ¿verdad?

—¿Además del hecho de que tú estés aquí?

—¿De qué se trata?

—Nada. Es solo que ese médico del trabajo...

—¿Ha vuelto a propasarse ese canalla?

Nicole lo miró fijamente, algo asombrada de ver lo airadamente que él había pronunciado aquellas palabras.

—En ese aspecto, todo va bien.

—¿Segura?

—Sí, muy segura —afirmó. Entonces, Ty respiró profundamente, como si estuviera tratando de contener la paciencia—. Bueno, ¿por qué estás aquí? —añadió, algo a la defensiva.

—Trabajo aquí.

—Sí, claro —afirmó, sintiéndose como una estúpida. Claro que tenía un trabajo allí. ¿Qué se había creído? ¿Que había ido a verla? ¡Qué ridícula se sentía al haber pensado que...!

—Me pondré manos a la obra —dijo, dándose la vuelta para

encaminarse a la puerta.

La cerró con fuerza, pero se quedó en el interior del apartamento.

Capítulo 11

Ty miró fijamente a Nicole, que lo observaba algo confusa. En realidad, así era como se sentían ambos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella al ver que se le acercaba—. Pensé que ibas a hacer lo que tenías que hacer.

—Y así es —respondió Ty mientras la agarraba de los brazos y la obligaba a ponerse de puntillas para poder ver mejor el rostro sobre el que no podía dejar de pensar.

—Pero... Creía que te referías al trabajo. Que tenías que trabajar.

—¿Y quién ha dicho nada de trabajar?

—Tú... Bueno, yo...

—Estás tartamudeando de nuevo —dijo, dejándola de nuevo en el suelo, aunque no la soltó—. Estoy empezando a pensar que solo lo haces cuando estás conmigo. ¿Sabes una cosa? Me gusta. Sin embargo, ciñámonos al tema. Quiero dejar las cosas claras entre nosotros.

—Oh... Entiendo.

—Lo dudo.

—No. Lo sé. Te lamentas de lo que ha ocurrido entre nosotros.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Es esa la razón por la que te marchaste de mi cama?

—¿No me irás a decir que querías despertarte conmigo? Vi la mirada que se te reflejaba en los ojos antes de que te quedaras dormido. Era de pánico en estado puro.

—Lo que tú viste fue algo pasajero.

—Porque te quedaste dormido. Y no te culpo por ello, así que no te preocupes. No soy la clase de mujer con la que un hombre desee

despertarse.

Ty lanzó una maldición y se mesó el cabello mientras se giraba y trataba de encontrar las palabras.

—Nicole, tú eres la clase de mujer con la que un hombre desea despertarse. Eres inteligente, sexy, sorprendente... Sin embargo, en aquellos momentos, yo estaba allí tumbado, abrazado a ti. Tú seguías temblando por el sexo más increíble... Mira lo que compartimos fue algo muy diferente. Lo primero de todo, nunca he tenido un orgasmo tan fuerte en toda mi vida... —dijo, haciendo que ella se sonrojara y lo mirara con expresión sorprendida—, pero no fue solo sexo. Sé que parece una frase hecha, pero no lo fue. Lo que compartimos fue un vínculo, algo real y sí, maldita sea, me asustó...

—Sigue.

—Me sentí más unido a ti de lo que nunca me había sentido a nadie. En toda mi vida.

—¿De verdad?

—Me sentí como si tú me conocieras.

—Y así era. Te conozco, Ty. Claro que te conozco.

—No... No lo comprendes. Yo vengo de la nada, Nicole. Yo no era nada —susurró, dándole la espalda.

—Eso no es cierto...

—No tienes ni idea de las cosas que tuve que hacer para sobrevivir...

—Nadie puede culpar al niño que fuiste. Nadie. Y tú tampoco deberías hacerlo.

—Lo sé... —musitó, tan tristemente, que ella tuvo que acercarse a él y colocarle la mano sobre la espalda—. Sin embargo, en mi interior, todavía sigo siendo ese niño. Sigo siendo ese vagabundo. Siento que necesito seguir moviéndome. Yo... comencé a sentir de nuevo esa necesidad.

Al oír aquellas palabras, Nicole sintió como si el corazón le hubiera dejado de latir. Entonces, él se volvió para mirarla.

—¿Te vas a marchar?

—Lo había estado pensando. Entonces, cuando tuve noticias de mi hermana, lo pensé de verdad. Sería tan fácil. Solo tendría que marcharme y volver a empezar... Nueva York me parecía una opción interesante...

—Sí, claro... —susurró ella, a pesar de que se moría de ganas de pedirle que no se marchara.

—Entonces, te conocí a ti —confesó Ty, con una triste sonrisa, mientras le acariciaba suavemente la mandíbula.

—¿Y?

—Y, por primera vez, quise que alguien me conociera de verdad, que supiera mi pasado. Que lo aceptara. Sabemos que los dos somos muy diferentes, Nicole, que yo...

Ella lo interrumpió con un beso. Sabía que su pasado lo avergonzaba, igual que sabía el hombre que era en realidad, un hombre con un corazón y un alma hechos para el amor y la aceptación, como todo el mundo.

Sin embargo, a pesar de que la boca de Nicole se aferraba desesperadamente a la de él, a pesar de que lo había abrazado, Ty no la había tocado. Por eso, ella dio un paso atrás y le tomó el rostro entre las manos.

—Por favor, deséame, aunque solo sea la mitad de lo que yo te deseo a ti...

—¿La mitad? —repitió, con una sonrisa en los labios—. La mitad. Vaya...

—No importa, yo...

—Te deseo más de lo que deseo respirar, Nicole, pero se supone que tú debes saber lo que es bueno para ti y rechazarme —dijo, rodeándole la cintura con los brazos y estrechándola contra su cuerpo.

—No lo haré. No puedo...

—En ese caso, que Dios nos ayude a los dos...

La besó con una inesperada ternura, provocando en ella el deseo que solo él podía crear.

Después de un largo y húmedo beso, Ty levantó la cabeza y la miró fijamente. El deseo que sentía debía de estar reflejado por todo su rostro, porque él lanzó un gruñido y volvió a besarla de nuevo, una y otra vez. Aquella vez, cuando se separaron para tomar aire, se miraron fijamente, con un brillo salvaje en los ojos.

—Aquí no —dijo ella—. Vamos a mi cama.

—Nicole...

—Vamos a mi cama...

Lo agarró de la mano y lo llevó hasta su dormitorio antes de que él pudiera recobrar el sentido común y despedirse de ella. No quería adioses y vivía con la esperanza de que a él tampoco le gustaran.

Era tarde y el dormitorio estaba en penumbra. Nicole encendió la luz y luego dudó. Tal vez debería dejarlo a oscuras, para que así tuvieran algún lugar en el que esconderse.

No. Se sacó la camisa por la cabeza y vio cómo la mirada de Ty se encendía de deseo. Quería ver cómo la deseaba, quería capturar aquel momento y guardarlo para siempre en un rincón de su corazón en el que pudiera encontrarlo cuando más lo necesitara. Cuando él se hubiera marchado...

—Nicole...

Al oír aquella profunda voz, quiso gritar. No iba a cambiar de opinión en aquellos momentos, no podía. Se desabrochó los vaqueros, haciendo que él tragara saliva.

—Espera, yo...

Las palabras se convirtieron en un profundo gemido cuando ella se bajó los vaqueros y se los quitó, quedándose solo con un sujetador de encaje rojo y un tanga amarillo.

Nicole se lamentó de no ir nunca conjuntada para él, pero decidió que no podía preocuparse de eso en aquellos momentos. Para asegurarse de que la veía por completo, se dio la vuelta lentamente,

acariciándose su propio cuerpo.

Cuando terminó de dar la vuelta, Ty estaba tan cerca, que se chocó contra él.

—No es justo —susurró.

—Lo que no es justo es que tú ni siquiera hayas empezado —dijo, tirándole de la camiseta.

Levantó los brazos para que ella pudiera sacársela por la cabeza. Al ver los hematomas que seguía teniendo en las costillas sufrió por él.

—¿Te encuentras bien?

—En estos momentos sí. Me encantan los colores que te has puesto hoy.

—Uno de estos días, me empezaré a fijar más en lo que me pongo por la mañana.

—No, si me gusta. Dura y chicozo en el exterior y completamente desorganizada en el interior.

Levantó las manos y comenzó a acariciarle los pechos mientras ella le hundía los dedos en el cabello. Ty le besó la mandíbula, por debajo de la oreja, en la garganta, acariciándolo por todas partes... El sujetador cayó al suelo, seguido muy de cerca por las braguitas.

—No quiero herirte...

—Entonces, no lo hagas —replicó ella.

Le abrió los vaqueros y le deslizó las manos dentro, apretando entre ellas un delicioso trasero. No era suficiente, pero como sabía que él no se podía doblar fácilmente, se dejó caer de rodillas para poder bajarle los pantalones. También le quitó los calzoncillos y la boca se le hizo agua al ver la impresionante erección que tenía.

—Nicole...

Se la metió en la boca, haciendo que Ty se tambaleara. Luego, él enterró las manos en su cabello. Echó la cabeza hacia atrás al sentir cómo ella le lamía por completo. A pesar de que tembló de puro placer, dio un paso atrás e hizo que se pusiera de pie.

—Ty, quiero...

—Vamos a la cama. Ahora.

—Pero...

—Haría de héroe y te llevaría en brazos, pero mis costillas no me lo permiten...

Nicole se tumbó rápidamente y él hizo lo mismo. Le tocó los pies, las pantorrillas, las rodillas... Entonces, cuando llegó a los muslos, la miró a los ojos.

—Ten cuidado con tus costillas —susurró ella, aunque dejó de hablar cuando él le abrió las piernas.

La miró con un ardor tan intenso que Nicole se sintió presa de las llamas.

—No me haré daño. No tengo que hacerlo, porque tú ya me estás matando, Nicole...

Con mucho cuidado, se inclinó sobre ella. Su intención se hizo evidente cuando Nicole pudo notar su cálido aliento en el muslo.

—Cuidado...

—Calla...

Le besó la temblorosa y húmeda carne, haciendo que ella se tensara inmediatamente.

Enseguida, provocó que ella se aferrara a las sábanas y que gritara de placer.

—Te deseo, Nicole —susurró, mientras le introducía un dedo. El gemido de gozo que ella lanzó se mezcló con el de él—. Te deseo más de lo que nunca he deseado a nadie.

—Yo también te deseo... Hazme el amor...

—¿Así? —le preguntó Ty, antes de aplicarle de nuevo la boca. Con un lento y seguro movimiento de la lengua, estuvo a punto de volverla loca.

Cuando le aplicó la boca con más fuerza, la volvió loca. Mientras ella temblaba de placer por las sensaciones del orgasmo, se colocó de rodillas y se hundió dentro de ella. Entonces, se quedó inmóvil y

gritó algo.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Nicole, abrumada por la sensación de placer que sentía en su interior.

—Un preservativo.

Se separó de ella. Su sexo brillaba con la humedad del cuerpo de Nicole. Ella vio cómo apretaba los dientes mientras se levantaba de la cama. Sacó de la cartera el preservativo y se lo puso inmediatamente.

—Date prisa —susurró ella.

—No estamos en la sala de Urgencias, doctora Fuego. No hay prisa.

Se lo demostró penetrándola muy lentamente, mirándola apasionadamente a los ojos mientras lo hacía. Aquello la destruyó por completo. Adelantó las caderas y trató de obligarle a entrar en su cuerpo más rápida y duramente.

—Lentamente —susurró él, besándola suavemente en la mandíbula.

Sin embargo, Nicole lo necesitaba entero y lo necesitaba en aquellos instantes. Lo necesitaba para relajarse, para calmar su miedo de que, cuando se despertara, Ty ya no estuviera a su lado.

—Ty...

Él no admitió que le metiera prisa. Ella le agarró el trasero para obligarle a moverse más rápidamente, pero no consiguió nada. Era un hombre fuerte y sabía bien lo que quería.

La tenía así, al borde mismo del orgasmo. Cuando Nicole estaba al borde de la frustración, se hundió en ella de repente, llenándola plenamente. La penetración fue tan poderosa y completa que los dos gritaron y volvieron a hacerlo cuando él se retiró para volver a empujar. Las caricias se volvieron más bruscas, más poderosas mientras su fuerte cuerpo la aplastaba contra el colchón.

Poco a poco, consiguió empezar a moverse con él, al principio muy despacio, como Ty había querido, para luego hacerlo a la misma velocidad a la que se movían las caderas de él.

Un intenso placer se despertó en su interior y la llevó a la cima al tiempo que millares de luces le explotaban detrás de los ojos. Su cuerpo temblaba una y otra vez, quitándole hasta la capacidad de respirar. Vagamente, sintió que Ty hundía el rostro en su cabello y que gritaba su nombre antes de verterse en ella. Lo único que ella pudo hacer fue aferrarse a él y perderse en las oleadas de pasión que no dejaban de sacudirla.

Ty se desplomó a su lado. Los dos estuvieron en silencio durante un rato. Nicole se concentró en las sensaciones físicas, que habían sido increíbles, y se negó a pensar en nada más. Entonces, él le besó el hombro y la tomó entre sus brazos para poder mirarla a los ojos.

— ¿Estás bien?

— Sí.

Podría haber dicho que se sentía fantásticamente. Que estaba eufórica, mejor de lo que había estado nunca, pero, de repente, él se levantó de la cama y desapareció en el cuarto de baño.

Nicole empezó a mirar al techo. Cuando Ty regresó, se quedó de pie al lado de la cama, todavía desnudo, mirándola atentamente.

— ¿Quieres que me vaya?

¿Irse? Aquellas palabras hicieron que se le formara un nudo en el corazón. No. No podía irse. Para demostrárselo, levantó la colcha.

Ty apagó la luz y se metió en la cama, tomándola entre sus brazos. Nicole colocó la cabeza sobre su hombro. Le encantaba sentir el contacto de sus cálidos y fuertes brazos, notar el fuerte cuerpo de Ty contra el suyo. Se dio cuenta de que lo amaba.

Lo comprendió aunque nunca había sentido una sensación tan abrumadora y tan aterradora antes. Taylor había estado en lo cierto. El amor formaba parte de la relación que ambos tenían.

¿Y qué podía hacer? «Respira hondo», se dijo. Después de todo, se había enfrentado a situaciones muy complicadas con anterioridad y podría enfrentarse a aquella.

Podrían solucionarlo juntos. Aquel pensamiento la hizo sonreír

cuando estaba casi dormida y, cuando se despertó, con el sol en los ojos.

Estuvo sonriendo hasta que estiró la mano para buscar a Ty y se dio cuenta de que él se había marchado.

Capítulo 12

No podía haberse marchado. Nicole levantó la cabeza y escuchó, pensando que tal vez estuviera en la ducha o en la cocina, aunque el frigorífico estaba tan vacío, que no se imaginaba lo que podría haberle entretenido.

Sin embargo, no oyó nada y comprendió la verdad. Ty se había marchado y ella se había quedado sola. No había problema. Estaba acostumbrada. Para demostrárselo a sí misma, adoptó una postura más relajada.

Entonces, oyó un ruido en el pasillo y, antes de que pudiera parar a pensárselo, se levantó rápidamente de la cama. Tal vez solo hubiera ido a comprar donuts y café. En ese caso, lo amaría hasta la eternidad.

Con la mano ya sobre el pomo de la puerta principal, se dio cuenta de que estaba completamente desnuda. Volvió corriendo al dormitorio y agarró la manta que habían tirado al suelo a lo largo de la noche cuando no habían necesitado más calor que el que generaban al hacer el amor.

Envuelta con la manta, volvió a la puerta principal y la abrió.

Nada.

Sin embargo, como seguía oyendo ruidos, bajó de puntillas las escaleras, pensando que él aparecería en cualquier momento con los ansiados donuts y café y que se ofrecería para ser su esclavo sexual por toda la eternidad.

—¿Nicole? ¿Eres tú?

Era Suzanne. Se dio la vuelta para volver a subir corriendo las escaleras, pero se tropezó con un pico de la manta y se cayó de

bruces sobre los escalones.

—Cielo, ¿estás bien? —le preguntó Suzanne, que apareció con una especie de marco de metal. Al ver a Nicole, completamente desnuda y envuelta en una manta, se detuvo en seco.

—No me preguntes... —susurró, mientras se sentaba en un escalón.

Taylor apareció sujetando el otro lado del marco de metal.

—¿Has pasado mala noche? —le preguntó. Nicole se envolvió en la manta y permaneció en silencio—. Hmm... Te explico. Mira, voy a vender hoy este bastidor y no puedo quedarme en casa ni tampoco Suzanne. Estaba esperando que tú te quedaras en la cama con Ty todo el día y que pudieras ocuparte en mi nombre de la transacción.

—Ty se ha marchado.

—¿Ha salido a comprar café?

—No, se ha ido —susurró Nicole, tapándose la cara con las manos

—. ¿Ya estás contenta?

—Como siempre, volvemos a hablar de ti.

—¡Oye! Que soy yo la que está aquí sentada, con el trasero al aire.

—¿Lo hicisteis anoche Ty y tú? —le preguntó Taylor mientras se sentaba a su lado.

—¿Qué tiene eso que ver?

—¿Lo hicisteis?

—¡Sí! ¿De acuerdo? ¡Tres veces! ¿Es ahora mi humillación completa?

—¿Le dijiste que lo amabas durante alguna de esas tres veces? —le preguntó Suzanne.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque es la verdad —replicó Suzanne, con gran serenidad, haciendo que Nicole la mirara sin comprender.

—Bueno, ¿se lo dijiste? —insistió Taylor.

—No, pero él tampoco me lo dijo a mí.

—Tal vez tenga tanto miedo como tú —sugirió Taylor, rodeándole

los hombros con un brazo—. El amor da mucho miedo...

—Y tú lo sabes de primera mano, ¿verdad? —dijo Nicole. Tras mirar a los ojos de Taylor, había visto un profundo dolor.

—Sí.

—Díselo —comentó Suzanne, sentándose al otro lado—, a ver lo que ocurre.

Nicole nunca había sido una cobarde. Inmediatamente, se puso de pie.

—Sí, lo haré.

—Estupendo, pero... —le dijo Taylor, tirándole de la manta—... por mucho que creo que Ty apreciaría lo que no llevas puesto, creo que sería mejor que te vistieras primero.

Nicole se vistió y luego se marchó directamente a casa de Ty. Vio que había, un coche aparcado al lado del de él y un montón de cajas en la acera.

Se marchaba.

Se llevaría el corazón de Nicole con él, pero, a pesar de todo, levantó la barbilla y llamó con fuerza a la puerta.

«Díselo. Tienes que decírselo», se animó.

En el momento en que él abrió la puerta, tragó saliva y le dijo:

—Te amo.

Durante lo que le pareció el segundo más largo de la historia, Ty se limitó a mirarla fijamente. Entonces, desde su espalda se oyó una voz.

—¿Ty? —dijo una mujer, alta y hermosa, con bellos ojos azules. Al verla, Nicole dio un paso atrás.

—Lo siento.

—No —replicó la mujer—. Soy yo quien lo siente —añadió. Entonces, se volvió a Ty y le dio un golpe en el brazo—. ¡Eres muy malo! ¿Por qué no me habías dicho que tenías novia?

Aquello fue más que suficiente para Nicole. Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a su coche mientras buscaba las llaves en el bolso.

Acababa de abrir la puerta del vehículo cuando Ty la obligó a darse la vuelta.

La miró fijamente mientras la agarró con fuerza y la inmovilizó contra el coche, tal y como había hecho toda la noche. Nicole cerró los ojos y trató de recuperar el control.

—Por favor —susurró—, ha sido una mañana muy larga y humillante. Deja... deja que me marche.

—No hasta que repitas lo que acabas de decir.

Abrió los ojos, pero mantuvo la boca cerrada. Ty suspiró y levantó una mano para agarrarle la mandíbula.

—Nicole...

—Llego tarde a trabajar.

Ty se inclinó y apoyó la frente contra la de ella.

—No debería haberme marchado esta mañana sin dejarte una nota. Me di cuenta después cuando ya estaba a medio camino de casa. Me desperté temprano y tú parecías tan cansada... Yo necesitaba pensar, así que me vine a casa y había un mensaje de mi hermana.

—¿La has encontrado?

Aquello fue suficiente para Ty. El corazón ganó la batalla. Nicole estaba temblando, visiblemente y, a pesar de todo, lo primero que había hecho era preguntarle por su hermana. Porque lo amaba. Aquel pensamiento hizo que él también comenzara a temblar.

—Fue ella la que me encontró a mí. Es esa, la mujer que está en la casa.

Nicole volvió a mirar hacia la puerta y se dio cuenta de que la joven, efectivamente, tenía sus mismos ojos azules, el mismo cabello oscuro y la misma sonrisa.

—¿Habéis hablado?

—Hemos empezado.

—Y yo os he interrumpido... Dios mío, lo siento. Yo...

—Mi hermana y yo tendremos tiempo para hablar, pero en este

momento nos toca a nosotros. Nicole...

—Como vi esas cajas, pensé que te marchabas.

—Seguramente sería lo más fácil, y a mí me gustan las cosas fáciles. O me gustaban, hasta anoche.

—¿Qué ocurrió anoche?

—Me di cuenta de que era un idiota. Un idiota que está perdidamente enamorado de ti, Nicole.

—¿Tú...? —susurró ella, soltando algo que era carcajada y sollozo a partes iguales—. ¿De verdad?

—Tesoro, si supieras cuánto te amo... Pensé que me gustaba vagar por el mundo, ¿sabes? Mantenía mi pasado a raya. Yendo de un lugar a otro, no me convertía en un hombre con un terrible pasado. De repente, acabé aquí y me surgieron muchas dudas en el corazón... California es mi hogar. Me encanta vivir aquí. Además, tenía una hermana que quería que pasara a formar parte de su vida. Eso me confundió durante un tiempo.

—Es tan testaruda como tú.

—Sí —murmuró él, acariciándole suavemente la espalda. De repente, se dio cuenta de que, a pesar de lo que había pensado la noche anterior, nunca podría cansarse de ella. Se había convencido de que no debía acostumbrarse a tenerla a su lado, porque eso sería algo que Nicole no querría. Sin embargo, después de lo que ella le había dicho, no pensaba dejarla escapar jamás—. Además, te tengo a ti, y no pienso dejarte escapar. Dime qué te parece bien.

—Claro que me parece bien.

—Quiero casarme contigo, Nicole. Tener hijos contigo. Quiero empezar una familia y hacerlo bien.

Ella palideció, lo que hizo que Ty se echara a reír y que la abrazara con fuerza. Dios, la amaba tanto...

—No tenemos por qué empezar ahora mismo. Podríamos... dejarlo, si eso es lo que te hace feliz. Saber que me amas me basta.

Ella lo miró con las dudas sembradas en los ojos y se mordió el

labio interior.

—¿Y si decido que no me quiero casar nunca? ¿Que no deseo tener hijos...? Entonces, ¿qué?

—Solo te quiero a ti, Nicole. Eres lo único que necesito para vivir. El resto es algo añadido.

Al oír aquellas palabras, ella comenzó a sonreír, lo que hizo que el corazón de Ty diera un vuelco.

—Eres mi milagro, Ty. Saber que me amas tanto...

—Claro que te amo, Nicole.

—Es... sorprendente.

—¿Es que no crees que eres una mujer maravillosa?

—Sé que no lo soy —comentó, entre risas—, pero soy lo suficientemente egoísta como para casarme contigo de todas formas... —añadió, algo asombrada al escuchar lo que acababa de admitir—. Incluso quiero tener un niño que se parezca a ti...

—Una niña —replicó él—. Con unos ojos como los tuyos y una sonrisa que me derrita del mismo modo que tú lo haces.

—Ya lo hablaremos. ¿Qué te parece si nos casamos en una playa de México y en traje de baño?

—Lo que pasa es que no quieres ponerte el vestido de novia —susurró, feliz.

—¿Y te importa?

—No, pero a Suzanne y a Taylor sí les importará. ¿Quieres que te presente adecuadamente a mi hermana?

—Me encantaría.

Ty se volvió hacia la casa y le hizo una señal a Margaret Mary, que se acercó a ellos con una esperanzada sonrisa en el rostro.

—¿No os importa? No quería molestar a nadie...

—Y no lo has hecho. Margaret Mary, esta es Nicole. Mi mejor amiga, mi media naranja y mi futura esposa.

—¡Oh, Dios mío! ¿De verdad? —preguntó Margaret Mary sorprendida—. ¿Una cuñada? Ty, ¿me vas a dar una hermana? —

añadió, abrazándolos a ambos—. Siempre he querido tener un hermano y una hermana...

Aquellas palabras hicieron que Nicole sintiera un nudo en la garganta. Abrazó a Margaret Mary con fuerza. Después de un largo momento, los tres regresaron a casa de la mano.

—Ty —dijo Nicole—, nunca más nos vamos a sentir solos, ¿verdad?

Él sonrió con tanto amor reflejado en los ojos que el nudo de Nicole se hizo más grande.

—Nunca más, cariño. Nunca más.

Epílogo

La boda de Suzanne...

Nicole estaba al final del pasillo, oyendo cómo resonaban en la iglesia las notas de la marcha nupcial. Estaba más nerviosa de lo que se había sentido en toda su vida. Las piernas le sudaban, dado que Taylor le había obligado a ponerse un par de medias. «Las damas de honor siempre llevan medias», le había dicho.

Ya estaba pensando en cómo se las quitaría más tarde, con Ty. De hecho, aquel día hasta llevaba lencería a juego, solo para él.

En aquel momento, apareció Suzanne, radiante y hermosa con un vestido de raso blanco y sin dejar de mirar a su futuro esposo. Ryan estaba impresionante de esmoquin y solo tenía ojos para la que se iba a convertir en su esposa.

Nicole miró a Taylor. La iglesia estaba llena, pero la música era lo bastante alta como para que Taylor pudiera susurrarle algo sin que nadie la escuchara.

—Dentro de poco serás tú.

—Nosotros vamos a fugarnos, ¿te acuerdas?

—Gallina.

—Al menos, he admitido que es bueno tener amor en la vida.

Los ojos de Taylor se oscurecieron. Parecía muy turbada. Rápidamente, Nicole tomó de la mano a su amiga.

—Algún día, esto también te ocurrirá a ti.

—No —afirmó Taylor—. Yo seguiré soltera para siempre. Sola.

Sola. Nicole también había creído que estar sola era lo mejor, hasta que conoció a Ty. Buscó con la mirada entre los bancos de la iglesia y lo encontró.

La estaba mirando fijamente, con los ojos llenos de pasión y afecto, de un amor que nunca dejaría de arrebatarse el aliento.

—Taylor, confía en mí en esto —musitó—. Algún día, el amor te va a envolver en un remolino y te derribará sin que tú puedas hacer nada por impedirlo.

—Suenan más bien como una catástrofe.

—Y así es cómo se siente, pero, de algún modo, me hace feliz... —confesó. En aquel momento, Ty le lanzó una sonrisa que hizo que el corazón le diera un vuelco—. Sí, te aseguro que me hace feliz...

Fin